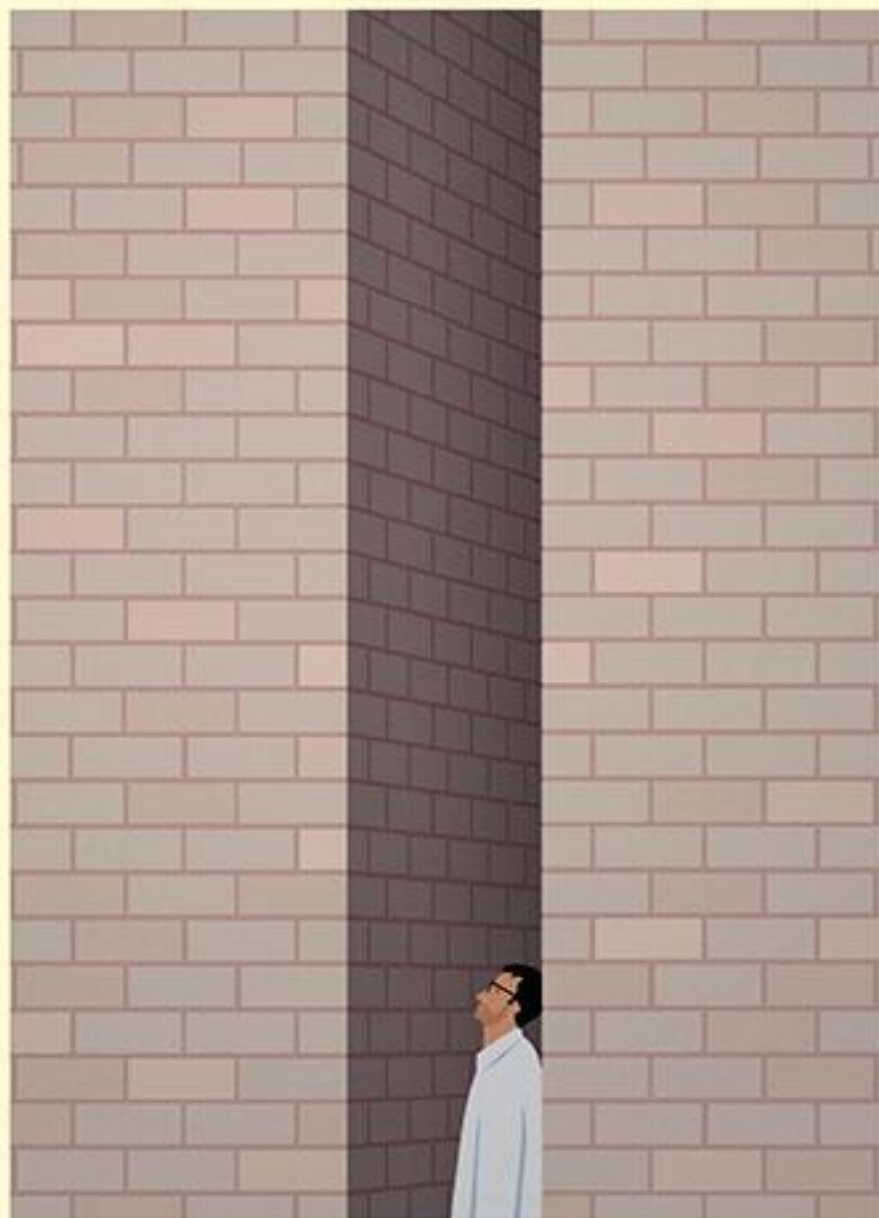


# LA INVESTIGACIÓN

## PHILIPPE CLAUDEL



Lectulandia

Autor de novelas memorables como *Almas grises* o *El informe de Brodeck*, en las que mediante una pesquisa en el pasado se iluminaba nuestra percepción del presente, Philippe Claudel ha contado desde el inicio de su carrera con un amplio respaldo de los librereros, el público y la crítica, consolidándose sin duda como uno de los escritores franceses más interesantes del momento. En esta ocasión, Claudel recurre a la fábula para cuestionar la faceta más absurda y alienante de nuestra existencia, trazando con sutileza una crítica mordaz de la sociedad actual.

Una tarde lluviosa, un individuo anodino baja de un tren en una ciudad sin nombre, extraña y familiar a un tiempo. Con paciencia, espera que alguien se presente a recogerlo, pero nadie viene. Resignado, al caer la noche se dirige a pie hacia las oficinas de la Empresa, para empezar con la tarea que le han asignado: una investigación acerca de las causas de los numerosos suicidios que se han producido entre los trabajadores de esta organización gigantesca. Sin embargo, lo que para este hombre debería ser un encargo más se convierte en una tarea complicada desde el principio: se le niega el acceso a la Empresa fuera del horario laboral, se le requiere más documentación de la que aporta y, para colmo, debe hacer frente a un cúmulo de dificultades para encontrar alojamiento. En un ambiente cada vez más hostil, el Investigador se siente vigilado y sospecha que ha caído en una oscura trampa. Sin poder comer ni dormir, rodeado de empleados que se muestran ora amables, ora amenazantes, y sin hallar respuestas a sus preguntas, el Investigador presiente que él podría ser la próxima víctima de esa máquina infernal, sin rostro, que fabrica seres vacuos e identificados, como él mismo, por la función que cumplen o más bien pretenden cumplir.

Lectulandia

Philippe Claudel

# La investigacion

ePub r1.0

Titivillus 22.11.2018

Título original: *L'Enquête*  
Philippe Claudel, 2010  
Traducción: José Antonio Soriano Marco

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*A los que vendrán,  
para que no sean los siguientes.*

«No busques. Olvida.»

HENRI-GEORGES CLOUZOT, *El infierno*

Cuando el Investigador salió de la estación, lo recibió una mezcla de lluvia fina y nieve fundida. Era un hombre de poca estatura, más bien rechoncho y casi calvo. Todo en él resultaba anodino, desde la ropa que llevaba hasta la expresión de su rostro. Si alguien hubiera tenido que describirlo, por ejemplo en una novela, o durante un procedimiento penal o en una declaración ante un juez, sin duda le habría costado esbozar su retrato. Era, por así decirlo, un ser evanescente, alguien a quien olvidas apenas lo ves. Su presencia tenía la vaguedad de la niebla, de los sueños o del aliento que exhala una boca. En eso se parecía a millones de personas.

La plaza de la estación era como tantas otras plazas de estación, un conjunto de edificios impersonales pegados unos a otros. En lo alto de uno de ellos, una valla publicitaria exhibía la fotografía exageradamente ampliada de un anciano que devolvía a quien lo contemplaba una mirada entre divertida y melancólica. El eslogan que acompañaba a la imagen —si es que lo había— no se podía leer porque la parte superior de la valla se perdía entre las nubes.

El cielo se deshacía y caía en forma de polvo húmedo, que se fundía en los hombros y luego penetraba hasta el cuerpo sin que uno pudiera evitarlo. En realidad no hacía frío, pero la humedad era como un pulpo, introducía sus delgados tentáculos por el más mínimo espacio libre que quedaba entre la ropa y la piel.

Durante un cuarto de hora, el Investigador permaneció inmóvil y muy erguido, con la maleta en el suelo, junto a él, mientras las gotas de lluvia y los copos de nieve aterrizaban en su cabeza y su gabardina. No se movió. Ni un milímetro. Y, en todo ese tiempo, no pensó en nada.

No pasó ningún coche. Ningún peatón. Se habían olvidado de él. No era la primera vez que le ocurría. Se levantó el cuello de la gabardina, cogió la maleta y, antes de quedarse empapado del todo, se dispuso a cruzar la plaza en dirección a un bar que ya tenía las luces encendidas, pese a que el reloj que colgaba de lo alto de una farola, a unos metros de él, aún no marcaba las cuatro de la tarde.

El local estaba extrañamente desierto, y el Camarero, que dormitaba detrás de la barra mientras veía ensimismado los resultados de las carreras de caballos en la televisión, le lanzó una mirada no muy amable.

—¿Qué quiere tomar? —le preguntó con desgana después de que el Investigador se quitara la gabardina, se sentara y esperase un rato.

El Investigador no tenía ni mucha sed ni mucha hambre. Sólo quería sentarse un momento en algún sitio antes de ir adonde debía ir. Sentarse y analizar la situación. Pensar bien lo que iba a decir. En definitiva, meterse poco a poco en su personaje de Investigador.

—Un ponche —dijo al fin.

—Lo siento, no puede ser —respondió el Camarero de inmediato.

—¿No sabe preparar ponche? —le preguntó el Investigador, asombrado.

El Camarero se encogió de hombros.

—Por supuesto que sí. Pero esa bebida no está catalogada en nuestra base, y la caja no podría cobrarla.

El Investigador estuvo a punto de hacer un comentario, pero se contuvo, suspiró y pidió un agua con gas.

Fuera, la lluvia había cedido a los repetidos avances de la nieve, que ahora, en pequeños remolinos, casi irreal, caía a cámara lenta, dosificando su efecto. El Investigador miró los copos, que alzaban ante él un biombo tembloroso. Apenas veía la fachada de la estación y, más allá, ni siquiera distinguía los andenes, las vías y los trenes parados. Era como si el lugar en el que se había detenido hacía unos instantes para situarse en aquel mundo nuevo, en el que ahora tendría que componérselas, hubiera desaparecido de repente.

—Hoy empieza el invierno —dijo el Camarero, dejando en la mesa la botella que acababa de abrir.

No lo miraba a él, sino a los copos de nieve. De hecho, había pronunciado aquella frase como si no estuviera allí, como si la idea se le hubiera escapado de la mente para revolotear unos instantes alrededor de su cabeza, cual un pobre y resignado insecto que, sabiéndose condenado a desaparecer en breve, sigue dispuesto a ofrecer su actuación, a interpretar hasta el final su papel de insecto, aunque su espectáculo no le interese a nadie ni vaya a servir para salvarlo.

El Camarero continuó así un largo rato, inmóvil junto a la mesa, ajeno a la presencia del Investigador, mirando embelesado la nieve, que, al otro lado de los cristales, dejaba caer sus blanquecinas partículas en espirales tan elegantes como caprichosas.



El Investigador habría jurado que, al salir de la estación, había visto dos o tres taxis. Taxis que esperaban con el motor en marcha y los faros encendidos, mientras el tubo de escape soltaba un humo gris y tenue que desaparecía en el aire en cuanto era expulsado. Sin duda, se habían ido ya con los clientes sentados y bien abrigados en el asiento de atrás. Qué torpeza la suya...

La nieve había decidido quedarse un rato más. Seguía cayendo, imponiendo su ley. El Investigador había preguntado al Camarero qué dirección debía tomar. Esperaba una respuesta desagradable, pero el Camarero pareció alegrarse de poder ayudarlo: en realidad, no tenía pérdida, la Empresa era enorme, la vería enseguida. Se extendía por todas partes. Cogiera la calle que cogiera, acabaría encontrando un muro, una verja, un camino de acceso, un almacén, un muelle de carga propiedad de la Empresa.

—En cierto modo, aquí todo es de la Empresa, en mayor o menor medida —había comentado el Camarero, poniendo énfasis en el «todo»—. Sólo tiene que bordear el perímetro hasta llegar a la entrada principal y el Puesto de Guardia —había añadido antes de volver a ensimismarse en las carreras de caballos.

Con los ojos clavados en la pantalla recorrida por unos purasangre sudorosos, los codos apoyados en la barra y la cabeza descansando entre las manos, ni se inmutó cuando el Investigador se despidió, cruzó la puerta del bar y salió de su vida.

Al fin y al cabo, su papel acababa ahí.

Aún no había caído del todo la noche, pero la oscuridad ya era muy real, acentuada por la soledad absoluta en la que se movía el Investigador, que avanzaba por las aceras cubiertas de nieve sin ver un alma y con la sensación, sólo a ratos, de recorrer pese a todo un mundo habitado, cuando su pequeña silueta entraba en el halo amarillento y cremoso de una farola y se mantenía en él durante unos metros, antes de volver a las zonas crepusculares, densas e insondables.

La maleta empezaba a pesarle. La gabardina chorreaba. El Investigador caminaba sin pensar. Temblaba cada vez más. Sus ideas vagabundeaban, como sus helados y doloridos pies. De pronto se vio como un evadido, un fugitivo o como un último superviviente en busca de refugio tras escapar de una catástrofe química, ecológica o nuclear. Sentía que el cuerpo se le convertía en su propio enemigo, y avanzaba como en sueños. Aquello nunca terminaba. Tenía la sensación de llevar horas deambulando. Todas las calles eran iguales. En su uniformidad abstracta, la nieve borraba todos los puntos de referencia. ¿Estaba dando vueltas sin más?

El golpe fue repentino y, a pesar de que apenas se tocaron, lo dejó atontado. Había tropezado con un hombre, o tal vez con una mujer, no estaba seguro; en todo caso, con una figura humana que se había dirigido corriendo hacia él en la oscuridad

a una marcha moderada pero imparable. Disculpas, unas palabras educadas de su parte. De la otra, nada, gruñidos, el ruido de unos pasos que se alejan. La oscuridad tragándose una silueta.

¿Otro sueño?

No, quedaba algo del incidente: un fuerte dolor en el hombro izquierdo y en la frente, sobre la que seguían cayendo copos de nieve moribundos mientras se la masajeaba. Y la maleta, claro. La maleta. Volcada, abierta en el suelo, como esos equipajes que, después de uno de tantos accidentes aéreos, aparecen en los telediarios notando en la superficie del mar, como últimos testigos de vidas zarandeadas por las corrientes, de vidas truncadas, segadas, cercenadas, reducidas a jerséis empapados de agua salada, a pantalones que siguen moviéndose aunque ya no contienen ninguna pierna, a muñecos de peluche asombrados por haber perdido para siempre los brazos infantiles que los rodeaban.

El Investigador recogió con dificultad las cinco camisas, la ropa interior, el pijama, los artículos de aseo —salvo la pasta de dientes, que había aplastado sin querer con el pie y se había extendido por la nieve como un gusano grueso rosa y azul con olor a menta artificial—, el pantalón de tergal, el despertador, los pares de calcetines, la bolsa, aún vacía, para la ropa sucia, la máquina de afeitar y su rebelde cable... Por fin, volvió a cerrar la maleta, que ahora pesaba más, porque, aparte de sus pertenencias, contenía un poco de nieve, lluvia y melancolía.

Sin embargo, no tenía más remedio que seguir andando, ya en plena noche, por aquella ciudad que cada vez le parecía menos hospitalaria, habitada sólo por sombras tan compactas como toros, capaces de derribar a un hombre de una sola cornada. Para colmo de males, estornudó tres veces seguidas. Seguro que al día siguiente se levantaría moqueando, con la garganta seca, irritada y encogida, la frente ardiendo y la cabeza como un bombo aporreado sin piedad. Sería un amanecer desagradable. «¡Qué bien despertarse así el día de investigación largo y pesado que tenía por delante! ¡Menudo fastidio!», se dijo.

Despertarse, sí. En una habitación, por supuesto. Pero ¿en qué habitación?

### 3

Así que aquello era el Puesto de Guardia... Pues no se parecía en nada a un puesto de guardia, igual que lo que había alrededor no se parecía en nada a la entrada de una empresa, y menos aún de la Empresa.

El Investigador había pasado unas tres o cuatro veces por delante sin ni siquiera sospechar que aquella especie de bunker, aquel paralelepípedo de hormigón desnudo horadado a intervalos regulares por vanos tan estrechos como saeteras, podía ser el Puesto de Guardia. Producía una impresión de impenetrabilidad total. Aquella construcción hacía que quien se le acercaba se sintiera un intruso, casi un enemigo. Los caballos de Frisia colocados a uno y otro lado sugerían la inminencia de un ataque del que había que defenderse, y la alambrada de púas, los rastrillos y las barreras en zigzag que se veían detrás aumentaban la sensación de amenaza potencial. A la mente del Investigador acudieron imágenes de embajadas fortificadas en países en guerra. Pero ni la Empresa era una embajada ni el país estaba en guerra. Que él supiera, al otro lado de aquellos muros sólo se fabricaban sistemas de comunicación inofensivos, junto con los programas que los hacían funcionar. Carecían de valor estratégico auténtico y hacía tiempo que su producción no era ningún secreto, así que, en realidad, nada justificaba semejantes medidas de seguridad.

En una pared lateral del muro exterior, el Investigador acabó encontrando una ventanilla junto a la que había un timbre. Tras la ventanilla, al otro lado del cristal grueso —¿sería a prueba de balas?—, una luz de quirófano iluminaba un espacio de pocos metros cuadrados. Se veía un escritorio, una silla, un calendario clavado a una pared con una chincheta y un gran cuadro de mandos, en el que se alineaban decenas de pilotos, algunos encendidos, otros apagados y otros parpadeantes. En la pared de la izquierda, los monitores de vigilancia formaban un mosaico regular que ofrecía imágenes de las dependencias de la Empresa: despachos, almacenes, aparcamientos, escaleras, talleres desiertos, sótanos, muelles de carga...

Había dejado de nevar, pero el Investigador seguía tiritando. Ya no sentía la nariz. Se había levantado las solapas de la gabardina todo lo posible para protegerse el cuello, pero tenía la ropa empapada, lo que no hacía más que aumentar su malestar. Llamó al timbre. Nadie contestó. Volvió a llamar. Esperó. Echó un vistazo a su alrededor y llamó a gritos, pero sin muchas esperanzas, porque en aquel lugar no se oía ningún sonido humano, sólo ruidos mecánicos, el ronroneo de motores o calderas y el zumbido de subestaciones o generadores eléctricos mezclándose con los silbidos del viento, que aumentaba por momentos.

—¿Quién es?

El Investigador dio un respingo. La pregunta, chisporroteante y un tanto agresiva, había brotado del altavoz de un interfolio que estaba situado a la izquierda del timbre.

—Buenas tardes —consiguió balbucear el Investigador cuando se repuso de la sorpresa.

—Buenas noches —lo corrigió la voz, que parecía venir de muy lejos, de las profundidades de un mundo infernal.

El Investigador se disculpó, se explicó, se presentó, mencionó que había estado esperando delante de la estación, el bar, las indicaciones del Camarero, la caminata, que se había desorientado y que había pasado varias veces ante el...

—¿Dispone de la Autorización Excepcional? —lo interrumpió la voz.

—¿Perdón? No comprendo...

—¿Dispone de la Autorización Excepcional?

—¿La Autorización Excep...? Soy el Investigador... No sé de qué me habla... Mi visita está programada. Me esperan...

—Se lo pregunto por última vez: ¿dispone de la Autorización Excepcional o no?

—No, pero seguro que mañana me la dan —farfulló el Investigador, cada vez más desconcertado—. En cuanto vea a un responsable...

—Sin la Autorización Excepcional no puede entrar en las instalaciones de la Empresa pasadas las nueve de la noche.

El Investigador iba a responder que sólo eran las... Pero echó un vistazo al reloj y se quedó estupefacto: iban a dar las diez menos cuarto. ¿Cómo era posible? ¿Significaba eso que había estado andando durante horas? ¿Cómo había podido perder la noción del tiempo de esa manera?

—Estoy confuso, no creía que fuera tan tarde.

—Vuelva mañana.

Oyó algo parecido al sonido de una cuchilla cayendo sobre el tajo de un carnicero. El chisporroteo cesó. Empezó a tiritar aún más. Sus calcetines, demasiado finos para esa época del año, estaban empapados. Los bajos del pantalón parecían dos bayetas chorreantes. Tenía los dedos entumecidos. Volvió a llamar al timbre.

—¿Y ahora qué ocurre? —gruñó la voz lejana, furiosa.

—Siento molestarlo de nuevo, pero no sé dónde pasar la noche.

—Esto no es un hotel.

—Por eso mismo. ¿Podría indicarme alguno?

—Esto no es la Oficina de Turismo.

La voz calló. Esta vez, el Investigador comprendió que era inútil insistir. De pronto, sintió un cansancio enorme, y al mismo tiempo el pánico empezó a hacer latir su corazón a una velocidad inusitada. Se llevó una mano al pecho. A través de las capas de ropa empapada notó el ritmo enloquecido, el golpeteo sordo del órgano contra la pared del tórax. Era como si alguien llamara con desesperación a una puerta, una interior, una que estaba cerrada, sin que nadie le abriese o le respondiera.

La situación rayaba en lo absurdo. El Investigador nunca se había visto en semejante aprieto. Se frotó los ojos e incluso se mordió los labios para asegurarse de que todo lo que le estaba pasando desde hacía unas horas no era una pesadilla.

Claro que no, estaba allí de verdad, ante aquella entrada, que de entrada no tenía nada, ante el muro exterior de la Empresa, que no se parecía a ninguna otra empresa, junto a un puesto de guardia muy diferente de uno normal, calado hasta los huesos y castañeteando los dientes, eran las diez de la noche pasadas y la lluvia, sin duda para aumentar aún más su desconcierto, tomaba el relevo de la nieve y le martilleaba la cabeza.

Más que llevar la maleta, la arrastraba, y ésta ya no contenía ropa, sino piedras, hierro colado, vigas de acero y bloques de granito. Cada paso que daba iba acompañado de un sonido parecido al que produce una esponja al estrujarla. Las aceras se habían convertido en grandes aguazales; apenas se habría sorprendido si, de pronto, una de aquellas charcas insondables se lo hubiera tragado para siempre. Pero, de pronto, recordó —y eso le dio esperanzas nuevas— que, durante su peregrinaje, en una calle a su derecha —se acordaba de que era a la derecha, aunque ¿de qué iba a servirle ese detalle?—, había divisado un letrero luminoso, y creía —pero eso ya era entrar en el terreno de la especulación y, de hecho, no habría puesto la mano en el fuego— que el letrero anunciaba un hotel. Hoteles... habría unos cuantos en la periferia de la Ciudad, en sus ruidosos márgenes, donde los tramos de enlace y las salidas de las autopistas cumplen su cometido y purgan las vías rápidas de una ola de vehículos demasiado densa, efectuando sangrías vitales, separando los destinos y las vidas. Pero, a pie y con aquel tiempo, llegar hasta allí habría sido una odisea. Para empezar, ¿por dónde debía ir? No tenía la menor idea.

Y pensar que podría haber evitado todo aquel embrollo haciendo algo muy sencillo... Si esa mañana se hubiera acordado de cargar el móvil antes de salir de casa, a esas horas ya estaría acostado en una cama, bien caliente, oyendo tamborilear la lluvia en la ventana de la habitación del hotel, un hotel que habría encontrado sin dificultad llamando al servicio de información. Ahora, sin embargo, aquel difunto, inútil y dichoso aparatito, que notaba en el bolsillo de la gabardina de vez en cuando, al cambiarse la maleta de la mano izquierda a la derecha o viceversa, sólo servía para recordarle su falta de previsión y su estupidez.

¿Qué hora sería? No se atrevía a mirar el reloj. Estaba agotado y muerto de frío. Estornudaba cada tres metros y de la nariz le goteaba agüilla tibia como si fuera un grifo mal cerrado. ¿Tendría que dormir en un banco de la estación, como un mendigo? En ese momento se acordó de que, ahora, en esa región del país, las estaciones cerraban las puertas durante la noche, justo para evitar convertirse en

dormitorios colectivos, y además hacía años que los bancos públicos se diseñaban de tal modo que era imposible tumbarse en ellos.

Caminaba al azar, sin reconocer nada. Cruzaba plazas, recorría manzana tras manzana de pisos y atravesaba zonas residenciales con todas las ventanas a oscuras, como si en aquella ciudad nadie trasnochara. Por las calzadas no circulaba ningún vehículo. Ni coches, ni motos, ni bicicletas. Nada. Era como si una especie de toque de queda hubiera prohibido el tráfico en toda la Ciudad.

El Camarero no le había mentado: la Empresa estaba en todas partes. Cerca o lejos, el Investigador distinguía la masa oscura de sus instalaciones, que, tras las estrías gélidas de la lluvia, formaba paredones, murallas altas, a veces almenadas, pero siempre gruesas e imponentes. Y, además, pese al crepitar del agua en el asfalto, oía su rumor, un rumor perceptible, continuo, bajo, que le recordaba el ruido de un frigorífico que alguien se hubiera olvidado de cerrar.

El Investigador se sentía viejo y desanimado, pese a que la Investigación ni siquiera había empezado, pese a que, en realidad, nada había empezado. La lluvia arreciaba, lo mismo que el viento, que barría las calles metódicamente, llenándolas de una especie de hálito terroso, fétido y glacial, que acabó de aterirlo. Llevaba andando... ¿cuánto rato? No tenía la menor idea; en aquel barrio no se veía ningún edificio. Las aceras bordeaban sendos muros de hormigón de cerca de tres metros de altura erizados de cascos de botella, y las calles, estrechas, que se ramificaban cada poco, le producían la sensación angustiosa de haberse transformado en una especie de roedor encerrado en una trampa inmensa. El paisaje, monótono y asfixiante, terminó de desorientar al Investigador, que siguió avanzando con la impresión extraña de que alguien, un ser invisible apostado en un sitio muy alto, por encima de su cabeza, observaba divertido su absoluto desamparo.

Al principio se dijo que el cansancio le hacía ver visiones. Luego, el nombre del letrero apagado, «Hotel la Esperanza», lo reafirmó en su sospecha de que alguien — una especie de cerebro en las sombras— jugaba con él y observaba sus reacciones con una sonrisa burlona. Le dieron ganas de llorar de alegría, pero se limitó a reírse a carcajadas durante un buen rato. Sí, el letrero estaba apagado —¿sería el mismo que creía haber visto encendido horas antes?—, pero se trataba de un hotel, uno de verdad, modesto y sin duda un poco vetusto, a juzgar por la fachada decrepita y las contraventanas descascarilladas que, en algunos casos, pendían de un solo gozne, pero operativo al fin y al cabo, como indicaban la placa con la categoría del establecimiento —¡cuatro estrellas!, cuando, viéndolo por fuera, nadie le habría adjudicado más de una—, los precios prohibitivos de las habitaciones y, como pudo apreciar a través de la puerta acristalada, también la limpieza del vestíbulo, en el que una lamparita arrojaba un resplandor diminuto sobre una especie de mostrador, a cuya izquierda se distinguían varias decenas de llaves disparejas colgadas de unos ganchos de carnicero.

Jadeando un poco, porque había cruzado la calle casi corriendo, el Investigador buscó en vano el timbre nocturno durante varios minutos: no lo había. Sin embargo, estaba seguro de que su calvario había acabado, y le daba igual el precio. Estaba dispuesto a gastarse una fortuna con tal de entrar en un sitio seco y caliente y tumbarse en una cama. Ya tendría tiempo al día siguiente de buscar un hotel más acorde con sus recursos.

Llamó a la puerta con unos golpecitos tímidos y esperó. No hubo respuesta. Volvió a llamar un poco más fuerte, imaginando que el Portero de Noche, contraviniendo su título, estaría durmiendo a pierna suelta. ¿Y si no había nadie? Aterrado, empezó a gritar y a aporrear la puerta en un arranque súbito de energía. El Hotel la Esperanza permanecía, para su desesperación, cerrado y en silencio. Al cabo de unos instantes, el Investigador dejó resbalar la espalda a lo largo de la puerta, se derrumbó en el suelo con la pesadez de un saco terrero y se abrazó a la maleta como si ésta fuera un ser querido o una boya, una boya curiosa en verdad, aún más húmeda que las olas de las que debía salvarlo.

—¿Qué desea?

El Investigador dio un respingo y levantó la cabeza. La puerta del Hotel se había abierto, y justo a su lado había una mujer muy alta y muy gruesa, que al Investigador, tumbado en el suelo, ovillado, reducido a las proporciones de un insecto o una criatura reptante, le pareció una auténtica gigante, una gigante que acababa de enfundarse un albornoz rosa y deshilachado. La mujer lo miraba asombrada. El Investigador farfulló unas frases de disculpa, se levantó con esfuerzo, se alisó la

gabardina y los pantalones, se secó las lágrimas y la nariz con el dorso de una mano, se sorbió los mocos y, al final, adoptando de forma instintiva la postura de firmes, se presentó:

—Soy el Investigador.

—¿Y qué? —le espetó la Giganta sin darle tiempo a continuar.

Su voluminoso cuerpo emanaba un leve olor a sudor y un calor tibio, el calor de la cama de la que la había sacado el alboroto del Investigador. El albornoz, mal anudado, dejaba ver la tela, algo más fina, de un camisón con un estampado descolorido de margaritas y junquillos. La mujer tenía las facciones desdibujadas por el sueño y se había recogido a toda prisa la abundante melena, de un rojizo claro, con una gran aguja colocada al bias.

—¿Tendría una habitación, por favor? —consiguió preguntar el Investigador, que aún no se atrevía a creer que aquella odisea absurda podía estar tocando a su fin.

—¡Una habitación! —exclamó la Giganta, con los ojos desorbitados, como si le hubiera pedido algo disparatado, inapropiado, casi obsceno.

El Investigador volvió a sentir que las piernas se negaban a sostenerlo. La mujer parecía escandalizada.

—Sí, una habitación... —repitió, en un tono casi suplicante.

—¿Sabe qué hora es?

El Investigador se atrevió a encogerse ligeramente de hombros.

—Sí... —murmuró, aunque no tenía la menor idea y tampoco se atrevía a mirar el reloj.

Ni siquiera tenía fuerzas para disculparse o embarcarse en una explicación que, de todos modos, habría sido poco convincente y podía hacerlo aún más sospechoso.

La Giganta reflexionó unos instantes sin dejar de refunfuñar.

—¡Sígame! —le ordenó al final.



## 6

Le hizo rellenar un número increíble de fichas, cuyos datos intentó introducir acto seguido en un ordenador viejo. Pero parecía poco acostumbrada a manejarlo; tecleaba con dos dedos y, aun así, se hacía un lío con las teclas, con lo que llegó a cerrar por error el programa hasta cinco veces antes de conseguir registrar la información.

Tuvo que empezar de nuevo cada vez.

Luego le puso en las manos el reglamento del Hotel —una hoja plastificada tan llena de huellas dactilares que, en algunas partes, resultaba ilegible— y le exigió que lo leyera en voz alta, lo que el Investigador, queriendo congraciarse con ella, hizo sin rechistar.

A continuación, la Giganta se tomó la molestia de comprobar que había comprendido y memorizado lo que acababa de leer formulándole una serie de preguntas: ¿Se podía fumar en las habitaciones? ¿De qué hora a qué hora y dónde se servía el desayuno? ¿Podían recibir los huéspedes visitas externas en la habitación? ¿Qué estaba terminantemente prohibido arrojar al inodoro? Etcétera.

Como el Investigador dio una respuesta errónea a la decimocuarta pregunta —«¿Se pueden planchar prendas personales en la habitación sin avisar primero a la Dirección?»—, la Giganta lo invitó a releer de arriba abajo el reglamento, que constaba de treinta y siete párrafos. Temiendo que lo pusiera en la puerta de la calle y le hiciera pasar la noche al raso, el Investigador obedeció. Por fin, cuando consiguió superar la prueba, la Giganta le permitió elegir una llave del tablero, después de pedirle el carnet y la tarjeta de crédito, que, sin darle tiempo a protestar, guardó bajo llave en una caja fuerte situada debajo del mostrador, procedimiento que se recogía en el párrafo 18, apartado C del reglamento, en el que se estipulaba que, en caso de que un cliente llegara por la noche, la Dirección del Hotel la Esperanza se reservaba el derecho de custodiar el documento de identidad y el medio de pago hasta la mañana siguiente a modo de fianza.

—Dése prisa, no estoy de humor para perder el tiempo. Son las tres y dieciséis de la madrugada, me levanto temprano y quiero volver a la cama.

El Investigador se decidió por la 14. La Giganta descolgó la llave y, sin decir palabra, empezó a subir la escalera. El Investigador la siguió.

Faltó poco para que tropezara y diera con los huesos en el suelo, ya que el primer peldaño tenía una altura inusual, muy distinta de la que de forma inconsciente había dado por supuesta. El siguiente, en cambio, era muy bajo, demasiado, lo que también lo desconcertó y estuvo a punto de provocar de nuevo su caída. Eso hizo que, pese al cansancio, a partir de ese momento prestara una atención extraordinaria a cada escalón, diciéndose que, en cualquier caso, no serían cincuenta, puesto que, habiendo elegido la habitación 14, no tendría que pasar del primer piso.

Hizo bien en ir con cuidado, y se felicitó por ello, pues no había dos peldaños iguales. Semejante escalera sólo podía ser obra de un desequilibrado. Pero había otro problema: aunque hacía rato que habían dejado atrás el primer piso, no paraban de subir, y subir, y subir... El Investigador seguía a la Giganta con dificultad, apretando los dientes, arrastrando la maleta como podía, escalando peldaño tras peldaño, piso tras piso, exhausto. El Hotel empezaba a parecerle una torre infinita que giraba sobre sí misma con la única finalidad de perforar el cielo, del mismo modo que un taladro no tiene otra función que agujerear la madera.

De pronto, una idea luminosa, inequívoca, incuestionable, irrumpió en su mente: había muerto. Había muerto sin darse cuenta. Esa intuición se le impuso como una evidencia: ¿qué otra explicación podía tener todo aquello? Quizá había muerto unas horas antes, al bajar del tren. Quizá había cruzado las vías sin mirar y un tren lo había arrollado, triturado, reducido a la nada. O quizá había muerto antes incluso, cuando salía del despacho del Jefe de Servicio, provisto de la orden de misión: un ataque fulminante, un infarto, un derrame cerebral irreversible, justo después de saludar a la Contable, que esperaba su vasito de café junto a la máquina dispensadora mientras se arreglaba el moño y el maquillaje. O quizá en casa, al levantarse esa mañana, o incluso antes de apagar el despertador, que zumbaba con la aguja detenida en las seis y cuarto: una muerte instantánea, indolora. Un deslizamiento suave. Y luego, nada. O, mejor dicho, sí, aquella pesadilla, que debía de ser una especie de prueba de esfuerzo, una prueba iniciática, un purgatorio mejorado: lo observaban desde algún sitio, cada vez estaba más seguro. Lo estudiaban. Iban a decidir su suerte.

—Es aquí —dijo la Giganta—. Tenga...

La mujer le tendió una llave que a él le pareció muy pesada, se anudó bien el albornoz, se pasó la mano derecha por la frente, perlada de un sudor fino, y volvió abajar de inmediato sin ni siquiera darle las buenas noches, llevándose consigo aquel olor a sueño y a animal. El Investigador introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar, convencido de que no abriría.

Se equivocaba. Entró sin pensárselo dos veces, dejó la maleta en el suelo y, sin molestarse en buscar el interruptor, avanzó a tontas hasta tocar un bulto que parecía la cama. Se derrumbó en ella vestido y se durmió, después de jadear durante un buen rato como un ahogado al que unas manos regordetas, rojizas y torpes han salvado de las aguas.

Una sirena de transatlántico lo arrancó de su sueño: un aullido tremendo que duraba tres o cuatro segundos, paraba y volvía a empezar. Se incorporó en la cama y, buscando en vano un interruptor, se golpeó la frente con un objeto fijado a la pared que cayó al suelo con estrépito. La sirena se detuvo de golpe y el Investigador oyó una voz, una voz lejana y al mismo tiempo próxima:

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Me oye? ¿Oiga?

A tientas, cogió el auricular del teléfono, que colgaba del cable.

—Sí, diga.

—¿Oiga? ¿Me oye? —repitió la voz, ansiosa.

—Perfectamente. ¿Quién es? —respondió el Investigador, hablando un poco más alto.

—¡¿Oiga?! —aulló la voz—. ¡¿Oiga?!

—¡Hable! ¡Le oigo! ¡Yo sí le oigo!

—Pero ¡por el amor de Dios! ¿Hay alguien o no? ¡Responda, por favor! ¡Estoy encerrado! ¡Me han encerrado! ¡No puedo salir de esta habitación! —gritó la voz, cada vez más desesperada.

—¡Estoy aquí, estoy aquí! —dijo el Investigador—. ¡Le oigo perfectamente!

Al otro lado del hilo se oyó un último aullido, un chisporroteo y luego nada, aparte de un tono áspero y discontinuo.

Deslizándose ambas manos por la pared de detrás de la cama, el Investigador dio al fin con el interruptor. El plafón se encendió tras vacilar unos instantes: era un fluorescente circular que difundió una claridad verde por la habitación. El cuarto era mucho mayor de lo que el Investigador había supuesto. La cama en la que se encontraba tumbado estaba perdida en un amplio espacio de al menos diez metros por siete. Por un momento se quedó estupefacto. Aparte de la cama, el mobiliario consistía en un armario muy pequeño arrimado a una esquina y una silla colocada en el centro de la estancia, bajo el plafón. Nada más. Ni mesita de noche ni escritorio. Aquí y allí, el viejo parquet estaba cubierto por unas alfombras orientales que habían perdido los colores y el dibujo. De la pared del fondo colgaba una fotografía enmarcada de un anciano con bigote. El Investigador tenía la sensación de haber visto aquel rostro con anterioridad, pero no se habría atrevido a jurarlo. Ni la decoración ni las comodidades eran las de un palacio.

Miró el reloj: las seis y cuarenta y siete de la mañana. En el fondo, que hubiera sonado el teléfono por error había sido una suerte. De otro modo, a saber cuándo se habría despertado. Pero ¿quién sería aquel loco que había llamado?

Se levantó. No había dormido más que unas horas. Le dolía la cabeza, y la nariz, hinchada e irritada, le ardía y no paraba de moquear. Tuvo un escalofrío. Se dio

cuenta de que seguía llevando la gabardina —que ya no estaba mojada, pero se había quedado hecha un guiñapo—, y el traje, completamente arrugado, despedía un olor extraño a setas silvestres. La camisa parecía cualquier cosa menos una camisa, la corbata le había dado tres vueltas alrededor del cuello y los zapatos, que tampoco se había quitado, seguían empapados.

Se desnudó a toda prisa, dejó la ropa sobre la cama, camiseta y calzoncillos incluidos, y se dirigió hacia una puerta que supuso que era la del baño. El tamaño de la estancia lo dejó atónito: parecía un armario empotrado. Era tan diminuto y bajo de techo como inmensa la habitación y, para colmo, no parecía estar muy limpio. En el lavabo había pelos corporales y cabellos que daban fe de una presencia anterior que nadie se había molestado en borrar. Entró encorvándose un poco y decidió no cerrar la puerta por miedo a no poder abrirla de nuevo. Con ímprobos esfuerzos, logró penetrar de lado en lo que hacía las veces de cabina de ducha y, deslizando la mano izquierda por detrás de la espalda, pero sin poder volverse en ningún momento, abrió el grifo: a la altura de los omoplatos le cayó un chorro de agua helada. Se le escapó un grito. Intentó accionar el grifo a ciegas, pero esta vez el agua salió hirviendo. Consiguió volver a girarlo en sentido contrario, y salió un chorro glacial. Resignado, el Investigador se obligó a soportar aquel suplicio durante casi treinta segundos. Luego cerró el agua y salió contorsionándose de la cabina.

Se secó con una toalla minúscula y, mirándose en el estrecho espejo que había colocado encima de un lavabo igual de estrecho, que le devolvía una imagen deformada y monstruosa de sí mismo, comprobó que el golpe contra la repisa del teléfono le había hecho una brecha en la frente de tres centímetros de largo. Había sangrado bastante. Se limpió, pero le quedó una herida abierta, profunda... un tajo muy feo. Parecía que se hubiera peleado con alguien y hubiese recibido un mal golpe, o que hubieran intentado dejarlo inconsciente.

Se deslizó fuera del cuarto de baño con dificultad, sacó la máquina de afeitar de la maleta, volvió a la angosta estancia, se puso a cuatro patas para enchufar el aparato a la toma eléctrica, que estaba instalada de forma diabólica detrás del pie del lavabo, casi a ras de suelo, y apretó el botón.

Nada.

Comprobó que el cable estuviera bien conectado a la máquina y volvió a intentarlo.

Nada.

Buscó otra toma en el dormitorio, acabó encontrando una medio oculta tras el pequeño armario, empujó el mueble, dejó a la vista el enchufe, además de un montón de polvo, varias colillas, tres pañuelos de papel usados y un viejo corrector dental, conectó la máquina y apretó el botón: nada, tampoco tuvo éxito. El aparato se negaba a funcionar. El Investigador se acordó entonces de que, durante su odisea nocturna, se le había abierto la maleta en plena calle. Todo su contenido había quedado esparcido por la acera. Tal vez la máquina se había averiado con el golpe, o quizá había entrado

agua en el mecanismo. La dejó sobre el radiador que había bajo la ventana y funcionaba al ralentí: apenas estaba tibio.

Eligió la camisa menos húmeda entre las cinco que había cogido y se puso otro pantalón. Por desgracia, sólo tenía una chaqueta. Trató de alisarla con la palma de la mano, pero el resultado no lo convenció. Ponerse los zapatos mojados fue extremadamente desagradable, incluso llevando calcetines limpios y más o menos secos. Se anudó la corbata, que se le doblaba hacia arriba, y aplastó con la mano derecha los tres mechones de pelo que sobrevivían en su cabeza. Estaba listo para bajar a desayunar.

Sin embargo, primero quiso ventilar un poco la habitación para eliminar el fuerte olor a humedad y cuero mojado que la había invadido. Descorrió la cortina doble, abrió la ventana, no sin dificultad, consiguió retirar el pasador roñoso que mantenía los postigos cerrados por dentro y empujó los dos batientes a la vez con las palmas de las manos: no se movieron más que un ridículo centímetro. El Investigador ejerció más presión, pero el resultado fue el mismo. No lo entendía. Parecía que los postigos chocaban con algo más firme que ellos. Se acercó de nuevo y, al mirar por las rendijas estrechas que quedaban entre las láminas, descubrió que unos ladrillos gruesos perfectamente alineados impedían que se abrieran.

Tuvo que rendirse a aquella evidencia increíble: la ventana estaba condenada.

Tras buscar un ascensor que no existía, el Investigador bajó la escalera preguntándose en qué hotel se había metido. En uno con ínfulas de palacio, cuyas tarifas rayaban en lo obscuro y que tenía, en realidad, la categoría de una pensión de mala muerte amenazada por la piqueta.

Setenta y tres. Ése era el número de peldaños que había bajado. Seis pisos y aún no había llegado a la recepción. Se concentró en llevar escrupulosamente la cuenta para no pensar en nada. En el Hotel reinaba el silencio. La escalera sólo estaba iluminada de tramo en tramo por una débil bombilla colgada de la pared, lo que hacía el descenso un tanto peligroso.

Por fin llegó a la planta baja. Había contado nueve pisos. Él ocupaba la habitación 14, situada en la novena planta. Estaba claro que al dueño del Hotel la lógica le traía sin cuidado. Pero ¿acaso el mundo en el que vivía tenía algo de lógico? ¿No era la lógica una mera abstracción, una especie de postulado que nunca se había sometido a demostración alguna?

Detrás del mostrador no había nadie, pero bajo la puerta de la sala donde la Giganta le había dicho que servían el desayuno se veía luz. Se dirigió hacia ella, asió el pomo, lo giró —lo que produjo un chirrido desagradable, como un quejido humano— y empujó la hoja.

Se quedó de una pieza.

El comedor era una sala alargada de la que casi no veía el final. Pero lo más asombroso era que estaba abarrotada. En las innumerables mesas no se distinguía un solo asiento libre. Había centenares de personas desayunando, y todas habían dejado de moverse y habían interrumpido sus conversaciones al verlo entrar. Cientos de ojos lo observaban. Notó que se sonrojaba. Se disponía a pronunciar unas palabras, una disculpa, quizá un «buenos días», pero no le dio tiempo. Tras los segundos de silencio que había provocado su entrada, la estancia volvió a llenarse de ruido, en realidad, de mil ruidos, de un guirigay formidable de bocas que parloteaban, mandíbulas que masticaban, gargantas que tragaban bollos y bebidas, de tazas, platillos y vasos que entrechocaban, sillas que chirriaban... Aún no se había repuesto de la sorpresa, cuando a su lado apareció un camarero con chaquetilla blanca y pantalón negro.

—¿Es usted el de la catorce?

—Sí... —balbuceó el Investigador.

—Acompañeme.

El Camarero le hizo recorrer casi la mitad de la sala siguiendo una trayectoria sinuosa que permitió al Investigador comprobar que todos los presentes hablaban un idioma extranjero, eslavo, aunque también podía ser escandinavo o de Oriente Medio.

—Por favor... —murmuró el Camarero, indicándole un sitio vacío en una mesa para cuatro, cuyos otros tres asientos estaban ocupados por unos hombres de tez morena, pelo negro espeso y frente estrecha, que bebían y comían con glotonería, inclinados sobre sus tazas.

El Investigador se sentó. El Camarero esperó a que pidiera.

—Té, tostadas y zumo de naranja, por favor.

—Té, sí. Tostadas y zumo de naranja, no.

—¿Cómo? ¿Por qué no, con el precio que pago? Se supone que estamos en un hotel de cuatro estrellas...

—Usted aún no ha pagado nada —le recordó el Camarero con voz cortante—. Y el hecho de que este establecimiento sea de cuatro estrellas no le da derecho a cualquier cosa, y menos aún a comportarse como alguien a quien hay que complacer en todo.

El Investigador se quedó estupefacto. No sabía qué responder. El Camarero hizo amago de marcharse, pero el Investigador lo retuvo con un gesto.

—Perdone, pero me gustaría hacerle una pregunta.

Como el Camarero no dijo nada, pero tampoco se fue, el Investigador interpretó que lo animaba a continuar.

—Sólo llevo aquí una noche, pero me parece... En fin, su compañera, una mujer alta que iba en albornoz, me dio a entender que el Hotel estaba vacío, y ahora veo que...

—Turistas. Han llegado en masa y de repente.

—¿Turistas?! —exclamó el Investigador, acordándose de las calles desangeladas y deprimentes por las que había vagado bajo la lluvia y la nieve durante horas, del muro infinito, de los edificios grises, de la masa monstruosa que conformaban las innumerables instalaciones de la Empresa, de la ausencia de atractivos y belleza...

—Esta ciudad atrae mucho turismo —aseguró el Camarero, y se escabulló aprovechando su sorpresa.

El Investigador desplegó la servilleta y observó a sus compañeros de mesa, que seguían comiendo y bebiendo.

—¡Buenos días! —saludó.

Ninguno le respondió. Ni siquiera lo miraron. El Camarero regresó. Dejó ante él dos biscotes y una taza de café, y se fue sin darle tiempo a decir que aquello no tenía nada que ver con lo que había pedido.

Los biscotes sabían a humus. En cuanto al café, no cabía duda de que era el más amargo que había tomado en su vida, y, por mucho azúcar que le añadió, no consiguió endulzarlo. Sus tres compañeros de mesa devoraban tortillas con queso, embutido, pescado ahumado, pepinillos gruesos en vinagre, tarta de manzana con canela, panecillos tiernos rellenos de pasas y almendras, fruta fresca... Bebían zumo de pomelo o de pina, además de un té negro cuyo delicioso aroma, intenso y ahumado, llegaba hasta las fosas nasales del Investigador.

Charlaban animadamente, pero él no entendía una palabra. Ninguno le prestaba atención.

Se obligó a tomarse el café, diciéndose que le sentaría bien algo caliente. No paraba de sonarse y se sentía un poco febril. De vez en cuando, alzaba la vista, miraba la sala e intentaba localizar a la Giganta, pero la mujer no aparecía. Cuatro o cinco camareros, bajos, un poco rechonchos y casi calvos, tan parecidos entre sí que podían pasar por hermanos, se las arreglaban para atender las mesas. Los Turistas, como se había resignado a llamarlos el Investigador, armaban un griterío increíble. Eran todos mujeres y hombres de unos cuarenta años que iban vestidos con sencillez, se abalanzaban sobre la abundante comida que tenían delante y la devoraban con grosería. Comprobó que era el único al que habían servido el escaso desayuno que se estaba tomando a regañadientes y, cuando un camarero pasó cerca de él, le preguntó si podía pedir también una tortilla y un zumo.

—¿Forma parte del grupo?

—No, soy...

—¿El de la catorce?

—Sí.

—Lo siento, entonces no.

—Pero, bueno, ¡esto es ridículo! ¿No puede traerme al menos un poco de mermelada o mantequilla? Si sólo es cuestión de dinero, pagaré el suplemento...

—No insista. Aquí no todo se arregla con dinero.

Cuando el Investigador, indignado, consiguió reponerse de su sobresalto, el Camarero ya estaba lejos. Repasó todos los artículos del reglamento, que había leído dos veces a su llegada, pero no pudo recordar ninguno que hiciera discriminaciones en cuanto al desayuno. Se prometió que lo comentaría con el primer miembro de la Dirección con el que se topara.

El tiempo pasaba: se lo recordaba el enorme reloj de péndulo que colgaba de una pared y que hacía tanto ruido como un martillo al golpear un yunque cuando marcaba cada desplazamiento de la aguja por el segundero con un rotundo ¡clac! No podía entretenerse. Sin duda, lo esperaban ya con impaciencia. Cogió la taza para acabarse



el café, pero, cuando iba a llevársela a los labios, su vecino lo golpeó con el codo y el líquido se le derramó sobre la chaqueta y el pantalón. El Investigador maldijo entre dientes: dos manchas negras se extendieron por la tela, más clara. El causante del desastre no se disculpó. Siguió comiendo y hablando con los otros dos, que también hacían como si no existiera.

El Investigador se levantó y se dirigió a toda prisa hacia una puerta con un rótulo que indicaba los aseos. Echaba chispas. Estaba más que harto y empezaba a plantearse regresar en el primer tren. Pero ¿qué le diría al Jefe de Servicio para justificar su vuelta repentina sin haber finalizado la Investigación, sin haberla iniciado siquiera? ¿Que se había pasado horas vagando por la Ciudad con un tiempo de mil demonios? ¿Que el Hotel le parecía extraño? ¿Que el desayuno que le habían servido no le gustaba? ¿Que el café era pésimo? ¿Que el personal se comportaba de un modo inadmisibile? ¿Que sus compañeros de mesa no le habían dirigido la palabra?

No, más le valía tener paciencia.

El pasillo que encontró al salir del comedor acababa en una pared diez metros más adelante. A su derecha había dos puertas. El símbolo de la primera representaba una silueta femenina. Avanzó hasta la segunda, pero mostraba la misma imagen. Pensando que se había equivocado, retrocedió. No, lo había visto perfectamente. Las dos puertas indicaban aseos de señoras. Sintió que se le aceleraba el corazón. Seguían burlándose de él.

Miró a la derecha, a la izquierda e incluso hacia arriba. Nadie. Entró a toda prisa. El cuarto de baño estaba vacío. Se acercó a uno de los lavabos, abrió el grifo del agua caliente y se metió una mano en el bolsillo para coger el pañuelo, pero no lo encontró. Tampoco estaba en el otro.

Vio una toalla de tela fijada a un dispensador. Intentó sacarla con cuidado. Sin éxito. Tiró de la tela, volvió a tirar, tiró más fuerte... La toalla se rasgó, los tornillos que sujetaban el dispensador a la pared se soltaron y el yeso se resquebrajó. El Investigador humedeció la toalla y frotó con fuerza las dos manchas de café. Pasados unos instantes, tuvo la sensación de que empezaban a desaparecer: ya no eran tan oscuras. Pero, por desgracia, se habían extendido más. Tiró la toalla a la papelera, la hundió hasta el fondo, la cubrió con papeles y salió del lavabo.

Cuando empujó la puerta del comedor, el griterío había cesado. Los Turistas habían desaparecido. No quedaba ni uno. Todas las mesas estaban recogidas y limpias. No se veía ni un resto de comida. ¿Cómo era posible, si no se había ausentado más de cuatro minutos?

Las sillas estaban cuidadosamente alineadas. Miró su sitio: la taza de café seguía allí, junto al segundo biscote, que no había tenido tiempo de acabarse, y su gabardina descansaba sobre la silla, un poco separada de la mesa. Era el único sitio donde había algo.

Incluso los Camareros se habían volatilizado.

El Investigador corrió hacia la mesa. Quería salir cuanto antes de aquel comedor, de aquel hotel, lanzarse a la calle y respirar a bocanadas un poco de aire fresco, sentir el frío en las sienes, en la nuca, en los pulmones, en el cerebro, por decirlo de alguna manera, un cerebro al que estaban sometiendo a unas pruebas tan duras que el Investigador temía que estallara en cualquier momento. Pero, cuando ya estaba poniéndose la gabardina y reencontrándose con aquella sensación tan desagradable de humedad, oyó a sus espaldas una potente voz que lo interpelaba desde bastante lejos:

—¿No se termina el desayuno?

El Investigador se quedó inmóvil y luego se volvió muy despacio, con el miedo invadiéndole el cuerpo. Un hombre avanzaba hacia él. Un hombre que no era ni un camarero ni un turista, y al que no había visto hasta entonces. A medida que se le acercaba, su silueta se perfilaba con mayor precisión, y también su rostro. Debía de tener la edad del Investigador, y más o menos la misma estatura. Sonreía.

—¿No se termina el desayuno? —repitió el desconocido en tono amable, señalando la taza y el biscote.

—Ya no tengo hambre —farfulló el Investigador—. Y voy con retraso.

—¿Con retraso? Si usted lo dice... Yo soy de los que opinan que en la vida solemos ir con tiempo y que la muerte siempre llega demasiado pronto. Vamos, siéntese, termine de desayunar tranquilamente, no se preocupe por mí.

El Investigador no se sintió con ánimos para contradecirlo. Bajo su afabilidad, aquel hombre tenía algo que imponía. Se sentó sin quitarse la gabardina, aunque sólo le había dado tiempo a meter un brazo en una manga. El desconocido ocupó la silla de enfrente y lo miró con atención.

—¿Ha dormido bien?

—Llegué al Hotel muy tarde y...

—Lo sé —lo interrumpió—. La noche ha sido corta. Pero coma, por favor, haga como si yo no estuviera —lo animó, señalando el biscote.

El Investigador lo cogió de mala gana y empezó a mordisquearlo.

—Deje que me presente. Soy el Policía.

—¿El Policía? —preguntó el Investigador, asustado, y, tras dejar el biscote, estrechó la mano que le tendía su interlocutor.

—Exacto. Y usted... ¿usted es...?

—Pues... —empezó a decir sin apenas voz y notando que comenzaba a sudar—. Yo soy... soy...

—¿Es...?

—He venido a realizar una investigación a la Empresa.

—¿Una investigación? ¡Ésta sí que es buena! ¡Una investigación, y yo sin enterarme!

El Policía seguía sonriendo con gesto amable, pero sus ojos ya no se apartaban de los del Investigador.

—No se trata de una investigación policial —farfulló éste—. No me malinterprete. Es un simple procedimiento administrativo. Desde hace un año, en la Empresa se ha producido un número considerable... Para hablar con franqueza, un número inusualmente alto de suicidios, y me han...

—¿De suicidios? —lo interrumpió el Policía.

—Sí, de suicidios.

—¿Cuántos?

—Una veintena.

—¿Una veintena?! ¿Y no me han informado? ¡Es increíble! ¡Soy el Policía, la gente se suicida en serie a unos pasos de mi despacho y yo no sé nada! Cuando dice una veintena, ¿a cuántos se refiere exactamente?

El Investigador, cada vez más incómodo, seguía sujetando el biscote. Ahora estaba seguro de que tenía fiebre. Le dolía la cabeza. Le escocían los ojos. Tenía el cuello entumecido. La nariz le ardía y le hacía daño, lo mismo que la herida de la frente. Todo el cuerpo lo martirizaba. El Policía rebuscó en el bolsillo derecho de su chaqueta, luego en el izquierdo, sacó un tubo amarillo y azul y se lo tendió.

—Coja dos.

—¿Qué es?

—Le duele la cabeza, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Yo lo sé todo, es mi trabajo. Que llegó ayer, que estuvo esperando en el bar, la discusión que mantuvo sobre el ponche con el Camarero, lo mucho que insistió en el Puesto de Guardia, que estuvo vagabundeando desorientado, el alboroto que armó en la puerta del Hotel y que fue incapaz de contestar a unas sencillas preguntas sobre el reglamento... Y, esta mañana, los comentarios tan desagradables que ha hecho sobre el desayuno. Estoy al corriente de todo. Me han facilitado un informe muy completo. Soy el Policía. Yo sé. Usted, que es el Investigador, no sabe, busca. Le saco un cuerpo de ventaja. Dos, le he dicho.

—¿Perdón?

—Dos comprimidos. Vamos, termínese ese sorbo de café.

El Investigador sujetaba el tubo de pastillas en la palma de la mano. Dudaba en abrirlo. El Policía se echó a reír.

—¡No tenga miedo, hombre! ¡Soy el Policía, no el Asesino! ¡Cada uno a lo suyo! Y lo de usted es ser Investigador, ¿no? Si respeta la dosis, no hay peligro.

El Investigador asintió despacio.

—¡Muy bien! ¿Todo claro? Pues haga como si yo no estuviera —le sugirió el Policía, que agachó la cabeza y se puso a examinarse las manos con ostentación, como para demostrarle que no vigilaba sus movimientos.

El Investigador, desconcertado por la súbita aparición de aquel personaje, no sabía cómo reaccionar ante él. Acabó abriendo el tubo y sacando dos pastillas, que eran amarillas y azules, como el propio envase; las miró con atención e intentó olerías, pero tenía la nariz tan tapada que no percibió nada. Dudó un poco más, y por fin se las puso bajo la lengua, cerró los ojos y se las tragó con el último sorbo del repugnante café. El Policía había levantado la cabeza y lo miraba de nuevo. Seguía sonriendo.

—Entonces, ¿esos suicidios...? ¿Cuántos, exactamente?

—Veintitrés. Pero sobre uno de ellos existen dudas. No se sabe si el fallecido puso fin a su vida o sufrió un accidente. El gas...

—¡Un método radical, el gas! Mueres tú y, a veces, te llevas a otros por delante. ¿Fue el caso?

—No. Vivía solo en una casa unifamiliar.

—Lástima...

—¿Perdón?

—Nada, olvídalo.

Se produjo un silencio. El Policía parecía sopesar lo que el Investigador acababa de contarle sobre los suicidios. No había perdido la sonrisa. Luego hizo un leve gesto con la mano, como para zanzar el asunto y pasar a otra cosa.

—Debe de pensar que ha ido a caer en un sitio curioso, ¿no?

—Bueno, he de confesarle que...

—¡Chiss, chiss! —lo atajó el Policía, riendo de buena gana—. No tiene que confesar nada de nada. Esto no es un interrogatorio, ¡relájese!

El Investigador no habría sabido decir por qué, pero, aunque no tenía nada en absoluto que reprocharse, de pronto sintió que se había liberado de un gran peso y se echó a reír con el Policía. Qué bien sentaba... ¡oh, sí, qué bien sentaba reírse con aquel hombre que, al fin y al cabo, era tan amable y que también parecía asombrado por el derrotero que habían tomado las cosas!

—Puedo contárselo todo —dijo el Investigador—. Como se imaginará, no entiendo nada. Desde que he puesto los pies en esta ciudad, tengo la sensación de estar viviendo una pesadilla, o más bien de ser la víctima de una farsa gigantesca. Todo parece confabularse para impedirme hacer lo que debo...

—¿La Investigación sobre los suicidios?

—Exacto. Es como si... Lo que voy a decirle le parecerá absurdo, pero es como si aquí todo, incluidos el trazado de las calles, la falta de señalización, el clima, todo conspirara para que no pueda llevar a cabo la Investigación, o para retrasarla al máximo. Nunca me había ocurrido algo así. ¡Y este hotel...! ¿Dónde se ha visto un hotel parecido?

El Policía reflexionó un buen rato. Su rostro, redondeado, conservaba la sonrisa, pero sus ojos parecían haberse empequeñecido, como si estuvieran realizando un gran esfuerzo de concentración.

—Cuando llegué sentí lo mismo. Llevo aquí poco tiempo. Nos trasladan de un sitio a otro cada dos por tres, y no podemos quejarnos, claro, no tenemos derecho. Me pregunté qué hacía aquí, quién había tomado la absurda decisión de mandarme a este sitio y para qué. Por supuesto, sabía que era el Policía, pero no me habían dado más detalles sobre lo que tenía que hacer, sobre el papel que querían que desempeñara. Era todo muy extraño. Muy muy extraño. Y además... no sé cómo expresarlo, pero sentía de un modo muy claro una... una presencia.

—¿Como si lo observaran?

—Eso es. ¡Justo eso! Pero nunca he conseguido sorprender a nadie.

—A mí me pasa lo mismo. Tengo esa sensación desde ayer por la tarde.

—Pero, en fin... acabas acostumbrándote. Lo propio del hombre es adaptarse, ¿no le parece? ¿Y acaso hoy en día no estamos vigilados constantemente, vayamos adonde vayamos y hagamos lo que hagamos?

Los dos hombres se quedaron pensativos. Hasta que, de pronto, sonó un teléfono y ambos empezaron a buscar en sus bolsillos a toda prisa, lo que les hizo reír; pero el Investigador recordó que su móvil estaba descargado. El Policía sacó su aparato de la chaqueta, un modelo que el Investigador nunca había visto, ovalado y con una sola tecla, que el Policía pulsó mientras le pedía con un gesto que lo disculpara.

—¿Sí? —preguntó.

El Investigador se sentía aliviado. Aquel hombre, que se parecía a él en muchos aspectos, lo reconfortaba.

—Vaya, vaya... —murmuró el Policía, sacándose una libreta y un bolígrafo de un bolsillo. Su rostro acababa de perder la sonrisa—. ¿A qué hora dice? —Apuntó algo—. ¿Está seguro?

El Investigador desvió la mirada para no molestarlo.

—Muy bien. Gracias por avisarme.

El Policía apretó la única tecla del móvil y luego volvió a guardarlo despacio en el bolsillo. Rascándose la nuca y con una expresión preocupada, releyó las notas que acababa de tomar y luego cerró la libreta con un golpe seco. Ahora sus ojos parecían los de un zorro, dos rendijas, ocres y brillantes.

—Nada grave, espero... —dijo el Investigador en tono despreocupado.

—Eso depende de para quién —respondió el Policía con frialdad. Y, secamente, con voz metálica, midiendo cada palabra, masculló—: ¿Podría explicarme por qué ha entrado en los aseos de señoras a las siete y veintiuno de la mañana y por qué motivo ha destrozado tanto una toalla como el dispensador de madera y metal con una brutalidad injustificable?

El biscote estalló en mil pedazos entre los dedos del Investigador, que tuvo la sensación de que unas manos lo agarraban y lo arrojaban a un pozo sin fondo.

Cuando al fin consiguió salir del Hotel la Esperanza, la mañana ya estaba muy avanzada.

El Policía lo había retenido cerca de dos horas y, durante ese rato, el Investigador se había visto obligado a responder a un alud de preguntas planteadas con brusquedad y, en algunos casos, repetidas en el intervalo de unos minutos para comprobar que las respuestas eran las mismas. Tuvo que describir tres veces cada uno de sus actos y movimientos desde el instante en que se había levantado, empezando por la llamada telefónica que lo había despertado, pasando por la ventana condenada —«¡Lo comprobaré!», había asegurado el Policía en tono casi amenazador—, el cálculo de los peldaños de la escalera y la presencia masiva de Turistas en el comedor —«¿Turistas? ¿De veras? ¡Primera noticia!», soltó el Policía con un deje burlón— y acabando con el incidente del aseo de señoras.

Además quiso examinar, y con la mayor atención, la herida que el Investigador se había hecho en la frente. Para ello, utilizó un par de guantes quirúrgicos. Acto seguido, se puso en pie y le ordenó que lo acompañara al aseo de señoras para proceder a una reconstrucción de los hechos.

—¿Una qué?

—Ya me ha entendido.

—¡Está usted loco! ¿Una reconstrucción por una toalla rasgada? Pero ¿en qué mundo vivimos? No puedo perder el tiempo con chiquilladas. Tengo trabajo que hacer. Una investigación que realizar. Ha muerto gente. Se han suicidado. No estoy seguro de que usted entienda lo que eso significa, pero yo necesito comprender los motivos. Necesito saber por qué en tan poco tiempo, dentro de la misma empresa, dentro de la Empresa, tantas personas sintieron tal desesperación que prefirieron acabar con sus vidas antes que acudir a un Psicólogo, o confiar en el Médico de la Empresa, o solicitar una reunión con el Director de Recursos Humanos, o abrirse a sus compañeros o a un miembro de su familia, o incluso llamar a alguna de las numerosas asociaciones que se dedican a ayudar a las personas que sufren. Y usted me pone palos en las ruedas, me retiene por nimiedades, me interroga durante una hora por una toalla rasgada, por unos destrozos que nunca se habrían producido si este hotel ofreciera los servicios mínimos que un cliente tiene derecho a exigir. Me hace perder el tiempo con...

—¿Quién soy yo? —lo interrumpió el Policía.

—¿Cómo dice?

—¿Quién soy?

—Usted es... Me ha dicho que es el Policía...

—Exactamente. ¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—Entonces, ¿se discuten las órdenes del Policía?

El Investigador abrió la boca, pero sintió que la garganta se le secaba y las palabras morían en ella.

—Acabemos cuanto antes —murmuró, dejando caer los hombros y soltando todo el aire de los pulmones.

El Policía lo invitó a seguirlo al aseo de señoras. La reconstrucción comenzó. Duró veintisiete minutos. El Investigador tuvo que repetir todos los pasos y movimientos que había hecho aquella mañana. El Policía lo observó desde diversos ángulos, tomó notas, dibujó un croquis muy detallado, caminó a zancadas para medir el espacio y las distancias, utilizó el móvil para hacer varias fotografías del toallero arrancado y de la toalla rasgada —que había sacado de la papelería tras enfundarse otro par de guantes quirúrgicos—, así como primeros planos del Investigador de frente y de perfil. Luego le formuló algunas preguntas, comprobó que las manchas de la chaqueta y el pantalón no habían desaparecido y, cuando al fin pareció haberse convencido de que el Investigador no le ocultaba nada y le había dicho toda la verdad, le rogó que lo siguiera a su cuarto.

—¿A su cuarto?

—A mi despacho, si lo prefiere. ¿Cree que voy a dejar que se marche sin tomarle declaración?

—¿Declara...?

El Policía ya había abierto la puerta, y el Investigador no tuvo más remedio que seguirlo. Salieron del aseo de señoras. El Policía cerró tras ellos y, para estupefacción del Investigador, selló el aseo con un precinto. A continuación, atravesaron el interminable comedor, pasaron ante la recepción —que seguía vacía— y se detuvieron frente a una puerta situada a la derecha del mostrador, en la que un cartelito advertía: «PROHIBIDA LA ENTRADA A TODA PERSONA AJENA AL SERVICIO.» El Policía se sacó una llave del bolsillo, la hizo girar en la cerradura, abrió e invitó a entrar al Investigador.

Era un trastero en el que se guardaban escobas, cubos, fregonas, estropajos y productos de limpieza, así como un aspirador enorme. En un rincón, sobre dos caballetes, dos tablas colocadas en paralelo sostenían una máquina de escribir.

—No soporto la informática —comentó el Policía, que había advertido la mirada escéptica del Investigador—. Deshumaniza los informes.

El Policía le tendió un cubo de plástico rosa. El Investigador lo cogió sin comprender. El Policía eligió otro, de color azul, le dio la vuelta y se sentó encima.

—Adelante, no tenga miedo. Son muy resistentes y, además, muy cómodos. Aún no me han traído las sillas.

El Policía colocó una hoja de papel en el rodillo de la máquina de escribir. Ejecutó la operación con una meticulosidad extraordinaria y llegó a repetirla hasta tres veces porque le parecía que la hoja no quedaba del todo recta.



«¿Y si estuviera ante un loco? —se preguntó de pronto el Investigador—. Tiene tanta pinta de policía como yo de cura. No me ha enseñado su identificación. Su despacho está en un hotel, ¡y vaya despacho! ¡Es un cubículo de mala muerte! ¡Sí, sin duda está loco! ¿Cómo no me he dado cuenta antes?»

Esa idea le hizo recobrar la confianza. Estuvo a punto de echarse a reír, pero se contuvo. Era mejor no dejar traslucir ninguna emoción, seguirle un poco más el juego a aquel chiflado y huir a la menor oportunidad.

Tiempo tendría esa tarde de quejarse a la Dirección del Hotel del rato que le había hecho perder aquel desequilibrado, que no debía de ser más que un empleado de la limpieza con alguna enfermedad mental.

—¡Vamos allá! —exclamó el Policía, que había recuperado su mejor sonrisa al ver la hoja en blanco bien alineada, con el borde superior rigurosamente paralelo al rodillo.

—Soy todo suyo —respondió el Investigador.

Un sol enorme emblanquecía el cielo, ya muy pálido. Hacía buen tiempo, casi calor, justo al contrario que la noche anterior. El Investigador entornó los ojos y, por unos instantes, permaneció inmóvil en la escalinata del Hotel, incrédulo, aliviado y contento de estar al fin en la calle, aunque fuera tan tarde. Se sentía algo mejor. ¿Sería gracias a las pastillas que le había dado el Policía?

Tras las últimas horas, en las que tanto lo habían mareado y desorientado, volvía a estar listo para ser el Investigador: un profesional escrupuloso, exigente, vigilante y metódico que no se dejaba sorprender ni perturbar ni por las circunstancias ni por los individuos con los que tenía que lidiar en el curso de las investigaciones.

Una riada humana desfilaba en un silencio absoluto por las aceras, a unos metros de él. Era una multitud densa, rápida, que caminaba a paso ligero, como aspirada por una formidable bomba de succión. Estaba formada por hombres y mujeres de todas las edades que, sin embargo, avanzaban al unísono, sin hablar entre sí, mirando al suelo o hacia delante. Y lo que aún resultaba más extraño era que, en la acera más próxima a él, la Multitud iba de izquierda a derecha, mientras que en la de enfrente, al otro lado de la calzada, se desplazaba a la inversa, como si alguien, en algún sitio, hubiera establecido unos sentidos de circulación que nadie se atrevía a infringir.

El único ruido perceptible era el rumor de los vehículos, muy débil. Circulaban al paso y en una sola dirección, de derecha a izquierda. El atasco era monumental. El tráfico progresaba con una lentitud extraordinaria, pero en perfecto orden; el Investigador no percibió el menor signo de nerviosismo en los rostros de los conductores, que miraban al frente y parecían tomárselo con filosofía. Nada de bocinazos ni insultos, sólo el murmullo de los motores, elegante, casi inaudible, sutil.

Sin duda, la Ciudad tenía ahora otro ritmo. Desierta durante la noche, ofrecía a plena luz una animación diligente e industriosa, ordenada y fluida, que electrizó al Investigador y le insufló energías nuevas. Desde luego, la densidad de la Multitud y del tráfico era sorprendente comparada con la desolación y el vacío nocturnos; aun así, tras las desconcertantes peripecias que acababa de vivir y los curiosos personajes con los que se había cruzado, el Investigador como mínimo sentía que se había reintegrado en cierta normalidad que estaba dispuesto a aceptar obviando las preguntas incómodas.

Para empezar, necesitaba orientarse. No había querido pedir indicaciones al Policía, pues estaba convencido de que, policía o no, habría aprovechado para volver a hacerle un número infinito de preguntas y quizá incluso para arrestarlo en su cuchitril.

El Investigador observó los edificios que alcanzaba a divisar: almacenes inmensos, hileras de hangares metálicos o de piedra maciza, torres de oficinas,

dependencias administrativas, aparcamientos cubiertos enormes, talleres, laboratorios, chimeneas de metal que dejaban escapar humaredas casi transparentes... En realidad, la heterogeneidad de esas construcciones sólo era aparente, puesto que todas pertenecían al complejo de la Empresa, como podía deducirse por el muro que las rodeaba para delimitar una especie de frontera, aunque también creaba entre ellas vínculos, enlaces, puentes y trabazones, como si fueran las células o los miembros de un único cuerpo gigantesco.

La Ciudad entera parecía reducirse a la Empresa, como si poco a poco —en un proceso de expansión que nada ni nadie había podido frenar— la corporación se hubiera extendido más allá de sus límites iniciales, tragándose toda la periferia, digiriéndola y asimilándola hasta infundirle su propia identidad. Todo aquello emanaba una fuerza misteriosa que produjo una leve sensación de vértigo en el Investigador. Consciente desde hacía mucho tiempo de que su lugar en el mundo y la sociedad tenía unas dimensiones microscópicas, ante la desmesura de la Empresa descubría ahora otra forma de malestar: el del anonimato. Además de saber que no era nada, de pronto se percataba de que no era nadie. Esa idea, aunque no llegó a inquietarlo, penetró en él como un gusano delgado y curioso que agujerea una fruta ya madura.

Sin embargo, el Investigador puso fin a sus ensoñaciones de repente, porque, al otro lado de la calle, a unos doscientos metros a su izquierda, había divisado un hueco en el muro exterior que le produjo una especie de deslumbramiento. Sí, no cabía duda, aquel ángulo abierto, aquella ruptura en la continuidad del muro, era la entrada. La entrada de la Empresa. El lugar donde estaba el Puesto de Guardia. ¡Y pensar que se encontraba a menos de un minuto del Hotel! La noche anterior había tardado horas en ir de un lugar a otro, y sabe Dios por qué absurdo camino... Era para mondar. El Investigador se sintió casi eufórico.

Bajó los cuatro escalones que lo separaban de la acera y buscó con la mirada un paso de peatones por el que cruzar. Examinó a fondo los alrededores y se agachó todo lo que pudo para tratar de descubrir las consabidas franjas blancas entre las piernas de los transeúntes y las ruedas de los coches y, después, volviendo a subir los escalones del Hotel, se puso de puntillas y oteó a lo lejos en busca de un semáforo. Nada. No había ningún paso de peatones, ningún semáforo.

Reflexionó unos instantes y tomó una decisión. Ya había perdido bastante tiempo: cruzaría la calzada atravesando la marea de vehículos, algo que, a fin de cuentas, no podía ser tan difícil, dada la escasa velocidad a la que circulaban.

El primer problema, que en realidad había subestimado por completo, fue llegar al bordillo de la acera, es decir, atravesar la masa densa de hombres y mujeres que avanzaban ante él, una barrera de unos dos o tres metros de ancho, pero compacta, móvil y pacíficamente hostil.

Por más frases de disculpa que empleó, por más educado que se mostró, por más gestos humildes que hizo para indicar que deseaba pasar, nadie se apartó ni se detuvo para abrir un hueco por el que pudiera deslizarse. Aquellas mujeres y hombres seguían su camino sin mirarlo. Muchos llevaban cascos o auriculares; otros, también muy numerosos, manejaban móviles con una sola tecla idénticos al del Policía, en los que escribían mensajes o recibían llamadas.

El Investigador se dijo que, en esas condiciones, no le quedaba más remedio que abrirse paso a la fuerza, utilizando los codos sin demasiadas contemplaciones, aun a riesgo de pisar algunos pies o chocar con dos o tres personas. De todas formas, empezaba a estar harto de que no le prestaran atención. Así que respiró hondo y se lanzó.

Fue una refriega extraña que transcurrió sin agresividad, pero que estuvo envuelta en una especie de violencia muda, extrema y desconcertante: un forcejeo sin gritos, sin insultos, sin malos modos, sin odio. El Investigador tuvo la sensación de nadar en un río de aguas turbulentas y, al mismo tiempo, de ser rechazado por un buldócer de un material blando y elástico. Manoteó, agarró, arañó, empujó, separó, gritó, aulló, increpó, gimió, suplicó, incluso se humilló... Desplegó una energía que extrajo de lo más profundo de sí mismo. Y, por fin, llegó al otro lado.

El esfuerzo había sido tan intenso como corta la distancia recorrida. Se había quedado sin aliento y se dio cuenta de que, en la refriega, la peor parte se la había llevado la gabardina, que a esas alturas parecía un trapo viejo mal planchado: el bolsillo derecho se había desgarrado y la tela colgaba floja y gacha, como la larga oreja de un perro. En cualquier caso, no perdió el tiempo lamentándose: aún tenía que atravesar la marea de vehículos.

Para indicar que iba a cruzar, alzó una mano en dirección al conductor del automóvil que se le acercaba por la izquierda, pero, en cuanto dio dos o tres pasos por la calzada —los necesarios para rodear por delante aquel primer coche y empezar a deslizarse entre los dos siguientes—, un millar de bocinas comenzaron a tronar, formando un estruendo que lo dejó petrificado.

El ruido resultó tan desproporcionado que el Investigador se preguntó si era real. Volvió a abrir los ojos, que, por una especie de acto reflejo, había cerrado hacía unas fracciones de segundo: todos los vehículos se habían detenido. En cada uno de ellos, el conductor, hombre o mujer, apretaba ferozmente el claxon y, para más inri, cada

uno de aquellos conductores, de aquellas decenas, centenas de conductores, estaba mirándolo, a él, el Investigador, que se había quedado paralizado en medio del tráfico.

Un sudor frío le resbaló por la nuca. De pronto, los bocinazos cesaron. Pero, al instante, de las aceras se alzaron miles de voces mezcladas, fundidas, aunadas en un griterío increíble. Era como si todo un estadio aullara al unísono. Y, una vez más, todos los hombres y todas las mujeres que unos momentos antes caminaban en orden y silencio, con paso idéntico y regular, absortos en sus pensamientos, su música, sus conversaciones telefónicas, sin prestar la menor atención al mundo que los rodeaba, se habían detenido y lo miraban y le gritaban palabras que resultaban inaudibles, porque se superponían, chocaban, rebotaban unas contra otras, mezclaban sus deformadas sílabas... Aturdido, el Investigador trastabilló y, aunque consiguió mantenerse en pie apoyándose en el capó de un coche, volvió sobre sus pasos a toda prisa y subió de nuevo a la acera que había abandonado hacía menos de un minuto.

Estaba temblando. Ya nadie le prestaba atención. En la calzada, los vehículos circulaban sin interrupción con los conductores mirando al frente. Al otro lado, los viandantes también habían reanudado la marcha. El orden se había restablecido. Pero ¿qué orden?

En su avance, la Multitud lo arrastraba sin que apenas se diera cuenta. No podía resistirse. Incluso antes de que su cerebro lo decidiera, sus piernas habían empezado a seguir el ritmo de todas las piernas que había alrededor. Ahora también él caminaba, y lo hacía en la dirección marcada por el grupo, a pesar de no ser la correcta, puesto que se veía obligado a ir hacia la derecha, cuando la entrada de la Empresa y el Puesto de Guardia estaban allí, a unos cientos de metros a la izquierda.

Fueron momentos muy extraños, los de aquella deriva involuntaria; sin duda, los más extraños que había vivido desde su llegada a la Ciudad. Como una brizna de hierba arrastrada por la corriente de un gran río, se rindió y se dejó llevar. Por primera vez en su vida, renunció a verse como un individuo con voluntad propia, capaz de decidir lo que hacía, ciudadano de un país que garantizaba a todo el mundo las libertades fundamentales, tan fundamentales que, la mayor parte del tiempo, todos sus habitantes, incluido el Investigador, gozaban de ellas sin ser del todo conscientes. Disuelto en aquella inmensa masa en movimiento de peatones mudos, se deslizó, dejó de pensar, desistió de analizar la situación, no intentó luchar contra ella. En cierto modo, era como si hubiera medio abandonado su cuerpo para entrar a formar parte de otro organismo, uno inmenso y sin forma.

¿Cuánto duró aquello? ¿Quién podía saberlo a ciencia cierta? El Investigador, desde luego, no. Él ya no sabía gran cosa. Casi ni quién era, como si sufriera los efectos de un potente psicotrópico. Seguía existiendo débilmente, pero perdía consistencia.

Empezó a refrescar de nuevo y, de repente, al cabo de un instante, comenzó a hacer mucho frío. El cielo se cubrió de un manto gris del que no tardaron en desprenderse algunos copos. Las partículas efímeras y heladas que aterrizaban en el cráneo del Investigador lo devolvieron a su situación presente. Sintió un escalofrío y advirtió que, sobre las cabezas de la muchedumbre, se veía el letrero del Hotel, de su hotel, el Hotel la Esperanza. Se dijo que sus sentidos habían acabado por trastornarse del todo. Creía que la Multitud lo había arrastrado durante horas, cuando en realidad sólo había recorrido una corta distancia.

Sin embargo, un detalle lo hizo dudar. ¿De verdad era el mismo hotel? ¿El mismo letrero? Algo había cambiado. Sí, el Hotel estaba en su sitio, al otro lado de la calle, entre dos edificios que también reconoció sin dificultad. Al otro lado de la calle... Al otro la... ¡Claro, maldita sea! ¡Eso era lo que había cambiado! Si el Hotel estaba al otro lado, era porque él no se encontraba en la misma acera, o sea, que en algún momento había cambiado de acera y ahora caminaba por el lado de la calle en el que estaba la entrada de la Empresa. ¡Sí, allí la tenía, un poco más adelante, a su izquierda! Incluso podía ver el Puesto de Guardia.

Debía actuar con rapidez, deslizarse todo lo posible hacia la izquierda de la corriente humana, de forma que, en unos segundos, pudiera escapar de la inercia de la Multitud, salir de la masa, volver a ser un individuo aislado, único. Unos pasos más, unos metros más, sobre todo no debía fallar al salir, no debía dejar que alguien a quien no hubiera visto venir por detrás de él lo estorbara en el último momento...

¡Uf! Lo había conseguido.



De día, el Puesto de Guardia parecía mucho menos hostil que por la noche. En el fondo, no era más que un simple edificio, tosco, casi feo, pero que no tenía nada de militar. No necesitó llamar al timbre del interfono para que le contestaran. Bastó con que se acercara a la zona de la ventanilla que estaba perforada por una veintena de orificios dispuestos de forma concéntrica, y se inclinara un poco para dirigirse a un individuo de edad indefinida, pelo ralo y cara redonda, el Guardia, que vestía de blanco, como un Auxiliar de Laboratorio o un Químico, y lo miraba sonriendo desde su asiento al otro lado del cristal.

—¡Buenos días! —exclamó el Investigador, presintiendo que al fin había dado con un interlocutor atento.

—Buenos días —le respondió el Guardia en tono amable.

—Soy el Investigador.

El Guardia no perdió la sonrisa, pero el Investigador se dio cuenta de que su mirada había cambiado. El tipo lo observaba. Lo hizo durante unos segundos; luego consultó un gran libro de registro que tenía abierto ante él. Como, al parecer, no encontró la entrada que buscaba, miró en las páginas precedentes yendo de línea en línea con la ayuda del índice de la mano derecha. Por fin se detuvo en uno de los renglones y dio tres golpecitos en la hoja con el dedo.

—Su llegada estaba prevista ayer a las cinco en punto de la tarde.

—Efectivamente —admitió el Investigador—. Es que me han entretenido bastante.

—¿Me deja ver su documento de identidad, por favor? —le preguntó el Guardia.

—Por supuesto.

El Investigador hundió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta, no encontró nada, buscó en el otro, empezó a palidecer, se palpó la gabardina y, de pronto, recordó que le había entregado el carnet y la tarjeta de crédito a la Giganta, que los había guardado delante de él en la caja fuerte del Hotel. Se le había olvidado reclamarlos esa mañana.

—Lo siento, pero me lo he dejado todo en el Hotel —explicó—. El Hotel la Esperanza, seguro que lo conoce... Está a unos cientos de metros de aquí, al otro lado de la calle.

Esas palabras consiguieron ensombrecer el afable rostro del Guardia. Se quedó pensando un instante. El Investigador intentaba mantener su amplia sonrisa para convencerlo de su honradez.

—Espere un momento, por favor.

El Guardia cerró el libro de registro, apagó el micrófono que lo comunicaba con el exterior, descolgó un teléfono y marcó un número. Le respondieron enseguida,



porque el Investigador lo vio hablar. La conversación fue larga. El Guardia volvió a abrir el libro de registro, colocó el dedo sobre la línea en la que figuraba la hora prevista de la llegada del Investigador, dijo algo, pareció responder a numerosas preguntas, miró con atención al Investigador sin dejar de hablar, tal vez describiéndolo, y por fin colgó y abrió de nuevo el micrófono.

—Van a venir a buscarlo. Puede esperar ante la barrera de seguridad que está a su derecha.

El Investigador dio las gracias al Guardia y se dirigió al lugar indicado.

Habían retirado los caballos de Frisia, la alambrada de púas, los rastrillos y las barreras en zigzag. Lo único que impedía la entrada a la Empresa era una gran barrera automática. Junto a ella había un vigilante ataviado con un uniforme paramilitar gris, una gorra del mismo color y un cinturón ancho del que colgaban numerosos objetos: una porra, un aerosol de gas paralizante, una pistola eléctrica, unas esposas, un manojo de llaves, un móvil, una linterna, un cuchillo en su funda y un walkie-talkie. También llevaba un auricular pequeño y un micrófono prendido en la cazadora.

Cuando vio que el Investigador se acercaba a la barrera, abandonó su puesto y avanzó despacio a su encuentro para impedirle el paso, pero en ese momento el auricular y el micrófono emitieron un leve chasquido. El Vigilante se detuvo, se quedó inmóvil y escuchó lo que le decían.

—¡Entendido! —se limitó a responder.

De pronto dejó de observar al Investigador. Le sacaba dos cabezas, y ahora dirigía la mirada hacia los tejados lejanos. El Investigador volvió a sentirse incómodo. ¡Claro, con aquella pinta...! No se había afeitado, tenía una brecha enorme y fea en la frente, la nariz en carne viva le moqueaba sin parar, llevaba la gabardina arrugada y con un bolsillo colgando, sus zapatos, aún mojados, parecían pellejos de animal desteñidos, y se las veía y se las deseaba para tapar con la gabardina los manchurroneos de café de la chaqueta y el pantalón.

«Un mendigo, eso es lo que parezco... Puede que incluso un borracho, y eso que no he probado el alcohol en mi vida», se dijo el Investigador. En cambio, el Vigilante lucía un aspecto impecable: ni una arruga, ni una mancha, ni un desgarrón. Sus zapatos, cuidadosamente lustrados, se mofaban de los copos que les caían encima. Estaba recién afeitado. Todo en él se veía pulcro y flamante. Como si acabara de sacarlo de la caja.

—¡Vaya día que hace, ¿eh?! —exclamó el Investigador con una sonrisita.

El Vigilante no se inmutó. Y el Investigador se sintió más apenado que ofendido. ¿Tan poco contaba? ¿Tan insignificante era? El efecto de las dos pastillas que se había tomado con aquel horrible café empezaba a desaparecer. Un cansancio enorme se le iba extendiendo por todo el cuerpo, al tiempo que los huesos se le convertían en otros tantos puntos de dolor. Parecía que tuviera la cabeza metida en una prensa y una mano feroz apretara el husillo poco a poco alrededor de las sienes. Tenía calor. Tenía frío. Tiritaba, sudaba, estornudaba, tosía, se ahogaba, volvía a toser...

—¡Guárdese los microbios! ¡Es lo último que necesitamos en estos momentos!

Ocupado en estornudar, el Investigador no había visto acercarse al individuo que acababa de pronunciar aquella frase en tono cortante.

—¿Es usted el Investigador?

Casi a regañadientes, éste asintió sin dejar de sonarse con el pañuelo.

—Soy el Guía. Voy a llevarlo ante el Responsable. No se ofenda si no le doy la mano. Tome, esto es para usted.

El Guía aparentaba la misma edad que él. No era muy alto, llevaba un elegante traje gris, tenía la cara más bien redonda y ya no le quedaba mucho pelo en la cabeza. Le tendió una bolsa en la que el Investigador encontró varias cosas: una bata grande y blanca, un casco de seguridad del mismo color, un bolígrafo, un llavero con la fotografía de un anciano con bigote —¿el mismo del retrato que había en la habitación del Hotel?—, una libreta y una banderita de plástico, ambas con el logotipo de la Empresa, y una acreditación en la que, en caracteres grandes, podía leerse: «Elemento Exterior.»

—Es lo que solemos regalar como detalle de bienvenida. Le ruego que se ponga inmediatamente el casco y la bata. La acreditación debe prenderla del bolsillo superior izquierdo.

—Por supuesto —respondió el Investigador, como si aquello le pareciera lo más natural del mundo.

La bata le iba muy grande, y el casco, muy pequeño, pero la acreditación le quedaba perfecta.

—¿Me acompaña?

El Investigador no se hizo de rogar. Por fin iba a poder abordar los asuntos serios. Se alegró de llevar aquella bata, aunque fuera enorme, porque disimulaba el desastroso estado de su ropa; en cuanto al casco, le proporcionaba un calorcillo agradable en la cabeza, como si una mano amiga estuviera acariciándosela, y lo protegía de la nieve, que caía cada vez con más fuerza. Sentía que empezaba a recuperar las fuerzas.

—¿Usted no lleva? —le preguntó al Guía.

—¿Disculpe?

—Bata y casco. ¿No lleva?

—No. En realidad, es innecesario, pero absolutamente obligatorio para los Elementos Exteriores. Nunca hacemos excepciones con el reglamento. ¡No se aleje de la línea, por favor!

Avanzaban siguiendo una línea roja pintada en el suelo. También había una amarilla, otra verde y otra azul, paralelas a la primera. El Investigador aprovechó la ocasión para pedir detalles sobre las actividades de la Empresa.

—Es una pregunta muy compleja —le advirtió el Guía—, y yo no soy el más indicado para responderla. No lo sé todo. En el fondo, no sé gran cosa. La Empresa desarrolla muchas actividades: comunicación, ingeniería, tratamiento de aguas, energías renovables, química nuclear, explotación petrolera, valoración de activos, investigación farmacéutica, nanotecnología, terapia genética, industria agroalimentaria, banca, seguros, prospección minera, hormigón, inmobiliaria, almacenaje y procesamiento de datos no convencionales, armamento, desarrollo humanitario, microcréditos, educación y formación, industria textil y del plástico, edición, construcción y obras públicas, conservación del patrimonio, asesoramiento en inversión y fiscalidad, agricultura, explotación forestal, análisis mental, ocio, cirugía, ayuda a las víctimas de catástrofes... ¡Y seguro que me olvido de muchas! A decir verdad, no creo que haya un solo sector de la actividad humana que no dependa directa o indirectamente de la Empresa, o de alguna de sus filiales. ¡Bueno, ya hemos llegado!

El Investigador no conseguía digerir la enumeración que acababa de hacerle el Guía. No imaginaba que la Empresa cubriera tantas áreas, y le costaba entender cómo podía hacerlo. Por un momento pensó que iba a sentirse muy solo frente a aquel cuerpo con mil cabezas. Era de lo más inquietante.

Se acercaban a un edificio de cristal con forma cónica, y el Investigador advirtió que las líneas amarilla, verde y azul torcían a la derecha, mientras que la roja continuaba hasta la entrada del cono.

—Si es tan amable...

El Guía le abrió la puerta y entró tras él. La escalera que llevaba a los distintos pisos giraba sobre sí misma, como la del Hotel, aunque en este caso los peldaños parecían todos idénticos. Tras las puertas de cristal esmerilado se distinguían unas siluetas inmóviles, individuos de sexo indefinido que, sentados frente a escritorios, parecían atareados ante unos objetos de forma rectangular que podían ser ordenadores. Se respiraba un ambiente muy tranquilo, casi de recogimiento.

—Le ruego que espere aquí unos instantes. Voy a avisar al Responsable. Si quiere sentarse... —El Guía le señaló tres sillas que había colocadas ante una mesita baja, sobre la que se desplegaban unos cuantos folletos—. He pedido a un colaborador que le prepare una serie de documentos para que pueda hacerse una idea de la política social de la Empresa, de su funcionamiento y de su constante preocupación por el bienestar de los empleados.

El Investigador le dio las gracias y el Guía empezó a subir la escalera. Sus pasos resonaban como si estuviera andando sobre las losas de una catedral, y su figura se iba empequeñeciendo a medida que ascendía hacia el cielo por aquella espiral enorme, pero seguía siendo visible, porque los peldaños, de un vidrio azulado, cerúleo, eran transparentes.

El Investigador no tardó en darse cuenta de que la silla que había elegido era muy incómoda. Como el asiento estaba algo inclinado, no paraba de resbalar hacia delante.

Pensó en cambiar de asiento, pero advirtió que los otros dos tenían el mismo defecto. Contrajo los músculos de los muslos e intentó olvidarse de aquel inconveniente ensimismándose en los folletos y trípticos que había repartidos por la mesa.

Eran sumamente diversos: los recortes de prensa sobre la Empresa se intercalaban con los menús que se habían ofrecido en el comedor comunitario durante los dos últimos meses del año anterior; un organigrama casi ilegible debido a la mala calidad de la fotocopia estaba junto al balance de una visita realizada a una empresa asiática especializada en la elaboración de salsa de soja... También había un cuadernillo con fecha e 1 de enero del año en curso que, a juzgar por el título, debía de contener la lista íntegra de los miembros de la Empresa ordenados por país, cargo y sector, aunque en realidad estaba compuesto por doscientas o trescientas hojas en blanco. El Investigador encontró, además, unos formularios de inscripción para una velada de tangos organizada por los Amigos de los Cuadros Técnicos del Servicio de Transportes de la Región 3, una circular que informaba a los empleados del Departamento de Embalaje Internacional de la inauguración de una casa de reposo situada en los Balcanes, el manual de instrucciones en diez idiomas de un dictáfono de fabricación alemana, una factura por la compra de treinta litros de jabón líquido, y una veintena de fotografías en las que aparecía un edificio en construcción, cuya finalidad y situación exacta no se precisaban.

El Investigador examinó al detalle todos los documentos con la esperanza de acabar descubriendo alguna relación lógica entre ellos. Por supuesto, no lo consiguió. Aun así, tardó media hora en examinarlos y leerlos, y el Guía seguía sin volver.

De pronto, se llevó las manos al estómago. Sus tripas acababan de soltar un largo gruñido. No era de extrañar. No había probado bocado desde los dos horribles biscotes del desayuno y la noche anterior no había cenado. No muy lejos de donde estaba, detrás de la primera curva de la escalera, se veía una especie de máquina dispensadora. Le quedaban dos monedas. Tal vez encontrara algo con lo que matar el hambre. Se levantó: tenía los músculos agarrotados por culpa de la maldita silla.

Paso a paso, con el cuerpo doblado y las piernas rígidas y entumecidas, se dirigió hacia la máquina arrastrando los faldones de la bata, que se le enredaban en los pies y no lo hicieron caer al suelo en dos ocasiones de milagro. Pero la visión de la vitrina refrigerada bastó para hacerle olvidar sus padecimientos: ofrecía una amplia selección de bebidas frías y calientes, pero además —y eso no se lo esperaba en absoluto— en sus estantes lo aguardaban decenas de sandwiches —de pollo, jamón, embutido o atún acompañados de lechuga, rodajas de tomate y mayonesa— con pinta de estar recién hechos y envueltos con mucho cuidado en papel film.

Optó por un chocolate caliente y un «Campesino»: «Una loncha gruesa de jamón entre dos rebanadas de pan artesano untadas con mantequilla ligeramente salada, con hojas de lechuga, pepinillos y rodajas de tomate», decía la etiqueta.

Número 7 para el chocolate y número 32 para el Campesino. El Investigador introdujo las monedas, marcó los números y apretó la tecla correspondiente, que empezó a parpadear. La máquina cobró vida.

—Su pedido se está preparando —anunció—. Número siete, chocolate caliente. Si desea más azúcar, pulse la tecla «Azúcar».

Era una voz artificial, mecánica, algo femenina, agradable al oído pese a su fuerte acento extranjero, difícil de identificar. En el interior de la máquina se oyeron ruidos de aspiración, de válvulas que se abrían y volvían a cerrarse, de succión y de expulsión... Luego, una trampilla se deslizó a la derecha y dejó al descubierto la boca de una especie de cafetera grande, que soltó una nubecilla de vapor y, un instante después, un chorro de chocolate denso e hirviente que desprendía un aroma delicioso, delicado, sutil, pero que, por desgracia, se desparramó ante los ojos del Investigador, porque no había aparecido ningún vaso para recogerlo. Cuando el chorro dejó de caer, la voz artificial le deseó que disfrutara de la bebida y, justo cuando se apagó, un vasito de plástico se colocó en posición con un breve e irónico ¡plop! para recibir el líquido derramado. Al Investigador no le dio tiempo de irritarse ni desesperarse, porque el número 32 estaba a punto de salir.

—Ha elegido un sandwich Campesino. Puede recogerlo en la bandeja dispensadora inferior. Buen provecho.

El molinete en el que estaban colocados los sandwiches se puso en movimiento. Giró tres veces para situar el número 32 justo enfrente de un brazo teleguiado, que lo cogió, lo sacó de su compartimento, lo hizo recorrer una treintena de centímetros por el aire y, por fin, abrió sus cuatro pinzas y lo soltó: el Campesino empezó a deslizarse hacia la bandeja dispensadora, pero, unos veinte centímetros antes, se quedó atascado en la hilera del sandwich 65, el Océano: «Una deliciosa rodaja de atún rojo en un pan redondo de sésamo, con aceite de oliva, escarola, cebolla y alcaparras.»

El Investigador golpeó la vitrina de la máquina repetidas veces con la palma de la mano, pero el Campesino no quiso abandonar a los Océanos. Siguió aporreando la máquina cada vez más fuerte, hasta que la agarró con ambas manos y la sacudió en todas direcciones, pero lo único que consiguió fue oír la repetición del mensaje de la voz artificial, que lo felicitaba por su elección, le recordaba que iba a disfrutar de un tentempié elaborado según las normas sanitarias y dietéticas más estrictas, en cumplimiento de la normativa internacional, y le deseaba buen provecho.

El Investigador se sentó en el suelo, introdujo un brazo en la bandeja dispensadora, se contorsionó, se echó el casco hacia atrás, porque le molestaba para moverse, y estiró la mano y los dedos cuanto pudo. Por desgracia, pese a todos los esfuerzos, el dedo corazón, impotente, le quedaba a más de diez centímetros del sandwich.

—¡Debería haberme preguntado!

El Investigador sacó el brazo de la máquina a toda prisa, como si fuera un ladrón al que la policía hubiera sorprendido con la mano en el bolso de una anciana. El Guía lo miraba negando con la cabeza.

—Le habría dicho que no funciona. Hemos llamado al fabricante cientos de veces, pero no hay manera. Deslocalizaron la unidad de producción a Bangladesh, y aquí aún no tenemos a nadie que hable bengalí. Contestan al teléfono enseguida, pero luego no hay quien se entienda. No ponga esa cara, usted no es el primero al que le pasa: nos ha timado a todos. Es una lástima, porque cuando funciona da gusto. ¿Nos vamos? El Responsable está esperándolo.

El Guía ya se dirigía hacia la escalera, y el Investigador se apresuró a levantarse, se estiró la bata, se puso bien el casco, que estaba a punto de caérsele, y lo siguió. Los gruñidos de su estómago iban en aumento. Necesitaba comer algo con urgencia; si no, temía acabar desmayándose. El comienzo de la ascensión fue bastante duro, porque los pies se le enredaban en los faldones de la bata. No tuvo más remedio que agarrarlos con ambas manos y levantárselos unos veinte centímetros, como haría una novia con las cascadas de tul de la cola de su vestido. Se sentía tremendamente ridículo.

—¿Le ha dado tiempo de echarle un vistazo a la documentación? —le preguntó el Guía.

El Investigador asintió.

—Instructiva, ¿verdad? El dossier no lo he preparado yo, me he limitado a supervisarlos. Me han mandado a un Compañero del Departamento de Tratamientos Temporales, que ha sufrido una reducción de personal. Él es quien ha realizado la tarea. Es una lástima que no se quede conmigo; lo envían al Departamento de Conceptualización. Es un colaborador fuera de serie, brillante, inteligente, motivado, con una capacidad de síntesis asombrosa... Encarna a la perfección el espíritu de la Empresa. Necesitaríamos más gente como él.

El Investigador pensó que lo mejor era no hacer ninguna observación. ¿Para qué? Lo más probable era que no hubieran visto el mismo dossier; el que había supervisado el Guía debía de haberse traspapelado, y el que le habían entregado a él probablemente estaba destinado en un principio a la papelera o a la trituradora de papel.

La escalera trazaba una espiral armoniosa y extraordinaria que, aunque tal vez inútil en términos prácticos, producía a quien la utilizaba la impresión extraña de ascender con agilidad sin sufrir los quiebros, los ángulos, todo lo que pudiera resultar

agresivo, afilado, hiriente. Cuanto más ascendía uno por ella, más cerca estaba de su pivote central, porque la distancia de los peldaños respecto a ese eje disminuía, así que al final el Investigador tuvo la sensación de estar girando sobre sí mismo, ya sin ascender, y eso hizo que su vértigo aumentara y que, por un momento, pudiera olvidarse del hambre que tenía.

—Ya hemos llegado —le anunció el Guía.

Se encontraban ante una gran puerta de madera noble, en la que no se veía ningún pomo.

—Llame, el Responsable lo espera. Bien, mi cometido termina aquí. No creo que volvamos a vernos, así que le deseo que acabe de pasar un buen día. Disculpe si no le doy la mano.

El Guía se inclinó ante el Investigador, que se sintió obligado a imitarlo para no parecer descortés, y se alejó por un estrecho pasillo que terminaba en curva, por el que desapareció en cuestión de segundos.

El Investigador comprobó que llevaba la bata bien abrochada y que la acreditación no estaba torcida. Se enderezó el casco, que tenía tendencia a deslizarse, y luego llamó a la puerta con tres golpes suaves. Como por arte de magia, ésta se abrió en el más absoluto silencio. El Investigador fue recibido por un resplandor violento, quizá un foco que estaba dirigido hacia él y lo cegaba. Parpadeó y se puso una mano delante de los ojos.

—¡Entre! ¡Vamos, entre! —exclamó una voz potente—. ¡Adelante! ¡Entre sin miedo!



Una vez más, el Investigador pensó en la muerte. No eran pocas las ocasiones en las que había leído los testimonios de gente que había vivido una experiencia límite y que, tras regresar de las fronteras del más allá, afirmaba haber visto una luz deslumbrante y haber entrado en una especie de túnel, para acabar volviendo a la vida. El cono de cristal en el que había entrado con el Guía, la curiosa escalera que se enroscaba sobre sí misma, aquel sol enorme que lanzaba sus partículas hacia sus ojos, inundándolos de luz, ¿no podían ser otras tantas versiones del gran túnel?

—Pero ¡por favor, no se quede ahí! ¡Acerquese! ¡Acerquese, vamos!

La voz era fuerte y un poco burlona. El Investigador se dijo que, si Dios existía, no podía tener una voz como aquélla, que más bien le recordaba a la de un vendedor de coches de ocasión o a la de un político.

—¿Y qué hace con ese casco? Pero, hombre de Dios, ¿quién le ha dicho que se ponga ese casco ridículo? ¡No está en unos astilleros! ¡Venga, venga aquí!

No, estaba claro, no podía ser Dios. Dios no habría hecho ese comentario sobre los astilleros. Y, si no era Dios, entonces es que no estaba muerto, y en ese caso aquel resplandor no era más que una luz fuerte que no tenía nada de sobrenatural. Pero, entonces, ¿por qué demonios seguía cegándolo?

—Es que no veo nada...

—¿Cómo que no ve nada? Yo a usted lo veo perfectamente, ¡perfectamente!

—Me deslumhra la luz —gimió el Investigador.

—¿Que lo deslumhra...? ¡Por Dios santo! —gruñó la voz—. ¡Pues claro! El que me instaló esta maldita... ¡Espere, espere!

El Investigador oyó un pequeño chasquido y quedó envuelto en una oscuridad total.

—¿Y ahora? ¿Mejor así? —preguntó la voz.

—Ahora no veo nada, pero nada de nada —se lamentó el Investigador.

—¡No puede ser! ¡Yo sigo viéndolo! ¡Esto es para volverse loco! Cierre los ojos unos instantes y luego vuelva a abrirlos muy despacio. Estoy seguro de que me verá. ¡Vamos! ¡Confíe en mí! ¡Le he dicho que cierre los ojos!

El Investigador se resignó a obedecer. No tenía mucho que perder. Al fin y al cabo, si estaba muerto, no podía estarlo más, dado que la muerte, se dijo, era un estado que no admitía superlativos. No se puede estar muy muerto ni extremadamente muerto. Uno está muerto y punto.

Abrió los ojos de nuevo y vio la sala en la que acababa de entrar. Al instante pensó en el despacho de un productor de cine. No había estado en ninguno, pero se hacía una idea al mismo tiempo precisa y del todo imaginaria: aromas caros, una estantería llena de premios y trofeos, un mueble bar, una cava de puros, una

fotografía inmensa colgada en una pared en la que se veía a un anciano que parecía el mismo del llavero, una alfombra gruesa, sillones de cuero y un escritorio con un tablero de palisandro en el que descansaban una carpeta, un cortaplumas, una estilográfica elegante, un portacartas, un tintero grande y un portalápices.

—Bueno, ¿me ve ahora?

El Investigador asintió, aunque en realidad no veía gran cosa, apenas una figura corpulenta sentada en el extremo izquierdo del escritorio.

—Pero ¡hombre de Dios, quítese ese casco, por favor! ¿Quién le ha endosado ese chisme?

—Me han dicho que era obligatorio...

—¿Obligatorio? ¿Eso le han dicho? ¿Quién? ¡Aquí no hay «me han dicho» que valga! ¡Quiero un nombre! ¿Quién? ¿Y esa bata? ¡Qué obediente es usted!

—Si no le importa, preferiría dejármela puesta —respondió el Investigador, que no quería delatar al Guía y tampoco olvidaba el lamentable estado de la ropa que llevaba bajo la bata.

—Como prefiera. ¡Acérquese, póngase cómodo!

El Investigador se quitó el casco y avanzó hacia el escritorio. La silueta del hombre fue haciéndose más precisa cuando se irguió ante él. Era un tipo de estatura inferior a la media, calvicie pronunciada y cara más bien redonda, cuyos rasgos apenas se distinguían bajo la luz que descendía del techo y caía como una lluvia de partículas doradas.

—Siéntese, siéntese...

El hombre le indicaba uno de los dos sillones. Cuando el Investigador obedeció, se sintió tan perdido en aquella poltrona enorme que creyó haber encogido. Se extendió los faldones de la bata sobre las piernas para taparse el pantalón y se puso el casco en las rodillas.

—Antes de empezar —dijo el hombre, que debía de ser el Responsable del que le había hablado el Guía—, quiero que se sienta a gusto, que se sienta como en su casa, justo como en su casa. ¿Todo bien?

—Todo bien.

—Hace un momento decía que no veía nada...

—Era por el resplandor, que me cegaba. Era una metáfora.

El Responsable dio una palmada y se levantó.

—¡Cuidado, me habla usted de metáforas, y yo no quiero metáforas, quiero hechos! Y claridad. Espero mucho de usted y, cuando digo «espero», quiero decir «esperamos», ¿me comprende?

—Por supuesto —respondió el Investigador, que no entendía gran cosa y tenía la sensación de que el sillón se lo iba tragando poco a poco.

—¡Estupendo! ¿Se encuentra bien? Lo veo muy pálido...

El Investigador dudó. Luego, como se sentía cada vez más débil, venció la timidez y se lanzó:

—Para serle sincero, hace horas que no pruebo bocado. ¿Sería posible comer algo...?

—¿Posible? ¿Bromea? ¡Claro que es posible! ¿Debo recordarle quién es usted? ¿No es usted...? —El Responsable dudó, buscó en sus bolsillos y sacó un manojito de fichas que consultó de un vistazo—. ¿No es usted...? Vamos a ver... Usted es... es... ¡Maldita sea! ¿Dónde habré metido su ficha?

—Soy el Investigador.

—¡Eso es! ¡Gracias! Exacto, ¡usted es el Investigador! ¿De verdad es el Investigador?

—Sí.

—Francamente, ¿cree que, en una empresa como la nuestra, no vamos a hacer todo lo posible para que su investigación se lleve a cabo en las mejores condiciones?

—Sería muy de agradecer, en efecto.

—¿Entonces? —El hombre se echó a reír y descolgó el teléfono—. Le habla el Responsable. Traiga algo de comer para el Investigador cuanto antes. —Se interrumpió, pareció escuchar con atención lo que decían al otro lado de la línea, negó con la cabeza varias veces y, por fin, tapando el auricular con una mano, se volvió hacia el Investigador—. Surtido de foies, asado de ternera, judías verdes, queso de cabra, fondant de chocolate... Lo siento, no es gran cosa, pero ¿le parece bien?

—¿Bien? ¡Me parece estupendo! —consiguió balbucear el Investigador, que no daba crédito a sus oídos.

—Y para beber, ¿qué le apetece? ¿Vino tinto, vino blanco, cerveza, raki, ouzo, grapa, pisco, tokay, espirituosos, aguardiente, bourbon, agua mineral, con gas...? ¿Y de dónde? ¿Fiyi, Islandia, Italia, Guatemala...?

—Tal vez algo caliente —se atrevió a sugerir el Investigador, que temblaba de frío—. Un té, si es posible...

—¿Té? ¿Japonés, taiwanés, ruso, de Ceilán, darjeeling, blanco, negro, verde, rojo, azul...?

—Un té... normal —dijo con timidez.

—¿Normal? ¡Ningún problema! —respondió el Responsable, que transmitió el pedido y colgó—. ¡Ya está! ¿Ve como no tenía por qué preocuparse? La cocina de la Empresa, como la Empresa misma, nunca cierra. Funciona a cualquier hora del día o de la noche, todos los días del año.

—Es que... ¿ya ha caído la noche? —preguntó el Investigador, que tenía sus dudas.

—¡Claro que no! Mire qué luz... —respondió el Responsable, señalando los ventanales—. «Caer la noche...» Bien pensado, es una frase curiosa, ¿no le parece? Por cierto, debo serle sincero y decirle que la ternera viene del hemisferio sur. ¿Le parece bien?

—¿Qué ternera?

—¡Pues la del asado, el plato que acabo de pedir para usted!

El Investigador esbozó una sonrisa.

—Bueno, pues ahora no tenemos más que esperar —le dijo el Responsable, cruzando los brazos y mirándolo con afabilidad.

El Investigador le dedicó una amplia sonrisa y se hundió un poco más en el sillón. La cabeza apenas le asomaba ya por encima de los brazos del asiento. El Responsable suspiró, y los dos hombres se quedaron esperando.

De hecho, tuvieron que esperar un buen rato. Al principio, en silencio. Luego, como el silencio y las sonrisas tienen un límite, el Responsable, que había acabado sentándose en el otro sillón, junto al Investigador, inició una conversación con su invitado asegurándole que la comida llegaría enseguida.

—Vivimos tiempos difíciles, como sin duda sabe. Muy difíciles. ¿Quién puede decir qué será de nosotros, de usted, de mí, del planeta...? Nada es sencillo. ¿Un poco de agua? ¿No? Como quiera. En realidad, si me lo permite, me gustaría confiarme a usted... En mi puesto está uno muy solo, terriblemente solo, y usted es una especie de médico, ¿verdad?

—Tanto como eso... —murmuró el Investigador.

—¡Vamos, vamos, no sea tan modesto! —exclamó el Responsable, dándole una palmadita en el muslo.

Luego respiró hondo, cerró los ojos y, tras soltar el aire, volvió a abrirlos.

—Recuérdeme el motivo de su visita...

—De hecho, no es exactamente una visita... Tengo que investigar los suicidios que se han producido en la Empresa.

—¿Suicidios? ¡Primera noticia! Seguro que me los han ocultado... Mis colaboradores saben que no conviene disgustarme. ¡Suicidios! ¿Se imagina lo que podría haber hecho de haberlo sabido? Sólo Dios lo sabe. Suicidios...

El Responsable repetía la palabra con una expresión soñadora, con las facciones distendidas por una leve sonrisa, como si acariciara una idea agradable.

—El suicidio... Nunca lo había pensado, pero en el fondo... ¡Claro, ¿por qué no?! No es una estupidez tan grande como parece... Mire, yo dedico mi tiempo a una sola cosa —dijo el Responsable, haciendo desaparecer la sonrisa de su rostro—: intentar comprender por qué hemos acabado en la situación en la que estamos. Supongo que es lo que se espera de mí, pero no llego a ningún sitio, a ninguna conclusión. Improductividad total. ¿Habrá en algún lugar alguien, aunque sólo sea una persona, capaz de comprenderlo? No sé qué piensa usted...

El Investigador, cada vez más incómodo ante los derroteros que tomaba aquel comienzo de conversación, se encogió de hombros despacio, lo que podía interpretarse como una prolongación de los interrogantes de su anfitrión o como una duda metafísica.

—Evidentemente, evidentemente... —coincidió el Responsable—. Es usted un sabio, se mueve en unas alturas prodigiosas. Pero yo no soy usted, por desgracia, y tengo que arremangarme y ensuciarme las manos. Soy un simple peón, una especie de abeja obrera. ¿Ha leído a los filósofos? ¡Claro que los ha leído, un hombre como usted seguro que los ha leído! Pues a mí me dejan en un estado de catalepsia

intelectual, créame. Es infalible. ¡Y debían de saberlo, los muy cabrones! Seguro que lo hicieron aposta. En el fondo, esos tipos eran unos sádicos y unos cobardes. —El Responsable se retorció los dedos mientras hablaba, como si quisiera arrancárselos—. ¡Dios santo, si usted supiera cómo son mis jornadas de trabajo! Estamos los dos solos, así que puedo decírselo... Me paso el tiempo... haciéndome preguntas. Sí. Me cuestiono las cosas. No salgo de este despacho. Sólo hago eso. Y bajo la mirada de...

Se interrumpió y carraspeó. Al Investigador le pareció que se volvía hacia la gran fotografía del anciano sonriente y benévolo, cuyas cejas, blancas y enmarañadas, combinaban a la perfección con la pajarita enorme y un poco caída que le adornaba el cuello de la camisa. El Responsable asintió con la cabeza y miró de nuevo al Investigador.

—Sí, me hago preguntas —repetió—. ¿Qué ha sido de nuestros ideales? ¡No hemos hecho más que pisotearlos, destrozarlos! No lo digo por usted, por supuesto que no; usted es distinto, está por encima de eso; pero yo, yo soy tan despreciable como un excremento de rata, una escolopendra, una colilla vieja, mojada y deshecha, aplastada por el desdeñoso tacón de un zapato anónimo... ¡Sí, sí, no diga que no por darme gusto! ¡Por favor, no tenga contemplaciones! ¡Debe ser usted duro, justo pero duro! Y todo, ¿para qué? ¿Para qué? Se lo pregunto a usted, a usted que sabe, porque usted sabe, ¿verdad? ¿No es cierto que sabe?

El Investigador no quiso decepcionarlo y asintió ligeramente con la cabeza.

—¡Por supuesto que sí! ¡Ay, todo esto es tan... tan...! Pero estoy divagando...

El Responsable dio una palmada, se levantó de un salto y realizó un paso de baile, pero trastabilló en la gruesa alfombra y estuvo a punto de caerse.

—¡Míreme! Aun así, tengo recursos, ¿no? Todavía no estoy acabado, a pesar de mi edad. ¿Qué opina?

El Investigador se sentía cada vez más débil. El sillón se había transformado en una gran boca que se lo iba tragando despacio, y aquel individuo que ahora daba saltitos frente a él, como un deportista en pleno calentamiento, le parecía aún más inquietante que el Policía del Hotel.

El Responsable empezó a hacer cabriolas, a dar brincos, saltos de carpa... Dio vueltas, corrió hasta el fondo del despacho, puso los brazos en cruz, cogió carrerilla, esprintó hacia el enorme escritorio e intentó saltarlo, pero en el último momento, cuando estaba suspendido en el aire y casi lo había conseguido, tropezó con el pie izquierdo en el enorme tintero de mármol negro y fue a estrellarse contra la pared de cristal.

El Investigador se dispuso a acudir en su ayuda, pero el Responsable ya se había levantado.

—No es nada, no es nada... —repetía sonriendo mientras se frotaba el codo y la rodilla—. Estoy acostumbrado, estoy acostumbrado... Se lo diré, ¿verdad? ¿Les diré que estoy en plenas facultades? Que aún puedo... no sé... aguantar, sí, ¡aguantar! Que estoy en ello. ¡Estoy en ello! ¿Se lo diré? Por favor, por favor...

El Responsable se había arrodillado delante del Investigador y tendía hacia él sus manos entrelazadas. Tenía los ojos inundados de lágrimas. Suplicaba.

—Claro, se lo diré. Por supuesto, no se preocupe —le aseguró el Investigador, y mientras decía esas palabras, que parecían pronunciadas por otra persona, se preguntaba cómo iba a salir de aquella situación.

—A veces, por la noche, me imagino que soy el comandante de un avión de pasajeros enorme. —La voz del Responsable se había convertido en un susurro—. Tengo bajo mi responsabilidad a quinientos pasajeros, o quizá cinco mil, o quinientos mil, ya no lo sé... Llevo los mandos...

Todavía de rodillas, aferró las piernas del Investigador y, durante unos segundos, imitó el ruido de los reactores.

—Soy un gran piloto. La gente duerme, lee, sueña con sus amores, construye su futuro con quimeras tiernas y agradables... Y yo, yo soy el único y el último, Dios ha posado Su índice en mi frente, conozco la ruta, conozco el cielo, las estrellas, las corrientes y las almas, tengo ante mí ese gran cuadro de mandos totalmente iluminado, con esos pilotos magníficos, blancos, opalinos, amarillos, rojizos, anaranjados, plateados, todas esas vidas que se encienden, se apagan, parpadean, esos interruptores, tan suaves al tacto... Resulta embriagador sentir detrás de mí, viajando en la misma carlinga de aluminio, los destinos de todas esas personas... Pero yo sólo soy un hombre, ¡un hombre, maldita sea! ¿Por qué yo? ¿Por qué tengo que ser yo el comandante? ¿Por qué? ¡No estoy capacitado! ¡Qué va! Ni siquiera sé leer una carta de navegación aeronáutica, no tengo el menor sentido de la orientación y nunca he conseguido hacer despegar ni una mísera cometa... ¡Es un sueño atroz!

Se hizo el silencio. El Responsable se había echado a llorar, y sus lágrimas mojaban el pantalón del Investigador, que, abochornado, no se atrevía a decir nada. Y seguía preguntándose qué hacer cuando el Responsable se levantó de un salto, se alisó el pantalón, dejó de llorar, se secó los ojos con las manos y ofreció al Investigador una sonrisa beatífica que le iluminaba el rostro.

—A pesar de todo, la vida es maravillosa, ¿no le parece?

El Investigador no respondió. Acababa de ver a un hombre desmoronarse como si fuera una vieja pila agotada incapaz de retener la carga, y luego, de pronto, ese mismo hombre, si es que era el mismo, se había secado las lágrimas con el dorso de la mano y se felicitaba de estar vivo. No le dio tiempo a decir nada.

—¿Me permite? Sólo será un momento. Regreso enseguida.

El Responsable señalaba con el índice una puerta situada a la izquierda del enorme escritorio.

—Por supuesto —respondió el Investigador.

El tipo dio entonces una palmada, realizó una elegante cabriola y se dirigió hacia la puerta bailando a ritmo de bossa nova. Cuando llegó ante ella, se volvió, hizo un gracioso ademán con la mano para saludar a un público imaginario, la abrió y desapareció cerrándola tras de sí.





El hambre es un territorio extraño. Hasta entonces, el Investigador nunca se lo había representado como un país, pero empezaba a vislumbrar su extensión inmensa y desolada. Oía un zumbido en el interior de su cabeza y le parecía que las paredes del despacho oscilaban levemente. El efecto de las dos pastillas que le había dado el Policía se había pasado hacía ya mucho rato. Debía rendirse a la evidencia: tenía muchísima fiebre; aunque en el despacho hacía calor y la bata que llevaba era bastante gruesa y abrigaba, no paraba de tiritar. También tenía la boca seca y la sensación desagradable de que la lengua se le quedaría pegada al paladar para siempre. El estómago, vacío, emitía unos sonidos extraños, como quejas, ecos de peleas lejanas, choques amortiguados, explosiones débiles... La vista se le nublaba por momentos y el corazón le latía desacompasado, alternando aceleraciones repentinas con pausas inquietantes. Intentó tranquilizarse un poco diciéndose que todo aquello acabaría enseguida, que el Responsable debía de haber ido a interesarse por la comida que le había pedido y aparecería en cualquier momento con una bandeja.

El Responsable... ¿Es que en aquella ciudad no había más que gente estafalaria, como la Giganta, o totalmente desequilibrada, como el Policía y aquel hombre? Sus oscuras lamentaciones, que apenas había entendido, aunque no era del todo idiota, lo habían dejado aturdido. ¿De dónde había salido aquel individuo? ¿Y de dónde salía esa necesidad de desahogarse con el primero que llegaba? Porque lo cierto es que no se conocían de nada... ¿Acaso no tenía el menor pudor, la menor contención? ¿Cómo era posible que hubieran colocado a un tipo depresivo como aquél en un puesto de tanta responsabilidad, cuando no hacía falta ser psicólogo para llegar a la conclusión de que no tenía ni la estabilidad mental ni el temple necesarios para desempeñar aquel cargo? ¿Y quién era el anciano de aquella fotografía gigantesca, la que había mirado a la vez con miedo y admiración en varias ocasiones, como buscando en ella apoyo o quizá autorización? ¿Cómo podía ser que su sola visión le hubiera hecho pasar en cuestión de segundos de la veneración al temor?

El Investigador la observó con más detenimiento. La sonrisa del abuelo era directa, amplia, franca. No era la de un farsante, sino la de un hombre que ama a su prójimo, lo conoce y lo contempla con benevolencia y comprensión. Llevaba un traje de buen corte, de un tejido cálido y cómodo, agradable, probablemente tweed. Tal vez era un poco anticuado, pero le quedaba perfecto. Estaba inclinado hacia delante, como para acercarse todo lo posible a quien lo contemplaba. Sin duda, debía de ser el Fundador. El Fundador de la Empresa. «¿Quién, si no?», se dijo el Investigador, que, sin embargo, no recordaba que la Empresa hubiera tenido un fundador. Aunque, por supuesto, en algún momento la habrían creado y, naturalmente, lo habría hecho

alguien en particular. La escueta documentación que le había proporcionado el Jefe de Servicio al encomendarle la Investigación no hacía ninguna referencia al respecto. De hecho, se limitaba a enumerar los suicidios registrados. Y, por heterogéneo que fuera, el dossier que le había dado el Guía hacía un rato, a mediodía, tampoco decía nada sobre ese asunto.

Al Investigador no solía interesarle el origen de las empresas, su «partida de nacimiento», por así decirlo. No era asunto suyo. Además, en el mundo actual se habían convertido en una especie de nebulosas a las que se añadían filiales como si fueran satélites; las deslocalizaban, las relocalizaban, creaban ramificaciones, arborescencias lejanas y raicillas, y enmarañaban las participaciones, los activos y los consejos de administración en tramas tan enrevesadas que no había manera de saber quién era quién y qué hacía cada cual. En esas condiciones, remontarse a la fundación de cualquier empresa era una tarea de arqueología financiera que sobrepasaba con creces los conocimientos y la curiosidad del Investigador, que no en vano se preguntó por qué se le ocurrían semejantes ideas. Desde luego, no se encontraba bien. Debía de haberle subido la fiebre. El anciano de aquel retrato inmenso seguía mirándolo, pero el Investigador tuvo la sensación de que su sonrisa había cambiado: de benévola había pasado a ser irónica.

De pronto sintió que los párpados le pesaban muchísimo, así que los cerró una fracción de segundo. Sin embargo, cuando volvió a abrirlos, advirtió que el despacho estaba sumido en la penumbra. La claridad que entraba por los dos ventanales hacía unos instantes había dado paso de repente a la negrura de una noche profunda, oscura. ¡Y sólo en un abrir y cerrar de ojos! Alarmado, se levantó del sillón y corrió hasta los ventanales. Sí, era de noche. Pero, entonces, ¿cuánto rato había estado con los ojos cerrados? ¿Se habría quedado dormido? Y, en tal caso, ¿dónde se había metido el Responsable? ¿Qué hora era? Consultó el reloj: las agujas marcaban... ¡las nueve y cuarenta y tres de la noche! Se acercó a la puerta tras la que había desaparecido su anfitrión y llamó con los nudillos tres veces, cuatro, cinco, cada vez más fuerte. Nadie respondió. Pegó el oído a la hoja. No oyó nada, ni el menor ruido. Puso una mano en el pomo y lo hizo girar. La puerta estaba cerrada con llave. Agitó el pomo, cada vez más desesperado.

—¿Puede saberse qué hace en este despacho a estas horas?!

El Investigador se quedó petrificado. Incluso pudo notar cómo la sangre se le helaba en las venas. Detrás de él, a tan sólo unos metros, había alguien. Alguien que había entrado en el despacho sin que lo oyera.

—Levante las manos muy despacio y vuélvase sin hacer movimientos bruscos — le ordenó la voz, que no tenía nada de cordial.

El Investigador se dio la vuelta poco a poco y levantó los brazos todo lo que pudo con las manos abiertas y los dedos separados, para mostrar que no sujetaba ningún arma.

—Eso es, así, muy bien... —dijo la voz, que le resultaba familiar—. Ahora no se mueva.

El hombre lo enfocaba con una linterna, cuyo haz lo recorría de los pies a la cabeza.

—Voy a encender la luz. Pero ¡cuidado!, permanezca inmóvil. Estoy armado y, al menor movimiento, acabaré con usted, ¿entendido?

Como sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, el Investigador tenía la sensación de haberse convertido en una rata de laboratorio a la que habían mantenido en observación bajo unos focos. Parpadeó y, pasados unos instantes, al fin consiguió distinguir al hombre que lo encañonaba.

—Pero ¡si es usted! —exclamó, más tranquilo, al reconocer al Guía, y empezó a bajar los brazos.

—¡No se mueva! ¡Mantenga las manos en alto! —repitió el Guía en un tono duro y cortante—. No dudaré en disparar.

A pesar de todo, el Investigador estaba seguro: era el Guía, era el individuo que, hacía apenas unas horas, lo había acompañado hasta aquel mismo despacho. Sólo podía ser él, salvo que tuviera un doble. Lo único que había cambiado era su atuendo: ya no llevaba aquel elegante traje gris cruzado, sino un mono negro cerrado por delante con una cremallera y ceñido por un cinturón de tela, una gorra del mismo color y unas botas militares de caña alta. En la mano derecha sostenía un revólver de un tamaño impresionante.

—Pero, por el amor de Dios... ¡Usted me conoce! Es el...

—¡Si dice una palabra más, me veré obligado a usar el arma! —aulló el Guía, acercándose con rapidez al Investigador sin dejar de apuntarlo.

Cuando llegó junto a él, lo obligó a ponerse de cara a la pared, le sujetó los dos brazos a la espalda, lo maniató con unas esposas de plástico y, acto seguido, lo empujó sin contemplaciones hacia la puerta de salida, no sin antes colocarle el casco de seguridad, que recogió de uno de los sillones.

El Investigador no pudo ni abrir la boca, porque todo ocurrió en menos de treinta segundos. El revólver del Guía no parecía de juguete y, además, se sentía demasiado débil para hacer nada. Antes de salir del despacho, el Guía miró la fotografía del anciano.

—¡He avisado a la policía! —gritó como si se dirigiera a ella más que al Investigador, y, empujándolo hacia el pasillo, añadió—: ¡Llegará en cualquier momento, y usted tendrá que responder de sus actos ante ella!

Entonces cerró la puerta tras él con rapidez y, mirando al Investigador, resopló con fuerza, soltó una risita nerviosa y le quitó las esposas con la ayuda de un cuchillo.

—¡Dios! Perdona, pero no tenía más remedio: estoy convencido de que este despacho está lleno de micrófonos y, probablemente, también de cámaras...

El Investigador no entendía nada.

—Creía que iba usted a echarlo todo a perder...

—Entonces, ¿es usted...? ¿Es usted el Guía?

De pronto, éste puso cara de enorme fastidio.

—Ahora mismo no. A partir de determinada hora me convierto en el Vigilante Nocturno. Cobraba muy poco, ¿sabe? Así que me las arreglé para hacerme con los dos puestos manipulando el sistema informático. Pero si alguien de la Dirección se entera, voy listo... No dirá nada, ¿verdad? Como comprenderá, en mi situación estoy dispuesto a todo. Un hombre desesperado no tiene nada que perder...

Mientras decía eso, agitó el revólver ante los ojos del Investigador, que, con una simple mirada, le dio a entender que le guardaría el secreto.

—No tengo otra opción para salir adelante. Es humillante, pero, cuando uno no vale para hacer de protagonista, debe multiplicarse como secundario para ir tirando... ¡No, por favor, no se quite el casco!

El Investigador volvió a ponérselo, renunciando a comprender por qué unos lo obligaban a llevarlo y otros le decían que se lo quitara de inmediato.

—Pero ¿y usted? ¿Qué demonios hacía en ese despacho a estas horas?

Sin entrar en detalles, el Investigador le resumió la perorata del Responsable, aunque pasó por alto su intento de saltar por encima del escritorio y la actitud tan lamentable que había adoptado a continuación, arrodillándose entre lágrimas a sus pies. Luego le contó que había desaparecido de repente, algo que él había interpretado como un gesto amable: ¿qué otra cosa podría haber ido a hacer, aparte de averiguar el motivo del retraso de la comida que había pedido para él?

—Pero ¿qué está diciendo? ¡El restaurante de la Empresa lleva catorce meses cerrado por reformas! Y el Responsable lo sabe perfectamente, porque eso ha generado mucho malestar entre el personal. ¡Si incluso han amenazado con hacer huelga! ¡Cómo ha podido ofrecerle algo así! ¿Está seguro de que lo ha entendido bien?

El Investigador, que ya no estaba seguro de nada, ni siquiera de cómo se llamaba, se encogió de hombros con una expresión resignada.

—Bueno, en cualquier caso, el Responsable se ha marchado de la Empresa hace rato. Lo he visto salir de la torre a media tarde... En fin, sígame, no puede quedarse aquí... Si lo encuentran, no le quepa duda de que me culparán a mí.

El Guía metamorfoseado en Vigilante Nocturno guardó el revólver en la funda, le dio una palmadita en el hombro y le indicó que lo siguiera. Tomaron la misma escalera por la que habían subido juntos horas antes. Aun así, si la primera vez, durante la ascensión, el Investigador había sentido un vértigo agradable, ahora, al

descender, fue presa de un mareo que lo descompuso y convirtió las estructuras de aluminio y acero de la torre en plastilina. Las esquinas se redondeaban, las líneas rectas se transformaban en serpentinas que se agitaban... Incluso los peldaños, que parecían de goma, se deformaban y se volvían extraordinariamente traicioneros, tan elásticos como alfombras de musgo. El mundo se desmoronaba a su alrededor a medida que bajaban, como si alguien estuviera desmontando un escenario ya inservible, y el Investigador comprendió que no podía entretenerse, porque sin duda corría el riesgo de que aquella materia blanda, móvil y cambiante acabara tragándose, como un desagüe se traga el agua sucia.

Una bofetada tremenda le hizo recobrar el conocimiento.

—Perdone, pero no sabía cómo despertarlo. Se ha dejado usted caer en mis brazos al pie de la escalera y he tenido que arrastrarlo afuera, y en cuanto hemos cruzado la puerta se ha derrumbado como un saco. ¿Se encuentra mejor?

El Vigilante Nocturno estaba de pie ante el Investigador, que yacía en el suelo. Su pregunta, sin embargo, no había sido amable y su rostro angustiado no reflejaba la menor compasión. El Investigador hizo un gesto vago con la mano para indicarle que no se preocupara por él.

—¿No será portador de algún virus? —le preguntó el Vigilante—. Porque lo último que necesita la Empresa en estos momentos es una epidemia...

—No tema —consiguió murmurar el Investigador—. Es que... no he comido nada consistente desde ayer por la mañana...

El Vigilante lo miró asombrado.

—¿Desde ayer por la mañana, dice? —repitió, y se quedó mirándolo, pensativo—. Eso sólo son dos días. Si está así después de ayunar durante sólo dos días, o no es muy fuerte o tiene poca voluntad. Hace seis meses, el Subdirector del Servicio de Exportación se puso en huelga de hambre. No estaba dispuesto a que lo prejubilaran. ¿A que no adivina cuántos días aguantó?

El Investigador negó con la cabeza para indicar que no tenía la menor idea.

—¡No, no, diga un número!

—¿Quince?

—¡Cuarenta y dos! ¡Aguantó cuarenta y dos días! ¿Se da cuenta? ¡Cuarenta y dos días! La Dirección no quiso ceder. ¡E hizo bien! ¡Hizo pero que muy bien! —pronunció aquella última frase aullando y mirando a su alrededor.

Luego se quedó en silencio y, más tranquilo, se volvió de nuevo hacia el Investigador, que seguía en el suelo, aunque empezaba a sentir los efectos beneficiosos del aire fresco.

—¿Y cómo terminó la cosa?

—¿Perdón?

—Me estaba contando lo de la huelga de hambre...

—¡Ah, sí! —exclamó el Vigilante, como si acabara de despertar de un largo sueño—. El Subdirector murió. El organismo tiene sus límites. Cuarenta y dos días son muchos días. Demasiados. Algunas personas no saben cuándo parar, ¿no cree? Así que ni prejubilación ni jubilación. Un amargado menos. Un puesto libre que hizo feliz a alguien.

—No me habían hablado de ese caso... —murmuró el Investigador—. Vaya, creo que no. Al menos no aparecía en la documentación que...

—¿Y por qué iban a informarle de que el Subdirector del Servicio de Exportación había fallecido por una huelga de hambre? —le preguntó el Vigilante con brusquedad —. ¿Por qué, eh? ¿No está aquí para investigar los suicidios, y sólo los suicidios?

—Sí. Pero, bien mirado, un comportamiento como ése no es muy distinto del de un suicida —arguyó el Investigador.

El Vigilante separó un poco las piernas, cruzó los brazos sobre el pecho, se echó la gorra hacia atrás y, por unos instantes, se quedó pensando en silencio. Sobre su cabeza, el cielo era tan negro como su uniforme, así que el Investigador tenía la sensación de que sus ojos, muy abiertos y desorbitados por la cólera, notaban en la oscuridad. Por fin separó los brazos y lo apuntó con el índice, mirándolo con gesto amenazador.

—Entonces, siguiendo su razonamiento y teniendo en cuenta lo que me ha dicho hace un momento, ¿no estaría usted mismo intentando suicidarse? Acaba de asegurarme que no ha comido nada en dos días, ¿no?

El suelo se había cubierto de una capa fina e inmaculada de nieve, y el Investigador sólo se dio cuenta de ello en ese preciso instante. En el cielo no había más que neblina y, a su alrededor, aquella alfombra blanca enorme, en la que, por otra parte, tenía posado el trasero. El viento le azotaba la bata, que seguía llevando abotonada hasta el cuello y que lo abrigaba de un modo muy agradable. El casco le protegía la despoblada cabeza. Estaba helando, no cabía duda, pero no tenía frío, nada de frío. Incluso le parecía sentir que un calorcillo delicioso empezaba a amodorrarlo. Podría haberse quedado dormido allí mismo, delante de aquella entrada... Sí, dormir durante horas, escapar de aquella situación que no tenía el menor sentido.

El Vigilante esperaba con el puño izquierdo apoyado en la cadera y la mano derecha sobre la empuñadura del revólver.

—Tengo hambre —dijo al fin el Investigador—. Me comería cualquier cosa, lo que fuera, se lo juro...

El Vigilante se relajó al segundo, resopló con fuerza, apartó la mano de la empuñadura del revólver y se secó la frente.

—¡Dios, qué susto me ha dado! ¡De buena se ha librado! ¡Acaba de salvar la vida! ¡Estaba empezando a pensar que era un topo!

—¿Un topo?

—Sí, que lo habían captado. En el espionaje es algo muy típico.

—Pero yo no soy un espía, soy el In...

—Sé perfectamente quién es, pero yo ya me entiendo. Piénselo: mandan a alguien para que investigue una ola de suicidios, pero resulta que todo es mentira y él mismo es un suicida peligroso... Consigue sabotear el sistema y todo salta por los aires. ¡Es el fin! ¿Lo comprende ahora?

—No muy bien... —murmuró el Investigador, que ya no sentía las manos, pues las tenía hundidas en la nieve.

—Bueno, no importa. ¡Levántese, vamos! Tiene que marcharse. Ya volverá mañana...

El Vigilante lo agarró de un brazo, lo ayudó a incorporarse, lo dejó apoyado en el muro y buscó algo en sus bolsillos. Acabó encontrándolo y se lo tendió.

—Tome, es lo único que tengo...

El Investigador cogió el objeto, negruzco, duro y rugoso, de unos diez centímetros de longitud, más o menos redondo y que se curvaba en el centro, y alzó los ojos hacia el Vigilante sin atreverse a preguntar.

—Excelente calidad, se lo aseguro. Puede que esté un poco seco, porque debe de hacer tres meses que lo llevo en el mono, pero se lo doy con toda mi buena fe.

Como el Investigador miraba perplejo lo que tenía en las manos, el Vigilante volvió a adoptar una actitud distante y, con voz recelosa, le preguntó:

—¿No irá a decirme ahora que no come cerdo?



Cuando el Investigador salió al fin a la calle, se volvió temblando de miedo para mirar atrás por última vez, pero el Guardia ya había reanudado tan tranquilo la lectura de la página de deportes del periódico mientras acababa de comerse su bocadillo.

Después de darle el salchichón, el Vigilante casi no había vuelto a abrir la boca; se había limitado a indicarle el camino con gesto distraído, porque era imposible distinguir las líneas roja, verde, amarilla y azul del suelo, pues estaban cubiertas por la nieve. Luego, a unos metros del Puesto de Guardia, había hecho que se detuviera y le había dicho que se quitara la bata, el casco y la acreditación.

—Mañana volverán a entregárselos. El material de la Empresa no puede salir de la Empresa.

El Investigador metió las manos en los bolsillos de la bata, encontró el llavero con la foto del anciano y se lo tendió.

—No, no, quédese. Le traerá suerte.

Luego le dio la gruesa bata y el casco minúsculo, aunque lo hizo a regañadientes. En cierto modo, era como si de pronto estuviera desnudo, desnudo y helado, porque la gabardina y el traje, demasiado finos y todavía húmedos, no bastaban para protegerlo del frío, que iba en aumento.

—Ayer por la noche, el Guardia me preguntó si tenía una autorización excepcional. ¿Cree que sería posible conseguir una? Puede que me sea útil...

El Investigador se lo pidió con timidez. Se temía una negativa, una respuesta airada, una explicación inverosímil o delirante, o quizá un sermón. Pero el Vigilante no rechistó. Se sacó un bolígrafo del bolsillo superior del mono y una especie de cajita cuadrada de un bolsillo del pantalón, garabateó algo y tendió al Investigador un trozo de cartón.

—Tenga. No sé muy bien para qué puede servirle una autorización excepcional, pero aquí está. Y ahora le ruego que me disculpe, tengo mucho trabajo.

Y, dicho esto, dio media vuelta, se alejó a grandes zancadas y desapareció en la oscuridad tras la cortina de nieve. El Investigador miró lo que le había dado: era un posavasos manchado y descolorido que anunciaba una marca de cerveza, en el que había escrito: «EL PORTADOR DE ESTA TARJETA DISPONE DE AUTORIZACIÓN EXCEPCIONAL.»

Estuvo a punto de llamarlo otra vez, pero se contuvo. Al fin y al cabo, aquel posavasos cuadraba a la perfección con todo lo demás. ¿Qué otra cosa podía esperar? Se dirigió hacia el Puesto de Guardia, en el que se veía la cabeza inclinada de un hombre recortada por un haz de luz.

El camino que tuvo que recorrer para llegar hasta él fue bastante largo, aunque la distancia en línea recta no debía de superar los veinte metros; pero los rastrillos, la

alambrada de púas, las barreras en zigzag y los caballos de Frisia, que volvían a estar en su sitio, obligaban a dar un rodeo laberíntico que impedía tanto la entrada indebida como la salida apresurada. El Investigador advirtió que el Guardia lo había visto y que ahora vigilaba atentamente sus movimientos, así que consideró que lo más conveniente era sonreírle y saludarlo con un gesto para ganarse su simpatía; sin embargo, al levantar la mano, agitó un poco el faldón derecho de la gabardina, justo el del bolsillo roto, y la tela se enganchó en las púas de acero de la alambrada, que la desgarró sin contemplaciones más de treinta centímetros. La materia es así. No entiende de sentimientos ni se deja conmover por las debilidades. La pones en un sitio y cumple su función. Lo único que la altera, con el paso de los milenios, son los elementos, pero ella ni siquiera lo sabe. Pese al incidente, el Investigador no perdió la sonrisa; no quería despertar la suspicacia del Guardia, que, de haberlo observado con atención, enseguida habría advertido que parecía un vagabundo.

—¡Buenas noches!

El Investigador había empleado toda la energía que le quedaba para pronunciar esa simple frase en el tono más natural de que era capaz. El Guardia estaba untando una lata de paté en media barra de pan. Era un hombre de cara más bien redonda y casi calvo. El periódico que tenía extendido delante, abierto por la página de deportes, estaba cubierto de migas. Una botella de vino medio vacía hacía compañía al cenicero, en el que humeaba un cigarrillo, y sobre su cabeza, un poco a su izquierda, las pantallas de vigilancia mostraban imágenes fijas de determinados puntos del interior y el exterior de la Empresa. Ningún ser humano aparecía en ellas. Aquellos retratos parciales del complejo producían una sensación inquietante de irrealidad, como si se hubieran puesto cámaras de vigilancia en decorados de cine abandonados o que nunca se hubiesen utilizado.

El Guardia levantó la cabeza y accionó el interruptor del micrófono.

—Buenas noches. Aunque no es que haga mucho calor, ¿eh?

Su tono, amable y jovial, desconcertó al Investigador. El hombre lo miraba sonriendo sin dejar de extender el paté, cuyo delicioso aroma se colaba por los minúsculos orificios de la ventanilla.

—¡Tengo la Autorización Excepcional! —proclamó el Investigador, pegando el posavasos al cristal.

El Guardia echó un vistazo distraído al trocito de cartón y luego al Investigador.

—No sé muy bien a qué lo autoriza su Autorización, pero parece tan orgulloso de tenerla que me alegro por usted.

El hombre bebió un trago largo de vino, le dio una última calada al cigarrillo, lo aplastó en el cenicero y le hincó el diente al bocadillo. El Investigador lo miraba con una envidia que no le pasó inadvertida.

—Tiene usted un aspecto lamentable. No ha sido su mejor día, ¿me equivoco?

El Investigador negó con la cabeza. La espontánea bondad de aquel hombre lo emocionó, y casi consiguió que olvidara el hambre que tenía. Sintió que se le

humedecían los ojos.

—Vamos, vayase a casa, al menos allí estará caliente. No conseguirá nada bueno dando vueltas por ahí con este tiempo. Ya lo han explotado bastante, ¿no le parece?

El Guardia le dio otro mordisco al bocadillo. El Investigador no tenía muy claro de quién ni de qué hablaba aquel tipo, pero estaba encantado de prolongar ese momento fraternal.

—¿En qué servicio trabaja? —preguntó entonces el Guardia—. ¿Limpieza? ¡Un esclavo moderno! ¡Uno más! Espero que al menos no se entregue a fondo... Usted y yo, como otros tantos miles, no contamos para ellos. No somos nada. Apenas un número en una lista de personal. Es para deprimirse, pero a mí me importa un pepino. Ya lo ve: el reglamento dice que está prohibido fumar, beber y comer durante el servicio. ¡Bueno, pues yo lo hago todo a la vez! El reglamento me lo paso por donde usted sabe. ¿Que nos obligan a hacer una porquería de trabajo que nadie quiere? ¡Pues hagámoslo mal! Yo soy un hombre libre. Voy a ponerle un ejemplo, porque me ha caído usted simpático: yo soy Guardia, así que se supone que tengo que proteger a la Empresa de cualquier entrada no autorizada, ¿verdad?

El Investigador se limitó a asentir. Estremecido por el frío, ya no era dueño de los movimientos de su cuerpo, y sobre el cráneo se le habían amontonado unos centímetros de nieve que ahora formaban una especie de casco extraño. El Guardia seguía hablando y dando mordiscos al bocadillo.

—Le aseguro que si vinieran cientos de individuos a llevarse todo lo que pudieran, dejaría que pasaran sin mover un solo dedo, sin apretar ni uno de estos botones de emergencia que ve usted delante de mí. Creo que incluso les abriría las puertas aún más y les aplaudiría mientras llenaban sus camiones con todo lo que pudieran robar. —Se llevó la botella a los labios y le dio un buen trago—. No se ofenda —prosiguió—, pero mírese: ¿se da cuenta de cómo lo han dejado? Y todo para obtener unos beneficios cada vez mayores... Si quiere saber mi opinión, con el trabajo que tiene usted podría montar la de Dios es Cristo. En lugar de barrerles los despachos, podría cargarse los ordenadores, pero no a mazazos, no, discretamente: un poco de agua vertida sobre un teclado, una taza de café en la rejilla de ventilación de un disco duro, un chorrillo de pegamento en una impresora, la bolsa del aspirador vaciada en el sistema de climatización o incluso un buen cortocircuito de los de toda la vida aquí y allí... Los clásicos siempre funcionan, por eso son clásicos. ¡Y asunto arreglado! La Empresa es un coloso con pies de barro. Nuestro mundo es un coloso con pies de barro. El problema es que pocas personas como usted, quiero decir los pequeños, los explotados, los muertos de hambre, los débiles, los esclavos contemporáneos, se dan cuenta de eso. La época de echarse a la calle y cortarles la cabeza al rey ya ha pasado. Hace mucho tiempo que no hay reyes. Hoy los monarcas no tienen ni cabeza ni rostro. Son mecanismos financieros complejos, algoritmos, proyecciones, especulaciones sobre riesgos y pérdidas, ecuaciones de quinto grado... Sus tronos no son materiales: pantallas, redes de fibra óptica, circuitos impresos... Y

su sangre azul es ahora la información encriptada que circula por ellos a velocidades superiores a la de la luz. Sus castillos se han convertido en bancos de datos. Si avería un ordenador de la Empresa, uno de los miles que hay, le corta un dedo al monarca. ¿Lo comprende?

El Guardia bebió un trago e hizo gárgaras con el vino. El Investigador lo escuchaba boquiabierto. Parecía un completo idiota. La nieve dotaba sus frágiles hombros de un contorno más marcado, rectangular, adornándolos con una especie de charreteras que le daban un aspecto marcial, de oficial estupefacto de un ejército en desbandada que ya ni siquiera sabía por qué luchaba en aquella guerra.

—¿No le parece que debería tener cuidado con lo que dice? —se atrevió a preguntar.

—¿Cuidado, por qué? ¿De quién? Yo no tengo amo. Odio la autoridad. Y puedo asegurarle que todavía hay gente como yo. ¿Por qué cree que hago este trabajo que nadie quiere? Porque no estoy dispuesto a pasar por el aro. Míreme: estoy al otro lado del cristal. ¡Todo un símbolo! Además, usted no es policía, ¿no?

—No, no, claro que no —aseguró el Investigador.

—Ni tampoco ese individuo que va por ahí diciendo que es el Investigador, ¿verdad? Mi compañero me ha avisado. Anoche, a eso de las diez, ese sujeto intentó colarse en el recinto con la excusa de que debía investigar los suicidios. Investigar los suicidios a las diez de la noche... ¿Tan estúpidos nos creen? Estoy convencido de que en realidad ese fulano es un liquidador, uno más. Todos los meses viene alguno. Y hacen unas escabechinas... ¿Se da cuenta? Esa gente no tiene escrúpulos. Si los dejaran, vendrían incluso por la noche, ¡y todo para organizar sus malditos ajustes! No, por supuesto que no es el Investigador. Con esa cara de muerto de hambre, esos tres pelos mal contados y esos andrajos, usted es de los míos, ¡no puede ser él!

—Claro que no... —respondió el Investigador.

Estaba temblando, y no sólo de frío, y con una mano aferraba el salchichón reseco que le había regalado el Vigilante en el interior del único bolsillo intacto de la gabardina.

—Como ese individuo vuelva esta noche —gruñó el Guardia—, le juro que no seré tan amable como mi compañero. ¡Pienso freírlo sin dudarle un instante!

—¿Fre... freírlo?

—¡Sin contemplaciones! ¿Ve esa palanca? —dijo el Guardia, señalando una especie de empuñadura gruesa cubierta de goma que sobresalía de la pared—. Si la bajo, hago pasar una corriente de veinte mil voltios por todas las protecciones metálicas que tiene a su alrededor. Y, aunque ese tipo no las toque, aunque no se mueva del sitio en el que, por ejemplo, está usted, el voltaje es tan elevado que en dos o tres segundos esa rata asquerosa quedaría convertida en un simple montoncito de ceniza.

—Un montoncito de ceniza... —murmuró el Investigador.

—«¡Cenizas a las cenizas y polvo al polvo!» —sentenció el Guardia, que tenía la barbilla adornada con un trocito de paté que se le había caído del bocadillo.

El Investigador solía soñar poco. Sus noches eran tranquilas y por la mañana rara vez se acordaba de los sueños, excepto del de la foto copiadora, que era recurrente. Estaba en la oficina. Necesitaba hacer una copia del dossier de una investigación. Iba al cuarto de la fotocopidora y empezaba a duplicar los documentos, pero de pronto la máquina se ponía en modo pausa porque el cartucho de tóner no tenía tinta. Como no sabía cambiarlo —su trabajo era realizar investigaciones, no encargarse del mantenimiento de la fotocopidora—, se quedaba delante de la máquina, desanimado. Por suerte, aquel sueño tan desagradable nunca se había hecho realidad. En cambio, todo lo que le estaba pasando desde que había llegado a aquella ciudad era una absoluta pesadilla. Sólo podía ser eso. ¿Qué si no? Nada. Una pesadilla. Una pesadilla que parecía no terminar y de un realismo diabólicamente refinado, complejo y retorcido, sí, pero pesadilla, al fin y al cabo.

Lo malo era que el Investigador no veía ninguna salida. No tenía ni la menor idea de cómo escapar de aquel universo que debía de ser falso, del todo onírico, que, sin duda, no era la vida real. La vida real no puede desorientarte de ese modo ni poner en tu camino a personajes tan inquietantes como los que desde el día anterior se divertían jugando con él, matándolo de hambre, mortificándolo, mareándolo, haciéndolo esperar, desmoralizándolo, atemorizándolo... Aunque... «¿Aunque qué?», empezó a preguntarse. La vida real, que siempre le había parecido una sucesión monótona y agradablemente aburrida de repeticiones, mostraba quizá, bajo cierta luz o en determinadas condiciones, aspectos insospechados, angustiosos, incluso trágicos.

La calle estaba vacía, como la noche anterior. Todo había desaparecido, los vehículos y la masa de peatones, algo que no le sorprendió en absoluto. Y fue justo eso lo que le sorprendió: que ya nada le sorprendiera. Se dijo que también él empezaba a aceptar aquella lógica sin lógica de su pesadilla. Eso no le quitó el hambre, no hizo que le bajara la fiebre, no le arregló la maltrecha gabardina, no le atenuó el agotamiento; sin embargo, se sintió un poco mejor al pensar que si su mente se adaptaba a las cosas que le ocurrían, y sin duda iban a seguir ocurriéndole, era probable que las llevara mejor, como cuando alguien asciende a grandes altitudes y acaba por acostumbrarse a la falta de oxígeno.

Pese a lo agotado que estaba y lo débil que se sentía, cruzó la calle en un momento, con una facilidad que le hizo reír por lo bajo al acordarse de lo que le había costado llegar hasta la entrada de la Empresa esa misma mañana. Se dirigió al Hotel, cuyo letrero intentaba encenderse: chisporroteaba de un modo patético durante unos segundos y volvía a apagarse, para hacer un nuevo intento condenado al fracaso. La calzada estaba cubierta de nieve, pero no había más huellas que las de sus pasos.

Pensó que eso demostraba lo que acababa de intuir. Aquella nieve, aquella calle pertenecían a un sueño. Era imposible que ningún coche, ninguna moto o ningún peatón la hubieran pisado, porque la Ciudad no era un desierto: lo había comprobado esa misma mañana, al ver los cientos de coches, los miles de personas que la recorrían. Así que no había duda: estaba soñando.

De pronto lo asaltó una duda, porque su razonamiento no se sostenía del todo. Se dio cuenta de que jugaba con dos barajas, la del sueño y la de la realidad, y de que elegía una u otra según le convenía para explicar los hechos. La bonita teoría de la pesadilla se iba al garete. Por desgracia, sólo había una realidad, y estaba hundido en ella hasta el cuello, como un palo en un tonel de melaza. Su ánimo, que había empezado a remontar el vuelo, se vino abajo como un frágil castillo de naipes. Volvía a sentir un fuerte dolor de cabeza.

Empujó la puerta del Hotel con mano temerosa. Tras el mostrador de recepción, la Giganta esperaba.

—¿Era usted el de la catorce? —le preguntó en cuanto lo vio.

El Investigador no pudo articular una sola palabra; se limitó a asentir con la cabeza, mientras se preguntaba qué podía significar aquel verbo en pasado. ¿De qué libro de registro lo habían borrado? ¿De qué lista lo habían tachado? Y, sobre todo, ¿por qué? La corpulenta recepcionista seguía envuelta en el mismo albornoz rosa. A su lado, el Investigador se sentía diminuto. Y, pese al resfriado, y aunque aún estaba a unos metros de ella, podía percibir el inconfundible olor dulzón de su sudor.

—Hemos tenido que cambiarlo de habitación. La Dirección le pide disculpas. Ahora está en la noventa y tres. Primer piso. Su maleta lo espera allí.

La Giganta dejó una llave minúscula en el mostrador. El Investigador fue a cogerla, pero la mujer puso el índice encima.

—Una última cosa... —gruñó, y, con la mano libre, dejó un papel sobre el mostrador—. Fírmeme esta factura, es por los desperfectos de esta mañana...

—¿Desperfectos?

—El informe que he recibido habla de daños en los aseos de señoras de la planta baja. Yo me limito a transmitirlo. No voy a valorar el hecho de que haya usado los lavabos de mujeres...

La Giganta había pronunciado la última frase en un tono más ligero, lleno de segundas intenciones. El Investigador estuvo a punto de darle una explicación, pero se lo pensó mejor. ¿Para qué? Cogió la factura y el bolígrafo que ella había dejado junto al papel y se dispuso a firmar; sin embargo, al ver el importe, dio un respingo.

—Pero ¡¿qué es esto?! ¿Cree que voy a pagar una suma como ésta por una toalla rasgada? ¡Me niego a firmar semejante factura! —exclamó, dejando el bolígrafo en el mostrador ruidosamente.

Pero su gesto no produjo el menor efecto en la Giganta, que seguía observándolo impasible. El Investigador perdió el aplomo. Cogió la factura y paseó la mirada por ella decidido a leerla con detalle. Contenía quince apartados: «Sustitución de la toalla

rota, sustitución del dispensador roto, sustitución de los tornillos rotos, reparación del yeso de la pared dañada, pintura de la pared dañada, almuerzo de los tres trabajadores (yesero, pintor y carpintero), gastos de desplazamiento de los tres trabajadores, limpieza y desinfección de los lavabos, gastos de la declaración del incidente, gastos del atestado, impuestos de los gastos generales, impuestos de los gastos secundarios, impuestos de los impuestos e impuestos de los impuestos de los impuestos.»

—¡Esto es un robo! No les basta con que esta mañana su falso policía me haya hecho perder el tiempo... Ahora pretenden que...

—¿Qué falso policía? —lo interrumpió la Giganta.

El Investigador reunió sus últimas fuerzas, contuvo la bilis dulzona que le subía a la boca, carraspeó y se apretó las sienes para detener el dolor que le aporreaba el cráneo con la terquedad de un percusionista.

—Lo sabe tan bien como yo: el hombre que vive ahí, en el cuarto de las escobas... —precisó el Investigador, señalando el cuchitril en el que le había tomado declaración.

La Giganta miró la puerta del cuarto y se volvió de nuevo hacia él.

—No puedo más, necesito dormir... Ya hablaremos de esto mañana... Devuélvame el carnet y la tarjeta de crédito...

—¿Dónde están?

Aterrado, el Investigador tragó saliva.

—¡Pues ahí, en la caja fuerte! Anoche me los confiscó y los guardó ahí, ¿recuerda?

La Giganta, inmóvil, parecía haber dejado de respirar, pero seguía mirándolo fijamente.

—No. Cuando me despiertan a las tres y catorce de la mañana, luego no me acuerdo de nada. Y, además, «confiscar» no es la palabra más adecuada. Seguro que recuerda que el reglamento...

—Párrafo dieciocho, apartado C.

—Exacto. Hemos tenido muchos disgustos con clientes que reservan una habitación y luego no tienen con qué pagarla.

—Devuélvame mis cosas. Por favor...

El Investigador suplicaba. Había puesto todo su desamparo en aquella última frase. La Giganta pareció conmovearse. Dudó unos instantes y luego, despacio, se llevó la mano derecha al escote del camión, la deslizó entre los pechos y, tras rebuscar entre ellos durante unos segundos, sacó una llave dorada, la de la caja fuerte. La introdujo en la cerradura, la giró tres veces hacia la izquierda, abrió la puerta de metal y miró en el interior.

—¿Y bien? ¿Qué quería recuperar? —preguntó en tono burlón.

Los ojos del Investigador no se apartaban de la caja. Era una tragedia, estaba vacía.





El Investigador estaba a punto de venirse abajo definitivamente. Transcurrió un largo minuto, durante el cual creyó que su cuerpo y su cerebro iban a estallar, a resquebrajarse como una pared sacudida por un terremoto o por la onda expansiva de una bomba de potencia extraordinaria. Cerró los ojos para borrar la imagen de la caja fuerte vacía, de aquella caja que no contenía nada de nada y que, en cierto modo, era una especie de metáfora de la situación en la que se encontraba, por no decir de su vida entera. Luego, con los ojos aún cerrados, oyó su propia voz. Las palabras salieron de su boca como quejas débiles y vacilantes, frases exhaustas, apenas audibles, como si para llegar hasta la Giganta hubieran tenido que trazar meandros, dar rodeos, tomar desvíos, recorrer carreteras secundarias y autopistas interminables, perdiendo en cada trayecto un poco de fuerza y casi toda la textura.

—¿Cómo es posible? Ha perdido los documentos que le entregué...

La voz de la Giganta resonó en la oscuridad que lo envolvía.

—Eso lo dirá usted. Yo no me acuerdo de nada. Le repito que, cuando llegó, estaba durmiendo...

—¿Y de mí? ¿Se acuerda de mí?

—Muy vagamente, la verdad. Y eso no demuestra nada. Me habían dicho que esa noche llegaría el de la catorce. Usted era el único Huésped que aún no se había presentado. Así que, al verlo entrar poco después, deduje que era usted. Y no fue su aspecto lo que me llevó a hacer esa deducción, la verdad: podría ser cualquiera.

El Investigador abrió los ojos.

—¿Es usted la única que tiene esa llave?

—Mi Compañero de Día tiene otra.

—¿Y es posible que haya guardado mi carnet y mi tarjeta de crédito en otro sitio?

La Giganta dudó.

—Es poco probable.

—Poco probable, pero no imposible —repuso el Investigador, que estaba al límite de sus fuerzas, pero empezaba a albergar alguna esperanza.

—Se lo repito: poco probable.

—¿Podríamos comprobarlo mañana? De verdad que necesito dormir. Estoy muy débil. No he comido nada. Nada en absoluto.

La Giganta frunció el ceño, como si temiera que estuviera haciéndole una jugarreta.

—¿Y cómo va a pagar si no tiene con qué?

El Investigador soltó un suspiro. ¿Conseguiría salir de aquel atolladero, aunque sólo fuera por el momento?

—Estoy aquí para cumplir una misión —dijo, consciente de que aquella afirmación podía hacer que lo tomaran por uno de los innumerables iluminados que vagan por el centro de las ciudades proclamando a los cuatro vientos que son los enviados de Dios o de una civilización extraterrestre—. Tengo que llevar a cabo una investigación —añadió, esforzándose por sonar lo más natural posible—. Una investigación en la Empresa, que está justo enfrente de su hotel.

—¿Me está diciendo que es usted el Investigador? —preguntó la Giganta, incrédula.

—Exacto.

La mujer vaciló, salió de detrás del mostrador, se acercó a él, lo cogió del hombro con suavidad, lo hizo girar sobre sí mismo para examinarlo con atención y lo empujó hacia el gran espejo que ocupaba una de las paredes del vestíbulo.

—Mírese.

En el espejo, el Investigador vio a un hombre viejo y encorvado, con una barba de dos días cubriéndole el rostro y unos ojos febriles e irritados que se movían sin parar de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. La frente, tumefacta, había adquirido un tono amarillo anaranjado, y un hematoma violáceo rodeaba la brecha que se había hecho esa mañana al golpearse con el estante del teléfono. La ropa que llevaba no era más que un montón de andrajos arrugados, manchados y desgarrados, en especial la gabardina, que en otros tiempos debía de haber sido una prenda de buena calidad. En cuanto al pantalón, exhibía un roto enorme en la pernera derecha, por el que asomaba un muslo pálido y surcado por un arañazo largo y zigzagueante, cubierto de sangre seca. Los zapatos parecían dos amasijos de carne parduzca. Uno tenía la suela despegada por delante y al otro le faltaba el cordón.

—¿A quién quiere hacer creer que se parece al Investigador?

—Es que no tengo que parecer el Investigador, ¡soy el Investigador! —gritó, dirigiéndose tanto a la Giganta como a sí mismo—. Soy el Investigador... —repitió entonces con suavidad, como para acabar de convencerse, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, unas lágrimas gruesas y redondas que le resbalaban por las mejillas y se deslizaban hacia la arrugada piel de su cuello. Lágrimas de niño.

Permaneció ante el espejo unos instantes, incapaz de moverse, incapaz de manifestar la menor reacción. La Giganta había regresado al mostrador.

—Fírmeme la factura y podrá irse a su habitación. Debería ponerlo de patitas en la calle, puesto que acaba de decirme que no está en condiciones de pagar el hospedaje y ni siquiera tiene documento de identidad. Pero no soy mala persona, y estoy segura de que llegaremos a un acuerdo.

Él se volvió poco a poco, cogió el bolígrafo que le tendía la Giganta y firmó la factura sin ni siquiera mirarla.

—¡Se deja la llave!

El Investigador, que se alejaba ya hacia la escalera, volvió sobre sus pasos y cogió la llave de la habitación, para lo que tuvo que rozar por un instante los dedos,

regordetes y húmedos, de la Giganta; luego subió la escalera muy despacio, agarrándose a la barandilla.

Al día siguiente haría una llamada. Sí, telefonaría al Jefe de Servicio. Quedaría como un idiota o un incompetente, pero aquello no podía continuar así. No estaba dispuesto a perder la salud, física o mental, y menos aún la vida. Se lo explicaría todo. El Jefe de Servicio lo comprendería, se entendería con el Hotel, respondería por él, y todo volvería a la normalidad. Mañana ya no tendría que aguantar aquella pesadilla, porque, evidentemente, lo primero que haría cuando todo se arreglara sería largarse de aquel antro. No pasaría allí una noche más. Lo olvidaría. Lo expulsaría de su vida.

Cuando llegó al primer piso comprobó que la habitación 93 estaba ahí, tal como le había dicho la Giganta. Hizo girar la llave y empujó la hoja, que, pese a sus repetidos esfuerzos, no se abrió más de un palmo. Con dificultad, se deslizó por el estrecho hueco, encendió la luz y contempló la habitación: una cama individual, una mesita de noche, un armario, una silla y una ventana cerrada y con la persiana bajada. También había una puerta, sin duda la del cuarto de baño. Era el mismo mobiliario de la habitación 14, las mismas paredes verduzcas y ahuecadas por la humedad, el mismo fluorescente circular y parpadeante, la misma fotografía del anciano, tan parecida a la del llavero. Sólo cambiaba el tamaño: la cama ocupaba casi todo el espacio de aquel cuarto, que como mucho tendría cinco metros cuadrados, y bloqueaba tanto la puerta del armario como la del aseo, en el que en consecuencia era imposible entrar. En cuanto a la mesita de noche y la silla, a falta de sitio en el suelo estaban encima de la cama, volcadas junto a la maleta.

El Investigador cerró la puerta a sus espaldas. «Aguanta —se dijo, apretando los puños—. Aguanta... Aguanta al menos hasta mañana.»

Se subió a la cama y empujó la mesita de noche y la silla todo lo que pudo hacia los pies del colchón. Luego cogió la maleta, la levantó con esfuerzo, porque pesaba horrores —¿o porque estaba agotado?—, consiguió llevarla a pulso hasta el armario e intentó colocarla encima tres veces, hasta que se dio cuenta de que entre la parte superior del mueble y el techo no había espacio suficiente.

Así que la dejó caer de nuevo sobre la cama, y, al aterrizar, hizo aparecer, como un payaso burlón que surge de una caja de sorpresas, un pequeño objeto cilíndrico que debía de estar oculto entre los pliegues de la colcha. Un tubito amarillo y azul. El mismo tubo de analgésicos que le había ofrecido el Policía esa misma mañana. El Investigador lo cogió y, con un nudo en la garganta, lo apretó en su temblorosa mano. Aquel hombre no podía ser tan malo, puesto que había pensado en él, se había preocupado por su estado de salud, se había tomado la molestia de dejarle aquel medicamento sobre la cama. Porque sólo podía haber sido él. Sólo él.

El Investigador esbozó una sonrisa y se echó en la cama, una vez más sin preocuparse de quitarse la ropa. Se volvió hacia un lado, dobló las rodillas, se acurrucó y cerró los ojos.

Al instante se hundió en un sueño profundo con el tubo de pastillas y el salchichón reseco en las manos. Un salchichón momificado e incomible y un tubo con unos comprimidos que ni siquiera podía tomarse, porque no tenía agua y no podía entrar en el baño; en suma, dos cosas totalmente inservibles, pero que al menos daban fe de una humanidad conmovedora en un mundo que cada vez le parecía más absurdo.

Llamaban. Era un timbre tímido, tembloroso, apagado. El teléfono. Igual que la mañana anterior. Las persianas cerradas dejaban entrar un poco de luz. El teléfono. El Investigador abrió los ojos. ¡Qué habitación tan pequeña y qué techo tan bajo! Tenía la sensación de haber dormido en una caja. El timbre seguía sonando, pero no veía ningún teléfono. ¿Dónde podía estar, maldita sea? En la pared, no. Encima del armario, tampoco. En la puerta del armario o en la del baño, menos. El timbre, aunque débil, no cesaba. ¿Debajo de la cama? ¿Estarían tan chinados como para haberlo puesto debajo de la cama? No, allí tampoco. Y el timbre no cesaba, seguía sonando y sonando... Pegó el oído a la puerta del armario, que de todas formas no podría haber abierto. No, el sonido no venía de allí. ¿El techo? Sólo quedaba el techo... ¿Un teléfono instalado en el techo? El timbre insistía, temeroso pero tenaz. El Investigador estaba a cuatro patas sobre la cama. No quería mirar al techo. ¡Era impensable que hubieran puesto el teléfono en el techo! El timbre no se rendía. Se resignó a levantar la cabeza despacio... Y ahí estaba, un poco a la izquierda del fluorescente circular.

El Investigador dio un salto, estiró los brazos y trató de coger el auricular, pero falló. Por suerte, consiguió atraparlo al tercer intento, mientras bailaba como un yoyó en un extremo del cordón elástico.

—¡Diga!

—¿Oiga?! —exclamó una voz ahogada y tremendamente lejana.

—¿Me oye? —preguntó el Investigador.

—¿Me oye usted? —preguntó la voz.

—Pero ¿quién es?

—¿Quién es? —repitió la voz a lo lejos.

—Soy el Investigador.

—¡No puedo más! —gimió la voz—. ¡No consigo abrir!

—Pero ¿abrir qué?

—¡Es horrible, es imposible abrir!

—Pero ¿qué es lo que no puede abrir?! —aulló el Investigador.

—Imposible. Lo he intentado todo. ¡Y este calor...! Ayúdeme... —musitó la voz, que se apagaba.

—¿Sigue ahí?

—No... salir... Imposible...

—Pero ¿salir de dónde? ¿Quién es usted?

—Como una rata... —dijo la voz antes de enmudecer.

El Investigador miró el auricular. El teléfono seguía mudo, pero no habían colgado: se oía un jadeo, aunque ya no tenía nada de humano, parecía el murmullo

del viento sobre un paisaje desolado y sin relieves. ¿Quién sería? ¿El mismo hombre del día anterior? ¡Cómo demonios iba a saberlo! Además, ¿qué podía hacer él? Seguramente nada. Sin duda, vigilaban sus movimientos. Aquello sólo podía ser una broma.

Pasados unos segundos se puso de puntillas y encajó el auricular en la base, que se aguantaba atornillada al techo... Y entonces, sólo entonces, se dio cuenta de que estaba desnudo.

Un instinto ridículo lo impulsó a taparse la entrepierna con las dos manos. Pero ¿quién iba a verlo? La habitación sólo tenía una ventana, y la persiana bajada lo protegía de mirones hipotéticos. Además, aunque no le apetecía comprobarlo, estaba seguro de que tras aquella persiana encontraría la misma pared de ladrillos que había en la habitación 14.

Pero ¿por qué estaba desnudo? Él no solía dormir así. El Investigador sintió tal vergüenza que se metió bajo las sábanas y se tapó hasta los ojos. Aunque no podía quedarse allí para siempre, de modo que se enrolló la sábana alrededor de la cintura, se puso de pie en la cama y miró a su alrededor en busca de la ropa. No tardó en localizar el salchichón reseco y el tubo de pastillas, pero ni rastro de la camiseta, los calzoncillos, los calcetines, la camisa, el pantalón, la chaqueta y la gabardina. Ilocalizables, desaparecidos, perdidos. Aun así, tenían que estar allí, en algún sitio.

Intentó recordar dónde los había puesto, pero, como no se acordaba de haberse desnudado, aún le resultaba más difícil saber lo que había hecho con ellos. Un estornudo violento puso fin a su coloquio interior. Luego otro. Y otro. La nariz, tapada y moqueante, lo obligaba a respirar por la boca a un ritmo bastante rápido, lo que le hacía parecer un pez rojo prisionero en su pecera. Qué bien le habría venido una ducha de agua hirviendo, o incluso helada... Lo habría espabilado, le habría despejado la mente y tonificado el cuerpo. Pero ¡para eso hacía falta entrar en el cuarto de baño!

Envuelto en aquella sábana, que le hacía parecer un senador romano bajito y barrigudo, el Investigador reflexionó un momento. Se le ocurrió un plan y lo puso en práctica de inmediato. Iba a levantar la cama todo lo que pudiera, tanto como le permitieran sus endebles músculos, encajaría la mesita de noche debajo y, si aún le quedaban fuerzas, seguiría levantándola hasta poder meter la silla entre la mesita y el somier. De ese modo, la cama quedaría casi vertical, dejaría de bloquear la puerta del aseo.

Y podría abrirla.

Se quedó boquiabierto: aquel aseo era refinadamente lujoso. No podía creer que tras los muros del Hotel la Esperanza hubiera una estancia como aquélla, una sala grandiosa con el suelo de mármol blanco y las paredes de mosaico verdeceledón, rematadas con una cenefa de cabujones dorados con oro fino. Debía de ser el último vestigio de la época en que el establecimiento había sido un palacio. Pero aún resultaba más increíble que aquel cuarto de baño correspondiera a la habitación que le habían dado, sin duda la más destartada, la más cochambrosa y la más diminuta del Hotel.

Una luz nacarada acariciaba la grifería de oro macizo de los dos lavabos, el bidet, la enorme bañera, tallada en un solo bloque de pórfido, y la mampara de la ducha, adornada con unas incrustaciones de pasta de cristal azulado. Varios altavoces —que no consiguió localizar, pues al parecer el sonido salía directamente de las paredes— emitían una música en la que el cascabeleo de las panderetas y los cantos de unos pájaros exóticos se mezclaban con el suave tintineo de las flautas y los instrumentos de metal, que imitaban una lluvia de monedas sobre un suelo de piedra. En el centro de la estancia, una pequeña fuente ornamental dejaba escapar un chorro de agua envuelto en vapor, cuyo borboteo sumió al Investigador en una ensoñación de puertos lejanos, donde unas esclavas negras, desnudas, agitaban unas hojas de palma para refrescarle la frente, mientras él contemplaba los grandes barcos que había anclados en el puerto, con las cubiertas de ébano cargadas de especias, perlas, ámbar y betún de Judea. De niño lo habían obligado a leer un poco de poesía en el colegio, pero nunca la había entendido. Y lo que aún entendía menos era que alguien perdiera el tiempo escribiéndola. Porque no servía para nada. Para nada en absoluto. En cambio, los informes de las investigaciones, fríos y concisos, que se redactaban para exponer hechos ciertos, acotar una verdad, diseccionarla y sacar las conclusiones oportunas, le parecían una forma más inteligente —y, en el fondo, la única verdaderamente útil— de usar el idioma y servir a la Humanidad. ¿Tan débil y desquiciado estaba que la simple visión de un cuarto de baño lujoso le hacía pensar en odaliscas lánguidas, vino de palma, dulces orientales y danzas del vientre?

En un estante de cristal se alineaban unos frascos de sales multicolores y jabones líquidos. El Investigador abrió tres o cuatro y los olfateó, pero estaba tan resfriado que no consiguió oler nada y tuvo que conformarse con leer las etiquetas. Se decidió por el «LILA MALVA».

Dejó caer la sábana al suelo y, desnudo de nuevo, aunque esta vez sin sentir la menor vergüenza, se echó todo el contenido del frasco en las manos y se enjabonó la cara, el cuerpo y el poco pelo que le quedaba. Luego abrió los dos grifos de la ducha,



de los que al instante brotó un chorro abundante envuelto en vapor y teñido de azul por la opalescencia de las incrustaciones de cristal de la mampara.

Metió el pie derecho bajo el agua, pero lo sacó de inmediato aullando de dolor: ¡estaba hirviendo! No caliente, hirviendo. Cerró un poco el grifo del agua caliente, abrió otro poco el de la fría, esperó unos instantes y volvió a intentarlo. ¡Aún era peor, como si estuvieran echándole plomo fundido en el pie! Decidió cambiar la ducha por la bañera, abrió el grifo y esperó: al instante, el bloque de pórfido se llenó de vapor. Como no se atrevía a meter el pie, se limitó a acercar la mano a la superficie, sólo para comprobar que allí también salía a una temperatura atroz. Miró los lavabos y el bidet, y se dijo que eran su última opción; se acercó a ellos y orientó los grifos hacia el agua fría, pero fue en vano: el agua habría hervido un huevo en treinta segundos. Sólo entonces se le ocurrió examinar las cañerías y, para su estupefacción, comprobó que no había ningún conducto de agua fría que alimentara las diferentes salidas de agua del aseo.

En cuanto a la pequeña fuente ornamental —envuelta en un vaho que el Investigador había tomado por una vaporización refinada—, estaba claro que también lanzaba un chorro de agua hirviendo, como demostraban las tres carpas japonesas que flotaban panza arriba en la superficie con la carne blanca, cocida y medio deshecha.

La elegancia de aquel cuarto de baño no servía para nada. Era un paraíso calentado con las llamas del infierno. Allí no sólo era imposible lavarse; también lo habría sido secarse, porque no había ninguna toalla ni ningún albornoz. Con todo el cuerpo untado de espesa y pegajosa «LILA MALVA», el Investigador sintió cómo se marchitaba el minúsculo brote de optimismo que había empezado a asomar en su interior. Se inclinó para recoger la sábana, pero, de pronto, una puerta se abrió a sus espaldas y un septuagenario corpulento con un mostacho enorme entró en el baño, pasó junto a él, se sentó en el inodoro, abrió un periódico y se enfrascó en su lectura.

El Investigador no se atrevió a moverse. ¿De dónde salía aquel anciano desnudo, tan desnudo como él, que había pasado casi rozándolo pero sin dar muestras de verlo, y que se parecía como una gota de agua al hombre del llavero de la Empresa, al del retrato inmenso del despacho del Responsable y, lo más probable, también al de las grandes fotografías que adornaban las habitaciones? ¿Se trataba de la misma persona? Era difícil saberlo, porque la gente produce una impresión muy distinta en función de si va vestida o desnuda. De todos modos, ¡qué desfachatez! ¡Era increíble! Aparecer de ese modo y sentarse tan tranquilo en el retrete...

El Investigador se disponía a afearle aquella actitud, cuando cayó en la cuenta de que quizá era él quien se había equivocado de estancia. ¿Y si aquel cuarto de baño no era el suyo? Al fin y al cabo, ¿no había tenido que emplear toda su fuerza y todo su ingenio para abrir la puerta, sin duda bloqueada a propósito? ¡Pues claro! Estaba donde no debía. ¡Tenía que irse, y de inmediato, antes de que el anciano advirtiera su presencia y pusiera el grito en el cielo!

El hombre estaba absorto en la lectura del periódico y una sonrisa beatífica le iluminaba el rostro arrugado. El Investigador se incorporó muy despacio. Luego, con la misma lentitud y de puntillas, centímetro a centímetro, se dirigió hacia la puerta. Pero no pudo abrirla. No se atrevió a insistir por miedo a alertar al anciano, que seguía leyendo sin prestarle atención. Así que su única vía de escape era la otra puerta, la misma por la que había entrado aquel hombre. Estaba justo enfrente de la puerta a la que con tanto sigilo acababa de llegar, a costa de un doloroso esfuerzo de los dedos de los pies, en especial de los del derecho, el que se había escaldado y se le había puesto escarlata. Pero no tenía elección. Por eso, embadurnado de «LILA MALVA», reinició la marcha y, deslizándose penosamente por el suelo de mármol, llegó a la otra puerta, la abrió sin hacer ruido y desapareció.

La habitación que cruzó casi a la carrera era muy distinta de la suya y, al igual que el cuarto de baño del que acababa de salir, enorme, confortable y lujoso, reflejaba un gran refinamiento. Apenas tuvo tiempo de ver un gran baúl de viaje, abierto, con cuatro o cinco trajes confeccionados con una tela cálida y cómoda, un tweed verde y beis, así como un puro enorme que se consumía en un cenicero y cuyas volutas azuladas se entretejían en el aire acondicionado de la habitación.

Envuelto en la sábana, el Investigador se vio de nuevo en el pasillo. O, mejor dicho, en «un pasillo», como comprobó enseguida. Uno que no conocía pero que, por suerte, se encontraba vacío. ¿Dónde estaba su habitación? ¿A la derecha? ¿A la izquierda? Por sentido común, debería haber estado a la izquierda, pero, como en aquel hotel el sentido común brillaba por su ausencia, lo más probable era que estuviera a la derecha. Probó suerte en esa dirección. Sin embargo, los números que iba leyendo en las puertas a medida que avanzaba cojeando con el pie derecho escaldado —765, 3, 67B, 5674, 1.6, A45718, BTH2Z— no lo ponían sobre la pista de su habitación en absoluto. Retrocedió, pasó ante la del anciano —la 00000@00000— y comprobó que la suya, la 93, estaba justo al lado. Eso le pasaba por buscar cosas razonablemente rocambolescas. Entró.

La situación era catastrófica: la silla de madera había acabado cediendo bajo la presión de la cama. Ésta había volcado y arrancado a su paso tanto el teléfono del techo como el tubo fluorescente. Había destrozado también la mesita de noche y había partido la puerta del armario, que, desestabilizado, se había derrumbado sobre un costado y había dejado bloqueada la puerta del cuarto de baño del anciano.

Exhausto, el Investigador se dejó caer en el suelo, se acurrucó y, entre unos espasmos nerviosos, inclinó la cabeza hacia las rodillas. Convencido de que su situación no tenía salida, quiso llorar, pero sus ojos se negaron, como si también ellos se hubieran puesto del lado de quienes disfrutaban atormentándolo. Le habría gustado desaparecer. Sí, dejar de existir. Qué extraña es la voluntad humana en ocasiones... Pese a temer a la muerte, a veces la contemplamos como la solución a todos nuestros problemas sin comprender que en el fondo no soluciona nada. Nada en absoluto. No tiene por qué. No es ésa su función.

El Investigador notó un contacto frío en el muslo derecho y abrió los ojos: era el tubo de pastillas del Policía. Lo cogió y se quedó mirándolo unos instantes, pero sin conseguir elaborar ninguna idea al respecto. Lo abrió, se metió todos los comprimidos en la boca y empezó a masticarlos. Sin agua, tenían un sabor agradable y fresco a hierbas aromáticas. Los redujo a una pasta un tanto amarga, hasta que por fin pudo tragársela y hacerla descender hasta el estómago.

La habitación parecía un campo de batalla en miniatura. Pero ¿de qué guerra? Y, si se había librado una, ¿quién había sido el vencedor y quién el vencido? El Investigador se imaginó la factura que la Giganta no olvidaría presentarle. Sin duda, se comería buena parte de sus ahorros. Todos, quizá. Curiosamente, la perspectiva no lo angustió. Invertía dinero sin saber muy bien por qué, sin tener siquiera el deseo de utilizarlo. Al finalizar el año, iba a ver al Gestor, que, con la ayuda de unos gráficos y diagramas, le indicaba los sitios más estables en los que acomodar su capital, para que dormitara tan apaciblemente como un animal de compañía y, rodeado de todo el afecto y los cuidados necesarios, se reprodujera en las mejores condiciones. El Investigador no entendía gran cosa, pero siempre acababa mostrándose de acuerdo con lo que le proponían. Así que se moriría con unos ahorrillos, como muchos de sus contemporáneos. Sin embargo, de pronto se dio cuenta de lo absurdo que era ese comportamiento. Si tenía un poco de dinero, ¿por qué guardarlo? ¿Para quién? Al menos que sirviera para algo. ¿Y por qué no para pagar los platos rotos?

Como para ilustrar la singularidad de aquellas nuevas ideas que ahora ocupaban su mente —sin duda, poco acostumbrada a realizar tantos esfuerzos—, el Investigador se levantó de un salto, cogió el maltrecho respaldo de la silla y, empuñándolo con decisión, acabó de destrozar el cuarto: hizo añicos el fluorescente, machacó la cubierta de plástico del teléfono, despanzurró el armario, el colchón y la almohada, y se apoderó de los restos de la mesita de noche y los lanzó contra la ventana, cuyos cristales aterrizaron en mil pedazos sobre la cama descuajeringada. Cuando acabó de destruir todo lo que seguía intacto en la habitación, se detuvo, jadeando, pero feliz como un niño.

Se sentía electrizado por la violenta energía que surgía de unas profundidades insospechadas. Por primera vez en su vida, se había dejado llevar de forma gratuita, y no sentía el menor remordimiento. Al contrario: al imaginarse la cara que pondría el Policía cuando le mostraran aquel campo de batalla, se rió a mandíbula batiente. Estaba decidido a tomar de nuevo las riendas de la situación, fuera cual fuese. Tenía que hacer una investigación, y la haría. No permitiría que unos cuantos individuos que estaban más o menos chiflados, un hotel inverosímil, un viejo impúdico, una ciudad hostil y una simple empresa, aunque fuera la Empresa, se lo impidieran. Destrozar la habitación era afirmar su libertad. «La Historia —se dijo— sólo pisotea a quienes se lo permiten.»

Con la ayuda de la sábana, se limpió lo mejor que pudo la capa pringosa que le había dejado el «LILA MALVA» por todo el cuerpo, convertida ya en una costra blancuzca y agrietada. Luego abrió la maleta para coger ropa limpia. El hecho de que contuviera un taladro, un juego de brocas para metal, otro para madera y un tercero para cemento, así como cinco bragas, dos sujetadores, una Biblia en holandés, un pantalón de chándal verde manzana, unas botas de goma, un vestido de lana amarillo canario y tres pañuelos —que reconoció como suyos— no mermó un ápice su vitalidad recién reconquistada. El Botones que había vaciado su anterior habitación, y

sin duda otras muchas, debía de haber confundido las pertenencias de varios clientes y las había redistribuido al azar entre las diversas maletas.

Sin el menor reparo, el Investigador se puso unas braguitas de tergal de color rosa, transparentes y adornadas con un volante de encaje negro y fino, el pantalón de chándal y el vestido amarillo —que cortó a media altura y se convirtió por arte de magia en un jersey cómodo y cálido—, y luego se calzó las botas de goma. Tras unos instantes de duda, decidió dejar el taladro en la maleta, pues se dijo que sólo sería un estorbo. Alguien había colgado su gabardina en el perchero de detrás de la puerta. Estaba limpia, planchada y protegida por una bolsa de plástico. Una experta y solícita mano había cosido el bolsillo roto y el enorme desgarrón. Habían sujetado un papel a la gabardina con un alfiler: «Con los mejores deseos de la Dirección.»

El corazón le latía a cien por hora. De pronto sintió unas descargas eléctricas que le contraían los músculos de todo el cuerpo, incluidos los de la cara y los párpados. Era una sensación deliciosa. Aquél iba a ser un gran día. Estaba seguro. Ya no era el individuo insulso, débil y apocado que había sido víctima de una serie de acontecimientos que no entendía en absoluto. Ya no era el Investigador, sin más. Se había convertido en un héroe. Se había liberado, rebelado, alzado con el poder que se le negaba. El ratón iba a comerse al gato. La química había obrado un milagro en él.

Salió de la habitación. El pomo de la puerta, que había cerrado de golpe, se le quedó en la mano. Lo hizo saltar sobre la palma unos instantes, con despreocupación, como si fuera una fruta que se disponía a devorar, y después lo lanzó a sus espaldas y, silbando, bajó de dos en dos los traicioneros peldaños de la escalera y se dirigió al comedor.

—¿Es usted el de la noventa y tres? —le preguntó un camarero vestido con una chaquetilla blanca y un pantalón negro.

—¡Así es! —se oyó responder el Investigador con la voz renovada.

El Camarero lo invitó a que lo siguiera con un gesto.

El comedor volvía a estar lleno de gente, y el Investigador no tardó en darse cuenta de que no era la misma de la mañana anterior. Había muchas familias con niños de todas las edades, incluso recién nacidos, pero también personas muy ancianas vestidas de forma muy humilde, la mayoría con indumentarias poco corrientes: los hombres llevaban unas capas amplias que arrastraban por el suelo, unos chaquetones enormes forrados de cuero raído o unos anoraks descoloridos y sin mangas; y las mujeres, unos abrigos negros y cónicos abotonados por delante y hasta los pies. Unos y otros se cubrían la cabeza con pañoletas, gorros de esquí tejidos a mano, gorras de piel, bonetes de fieltro, boinas mugrientas, bombines pasados de moda...

Todos sujetaban petates, bolsas de deporte de escay deformadas, cajas de cartón atadas con cordeles, bolsas de plástico enormes —algunas remendadas con unas tiras anchas de cinta adhesiva marrón— o maletas viejas de cartón que parecían a punto de reventar... Y la mayoría tenían los mismos rasgos físicos: estatura baja, rostro anguloso, nariz prominente, tez aceitunada o muy oscura, pelo negro y rizado y unos cercos violáceos en los ojos que aún hacían más evidente su extenuación.

Eran un amontonamiento de cuerpos.

El Investigador no salía de su asombro. Había mucha más gente que el día anterior. La sala estaba llena a rebosar. Pero lo más sorprendente era que reinaba un silencio sepulcral, como si el cansancio hubiese sellado los labios de todos aquellos hombres, mujeres, ancianos y niños, y los hubiera privado del deseo de comunicarse.

Parecían campesinos u obreros, braceros, jornaleros de otro siglo, bestias de carga cuyo cuerpo, constantemente sometido a la ley del trabajo y las privaciones, había acabado conformándose con los huesos y la poca carne que los recubría. Todo en ellos hablaba de la pobreza y la penuria, así como del miedo que su condición, sufrida sin duda durante décadas, si no siglos, había terminado depositando en lo más profundo de sus gestos y sus miradas, como un rasgo genético contra el que de nada sirve luchar. El sufrimiento había dejado la misma huella en todos aquellos seres. Aun así, nada permitía identificar su origen —el país exacto del que procedían— de forma inequívoca.

La mayoría se apretujaba alrededor de las mesas, pensadas para cuatro. A falta de sitio, los niños, escuálidos, descansaban en las rodillas de los adultos, que no eran mucho más altos que ellos. Todos mordisqueaban biscotes. Y, junto a los biscotes,

que el Investigador reconoció al instante, porque eran los mismos e infectos biscotes que había tenido que comerse la mañana anterior, les habían servido las tazas pequeñas de café, apenas llenas de aquel brebaje inmundo cuyo simple recuerdo le provocó náuseas. Por lo visto, toda aquella gente, que, fueran cuales fuesen su edad y su sexo, mostraba una extenuación inhumana, gozaba del mismo tratamiento: un régimen estricto.

—¿Turistas? —preguntó el Investigador.

—¿¡Bromea?! —exclamó el Camarero—. ¿Turistas, esa gente? ¿Los ha visto bien? ¿Los ha oído?

—No hable tan alto, por favor, podrían oírlo... —le susurró el Investigador.

—No nos entienden, no son de aquí. Ni siquiera sé qué idioma hablan... El nuestro, desde luego, no. Son Desplazados.

—¿Desplazados?

—Sí, Desplazados.

Como el Investigador parecía desconcertado, el Camarero creyó conveniente añadir:

—Pero ¿¡en qué mundo vive usted?! Hace meses que los expulsan en manadas, pero siempre acaban volviendo, y cada vez son más. ¿Se ha fijado en la de hijos que tienen esas mujeres? Si pudiéramos librarnos de ellos, lo haríamos encantados, pero el Servicio de Acompañamiento requisa el Hotel un día sí y otro también. Mírelos. ¿Le parecen desdichados? Son diferentes, eso es todo. Y yo odio la diferencia. Y adoro los desinfectantes. Usted, por ejemplo, huele muy bien, así que me cae simpático. Bueno, su sitio es éste: he conseguido reservarle una mesa. La Dirección me ha pedido que le transmita sus disculpas por someterlo a este espectáculo y obligarlo a soportar este hedor. Enseguida le traigo su desayuno.

El Investigador se acercó al sitio que le había indicado el Camarero: una mesa con cuatro sillas vacías. A su alrededor, todas las mesas estaban ocupadas por familias enteras, hombres y mujeres apretujados unos contra otros, pero el lugar en el que se encontraba él era como un islote protegido o prohibido. El mismo espacio del que disponía para él solo correspondía, unos metros más allá, a una veintena de personas que, en consecuencia, estaban instaladas con la mayor de las incomodidades. Sin mirar demasiado a la gente que lo rodeaba, el Investigador se sentó, bajó la cabeza y esperó.

Por más que se esforzaba, no recordaba haber oído hablar de aquel fenómeno. ¿«Desplazados»? Desde luego, no ignoraba la existencia de determinados movimientos de población, ni la atracción que su continente ejercía sobre un gran número de individuos. Pero ¿Desplazados...?

—¿La noventa y tres?

El Investigador no pudo seguir reflexionando. Dos Camareros esperaban frente a él. Habían pronunciado el número de su habitación a la vez. El Investigador asintió con la cabeza. Con una coordinación perfecta, los Camareros dejaron sobre la mesa

dos bandejas grandes, le desearon buen provecho y desaparecieron entre la Multitud, que se abrió ante ellos con dificultad, aunque volvió a cerrarse al instante, como dos manos que tratan de conservar el calor en el hueco de las palmas.



Cuatro lonchas gruesas de beicon, tres salchichas blancas, dos salchichas a las finas hierbas, una tortilla de jamón, cuatro huevos pasados por agua, seis filetes de arenque en escabeche, pepinillos en salsa agridulce, salmón ahumado espolvoreado con eneldo, albóndigas de reno, una tarrina de paté, un surtido de quesos, un cesto con bollería, un cuarto de kilo de mantequilla, tostadas, pan de anís, pan de amapola, pan de sésamo, miel, membrillo, mermelada de rosa, tarta de queso, una jarrita de zumo de manzana, un cuenco de macedonia de frutas frescas, plátanos, melocotones, fresas, una pina, cinco kiwis, una tetera enorme con un té negro humeante y otra con té de bergamota... ¡Y ni un solo biscote! ¡Ni una gota del café asqueroso! El Investigador no daba crédito a lo que veía. A tantas exquisiteces amontonadas en su mesa, la mesa del hambriento, del famélico... Ante semejante banquete, se le iba la cabeza, se sentía como borracho, no sabía por dónde empezar... Pero tenía que hacerlo, entre otras cosas porque temía que los Camareros cambiasen de opinión o se dieran cuenta de que se habían equivocado y volvieran para llevarse las bandejas.

Se abalanzó sobre los cruasanes, la tortilla, las morcillas a las finas hierbas, el pan de amapola... Se metía la comida en la boca con los dedos, se la tragaba sin apenas masticarla, se atragantaba, se servía taza tras taza de té caliente, que se bebía de un trago, hundía los dedos en la miel, cubría un filete de salmón ahumado con trozos de membrillo, mojaba una caña de chocolate en el tarro de paté, rebañaba la salsa de los arenques con el beicon, se limpiaba los labios con una tostada, que luego devoraba, se zampaba dos plátanos a la vez, mordisqueaba una albóndiga de carne de reno... Sentía que el estómago se le llenaba como un granero en época de cosecha. Sonreía mientras se atiborraba, engullía sin remilgos con la cabeza inclinada sobre los platos, los tazones y los cuencos, olvidándose de los buenos modales, sin importarle lo más mínimo que la salsa le resbalara por la barbilla, las manchas le salpicaran el jersey o que le cayera pringue por los dedos, convertidos ahora en un par de pinzas grasientas. ¡Y pensar que había pasado hambre, un hambre canina! Qué recuerdo tan lejano... Sonreía y seguía embuchando.

—¿Le apetece algo más?

Era el primer Camarero. Al oír su voz, el Investigador alzó la cabeza.

—No, todo está perfecto —respondió, señalando la escabechina que ya había hecho en las dos bandejas.

—Si quiere algo más, no dude en pedirnoslo —insistió—. Estamos aquí para eso.

Hizo una reverencia, dio media vuelta, se abrió paso a codazos y desapareció tras la cortina de cuerpos que se habían arremolinado en torno a la mesa del Investigador. Era una muralla humana, una que ahora estaba a tan sólo unos centímetros de él. Una pared de ojos, manos, bocas, caras muy juntas, un muro implorante de Desplazados

que lo observaban. Estaba rodeado: viejos, jóvenes, hombres, mujeres, niños y adolescentes, pegados unos a otros, subidos unos encima de otros, en hileras de distinta longitud y de tres o cuatro capas superpuestas, en una especie de osario viviente. Lo miraban, y sus ojos desorbitados transmitían su hambre atroz, sus ganas de comer y, quizá, también de matar por una rebanada de pan, un trozo de salchicha, una rodaja de huevo duro...

El más próximo a él era un niño. Tendría unos cuatro, cinco, o incluso diez años, pero estaba tan delgado que carecía de edad. El Niño miraba al Investigador. Era un ser humano pequeño apenas vivo, casi un muerto en realidad, y su barriga, enormemente hinchada, chocaba con la mesa rebosante de comida. No pedía nada. Se limitaba a clavar sus ojos vacíos en el Investigador. Lo miraba desde el fondo de su exilio. Ya no era sólo el Desplazado. También era el Testigo.

El Investigador dejó caer el trozo de salchicha que tenía en la mano. Ya no le entraba. Incluso le costó tragar lo que aún estaba masticando. Tenía el estómago revuelto. Se ahogaba. Toda aquella gente estaba tan cerca... Demasiado. Apenas podía respirar. Y el Niño le clavaba la mirada, como los otros, pero más. Algo en sus pupilas se clavaba en el alma del Investigador como el buril de un grabador en una placa de cobre, un buril que escribía en su alma preguntas, interrogantes...

Ya no se oía nada. El Investigador se quitó la servilleta enorme que se había anudado alrededor de cuello, la dejó caer sobre la mesa, que seguía llena de comida, y se levantó despacio.

Con lo bien que había empezado todo...

—¿Ya nos deja? —le preguntó el Camarero con el que se cruzó al salir, después de avanzar entre la muchedumbre de Desplazados, que se había ido apartando poco a poco para dejarle paso, como ante un Dios o un leproso.

El Investigador ni siquiera respondió. Se sujetaba el estómago con las dos manos y apretaba los dientes. Tenía ganas de vomitar, pero sentía que no podría echarlo todo, devolverlo todo. «Porque es imposible devolverlo todo —pensó—. Imposible.» Como seguramente es imposible ser feliz en un sitio sin robarle la felicidad a alguien que está en otro. Temblaba. Se sentía tan pesado como un hipopótamo, el pie escaldado le rozaba en la bota y, para colmo, ahora se las daba de filósofo. Un filósofo de pacotilla, sin talento, que llevaba unas braguitas rosas y un pantalón de chándal verde manzana y rumiaba ideas manidas, tan gastadas como las ollas viejas en las que desde hace siglos se hierva siempre la misma sopa.

Estaban llamando a la puerta del lavabo en el que se había encerrado.

Apenas le había dado tiempo a salir del comedor, cruzar el vestíbulo de recepción, ver una puerta con el rótulo «SERVICIO DE CABALLEROS» en la que hasta entonces no se había fijado, entrar a toda prisa y vomitar todo lo que acababa de comer. De hecho, aún estaba a cuatro patas con la cabeza medio metida en la taza del inodoro. Llamaban con insistencia.

—¡Un momento! —consiguió farfullar.

Su voz resonaba como en una cueva. Se levantó como pudo, se limpió los labios con papel higiénico y descorrió el pestillo.

—¡Vaya por Dios!

Tenía enfrente al Policía, que iba enfundado en una bata malva con lunares blancos; en una mano llevaba un cepillo para fregar y, en la otra, un cubo azul lleno de bayetas y productos de limpieza.

—Perdone, no me encontraba muy bien... —dijo el Investigador con voz quejumbrosa.

El Policía se fijó en su indumentaria, pero no hizo ningún comentario.

—No se preocupe, no he roto ni manchado nada. Compruébelo usted mismo.

De pronto, el Policía torció el gesto.

—No le he preguntado nada. Estaba preocupado por usted. Lo he visto entrar a toda prisa en el lavabo mientras estaba terminando un informe. Tenía la puerta del despacho entornada, porque ahí dentro no corre el aire, y va usted y se comporta como si yo estuviera interesado sólo en el ejercicio de mis funciones... ¿Qué se cree, que es el único al que le importan las desgracias ajenas? ¿Que la salud y el lamentable estado físico en el que se encuentran los Desplazados no me preocupan tanto como a usted? Soy policía, pero también un ser humano, y, aunque no vomite el desayuno como usted, la situación de esa gente me conmueve. Le aseguro que hago todo lo que está en mi mano para que su Desplazamiento sea lo más rápido posible y regresen cuanto antes al lugar al que pertenecen y del que nunca debieron marcharse. Ahora, apártese, tengo trabajo.

Y, dicho esto, se enfundó unos guantes de goma rosa y empezó a frotar con energía el interior de la taza del váter con un estropajo, tras rociarla con un líquido amarillo que olía a lejía y a pino.

—Usted no es policía. Este hotel no es un palacio. Esto no es la realidad. Estoy en una novela, o en un sueño, y encima ni siquiera es uno de los míos, sino el de otra persona, alguien retorcido, perverso, que se divierte a mi costa.

El Policía se levantó, lo miró fijamente, se quedó pensando y dejó caer el estropajo en el cubo, lo que produjo un ruido extraño, como un sollozo breve. Luego

se quitó los guantes dedo a dedo, sin dejar de observar al Investigador.

—Sígame —le dijo sin brusquedad, de un modo casi afable.

El Investigador, sorprendido aún por sus propias palabras y por el tono que había utilizado, estuvo a punto de disculparse, pero optó por callar y obedecer.

—Supongo que se disponía a salir hacia la Empresa para continuar con su investigación...

El Policía se había detenido en la puerta del Hotel. Hacía una mañana idéntica a la del día anterior. Espléndida, bañada por una luz dorada y rebosante de intensa actividad humana. Una multitud densa y compacta ocupaba ambas aceras, y la calzada había desaparecido bajo una ola de vehículos que circulaban al paso, pegados unos a otros, sin que a ningún conductor pareciera importarle la lentitud con que avanzaban.

—Benigno por la mañana, feroz por la tarde.

—¿Perdón?

—Me refiero al clima —aclaró el Policía—. Al principio, a mí también me sorprendió. Cuesta comprenderlo. A primera hora del día corre un aire primaveral, casi veraniego, y, a media tarde, sin excepción, nieva y hace frío, un frío que te agrieta la piel durante las últimas horas de luz, para acabar con una noche precoz que cae como una guillotina. Podría ser una metáfora de la vida, pero yo no soy el Poeta, sólo soy el Policía.

»Se fija usted demasiado en las apariencias. Me pregunto cómo puede llevar a cabo una investigación, sea cual sea, siendo tan poco perspicaz. Me ve con una bata de mujer de la limpieza y un cepillo en la mano, y saca conclusiones precipitadas. Y, como mi despacho provisional parece el cuarto de las escobas, se dice que soy un simple empleado de la limpieza que ha perdido la razón... ¡No, no lo niegue! Es lo que pensó, me lo han dicho. ¡Qué falta de imaginación! Incluso podría haberme ofendido. Y también podría haberlo detenido de inmediato; motivos no me faltan desde ayer. Podría haber utilizado mi poder, discrecional e ilimitado, y haberlo sometido a algún tipo de tortura; pero yo creo en las virtudes de la pedagogía. Sígame.

El Policía cruzó la acera con una facilidad pasmosa. La Multitud se dividió al instante en dos mitades. Al verlo aparecer, hombres y mujeres se apartaron, se empujaron para dejarle paso. Nadie lo rozó siquiera. Tras llegar al bordillo sin el menor esfuerzo, se volvió para comprobar la reacción del Investigador, que lo miraba boquiabierto, como si acabara de presenciar un milagro. Al advertirlo, el Policía le sonrió y se encogió de hombros, como queriendo decir que aún no había visto nada. Entonces se dio la vuelta hacia la calzada y se limitó a levantar un brazo al tiempo que ponía un pie en el asfalto. Todos los coches se detuvieron al instante. Fue un espectáculo asombroso. Como si un mar se partiera de repente en dos, apartando las olas a un lado y a otro y dejando al descubierto sus fondos rocosos —en este caso, un vulgar revestimiento asfáltico surcado de rodadas—. El Policía cruzó la calzada en

cuestión de segundos y llegó hasta la otra acera, donde, una vez más, la Multitud lo evitó con la mayor consideración.

—¿Necesita alguna otra prueba de que realmente soy el Policía?! —gritó desde el otro lado al Investigador.

Éste se había quedado estupefacto, y su mente parecía haberse convertido en un mamífero minúsculo que, encerrado en una rueda, la hacía girar a toda velocidad, sin producir más efecto que un movimiento gratuito y un sobrecalentamiento tremendo, sin sentido ni utilidad.

—¡Vamos, venga hasta aquí! —le ordenó el Policía.

El Investigador lo obedeció como un autómata: cruzó la acera y después la calzada bajo la protección del Policía, que vigilaba la maniobra y mantenía inmóviles a peatones y coches con una autoridad serena. Cuando llegó hasta él, cabizbajo y avergonzado, al Policía le bastó un simple chasquido de los dedos para hacer que el tráfico se reanudara.

—Le ruego que me perdone —murmuró el Investigador, compungido, tras un silencio que duró una eternidad.

—No es usted el primero que se confunde. Por supuesto, antes era distinto: las cosas estaban claras. Pero no soy hombre que añore el pasado —sentenció el Policía, magnánimo, estrechando la mano del Investigador, que de pronto se sintió aún más avergonzado y bajó la mirada.

—Tengo que confesarle algo...

—Vamos, ya le he dicho que...

—Es importante para mí —insistió el Investigador—. Necesito confesárselo... Esta mañana he destrozado la habitación. La he dejado patas arriba. Lo he roto todo. No sé qué me ha dado. Era más fuerte que yo, o más bien no era yo. Yo soy tímido y pacífico, pero esta mañana me he transformado en un monstruo, en una bestia violenta. Pensándolo bien, creo que incluso podría haber llegado a matar.

El Investigador seguía mirando al suelo, dispuesto a soportar un largo interrogatorio, una reconstrucción, una detención eterna...

—¡Vamos, vamos! —exclamó el Policía en tono cordial—. ¡Parece que le guste torturarse! ¡Matar, dice! ¡Qué cosas se le ocurren! Mi trabajo me ha enseñado que matar no es tan fácil. No está al alcance de cualquiera. No se ofenda, pero usted no tiene madera de asesino. No es casualidad que lo hayan elegido para ser el Investigador. No lo han considerado apto para ser el Asesino. Manténgase en su papel. En cuanto a la habitación, no se apure. Me la han enseñado mientras usted desayunaba. Se ha empleado a fondo, es verdad, pero ¡ha hecho bien! No era digna de usted. La culpa es de quien lo alojó en ella. No vamos a amargarle la vida por cuatro desperfectos de nada. ¡Asunto concluido! De todas formas, ya he hecho el informe, y el Culpable pagará, ¡eso se lo garantizo!

—Pero ¿quién es el Culpable?

—De eso ya me ocupo yo, yo lo encontraré. Y si no lo encuentro, me inventaré uno. En lo mío soy el mejor. Le prohibo que se preocupe por eso un segundo más; debe cumplir una misión mucho más importante. ¡Usted es el Investigador!

Habían llegado ante el Puesto de Guardia. El Policía había insistido en acompañarlo hasta allí. Él mismo llamó al timbre. Habló con él (¿era el Guardia de la mañana anterior?; en todo caso, físicamente eran idénticos) y le recomendó que tratara bien al Investigador.

—Es amigo mío —le explicó.

La amistad es un regalo raro que el Investigador nunca había recibido. Mucha gente pasa por la vida sin llegar a conocerla, igual que otros nunca conocen el amor, mientras que sentir indiferencia, cólera u odio, o actuar movidos por la envidia, los celos o el deseo de venganza son cosas que les resultan habituales, cotidianas, banales.

Ahí de pie, ante la puerta del Puesto de Guardia y mientras la bata de lunares desaparecía entre la Multitud —y, con ella, el hombre que la llevaba—, el Investigador, acariciando el tubo de pastillas amarillas y azules que le había dado su amigo antes de dejarlo, se preguntó si el Policía pensaba de verdad lo que acababa de decir o si sólo había sido una forma de hablar.

El Guardia lo miraba sonriendo tras la pared de cristal. El Investigador se volvió hacia él y movió la cabeza en la dirección que había tomado el Policía.

—Es amigo mío —afirmó, y al oír su propia frase sintió que una ola de bienestar crecía en su interior y poco a poco le inundaba el corazón, los pulmones, el alma...—. Lo siento, pero todavía no he conseguido recuperar mi documentación —se disculpó.

—No se preocupe, es amigo del Policía —respondió el Guardia—. Voy a avisar al Guía. ¿Sería tan amable de dirigirse a la entrada, por favor?

«Sin duda, esta mañana todo va mucho mejor —se dijo el Investigador—. El sol cumple su papel: hace buen día. Mis interlocutores se comportan de un modo normal. Incluso oigo cantar a los pájaros. El mundo está en su sitio y gira como es debido.»

Apenas una hora antes, el Investigador devoraba kilos de comida bajo la mirada de aquellos exiliados asustados y famélicos a los que estaban a punto de devolver al infortunio, y luego lo vomitaba todo violentamente, invadido por un sentimiento terrible de culpa y vergüenza que no conseguía dominar ni acallar. Se había sentido tan débil y desorientado que incluso había puesto en duda la existencia del universo en el que se movía y la realidad de las personas con las que se encontraba. Pero había bastado con cruzar aquella calle sin dificultad, recibir unas palabras amables de parte de un hombre, el Policía, al que casi no conocía, la sonrisa de un empleado del que lo separaba una pared de cristal, un rayo de luz y la brisa primaveral para que se olvidara del sufrimiento ajeno, el desconcierto, la fiebre, el dolor de la frente, la soledad, la Investigación e incluso el hambre. El Investigador experimentaba el olvido, ese fenómeno que permite a tantos seres humanos no morir demasiado deprisa.

El Vigilante venía a su encuentro. Y no cabía duda de que era el mismo del día anterior. El buen humor del Investigador desapareció de golpe. El recuerdo de la indiferencia arrogante de aquel individuo corpulento oscureció de repente el brillo de aquel día prometedor.

—¿Ha pasado buena noche? ¿Ha dormido bien?

El Vigilante seguía sacándole dos cabezas, continuaba llevando aquel mono paramilitar planchado con esmero y los mismos aparatos de comunicación, ataque y defensa colgados del cinturón, pero lo miraba con simpatía y la boca abierta en una sonrisa de una blancura casi sobrenatural.

—Ayer debí de parecerle un poco arisco... ¿Qué quiere?, es mi trabajo. El suyo es investigar, y el mío, estar alerta, y nadie considera que estás alerta si no pones cara de pocos amigos y llevas todo un arsenal de cachivaches, en el fondo bastante inútiles.

Señaló con las manazas todo lo que le colgaba del cinturón.

—Me paso las horas del servicio acallando mis sentimientos, ocultándolos, ahogándolos antes de que nazcan, cuando ayer, por ejemplo, sólo deseaba una cosa: estrecharlo entre los brazos.

—¿Es... estrecharme entre los brazos? —balbuceó el Investigador.

—No se dio cuenta, ¿verdad? Modestia aparte, soy un buen actor. He estado toda la noche dándole vueltas, reprochándome no haberlo hecho. Qué malos son los remordimientos... Mi vida está llena de remordimientos, y cada vez me cuesta más vivir con ellos. Me miran como si fuera sólo un uniforme, una especie de bruto que hace el trabajo de un bruto... Como si fuera un animal, un simple montón de músculos, una bestia sin cerebro. Pero tengo cerebro y, sobre todo, tengo corazón. Uno que late, que necesita amor. ¿Puede imaginar lo mucho que sufro por la noche, cuando me quito este uniforme y estos colgajos, cuando me quedo solo y desnudo? No hago más que llorar. Lloro desconsoladamente, como un niño al que han castigado o abandonado. Ayer, en cuanto lo vi, sentí que usted podía comprenderme. Sentí que era como yo, que nos parecíamos. ¿Me equivocaba?

El Investigador estaba atónito.

—Dígame, ¿me equivocaba? —insistió el Vigilante en tono de súplica.

El Investigador hizo un gesto vago que podía interpretarse como una negativa.

—Lo sabía. Anoche me juré que, si volvía a presentarse la ocasión, no cargaría con un remordimiento más. Por eso, si no tiene inconveniente, me encantaría estrecharlo entre los brazos ahora mismo. No todos los días tiene uno la suerte de conocer a un investigador, que además es el Investigador, alguien con un papel protagonista, mientras que yo no soy más que un mandado al que se recurre en el último momento y del que se olvidan enseguida, un secundario. Es mi sino. Me he resignado. Lo acepto.

«En el fondo, tal vez sea otra forma de tortura —pensó el Investigador—. La cordialidad exagerada, la amabilidad desmedida, injustificada, ridiculamente hiperbólica, está emparentada con la brutalidad, los malos tratos, la indiferencia, el engaño, el absurdo. Una vez más —se dijo— me están sometiendo a un examen. Se burlan de mí. Me estudian. Sólo soy un juguete cuyo funcionamiento quieren comprobar antes de lanzarlo al mercado. Me observan desde algún sitio, estoy seguro. Pero ¿quién? ¿El Jefe de Servicio? ¿Su Jefe? ¿El Jefe del Jefe del Jefe de Servicio? ¿El Responsable? ¿El Guía, que también es el Vigilante Nocturno? ¿El Policía, que dice ser mi amigo? ¿La Giganta, que maneja el Hotel a su antojo? ¿Dios? ¿Alguien más importante que Dios? Toman nota de todas mis reacciones. No hay duda, estoy en pleno proceso de verificación, en medio de un tortuoso control de calidad realizado por todo un equipo de individuos vestidos de blanco, Científicos, Supervisores, Jueces, Arbitros, y ni siquiera soy consciente de ello. Se supone que soy el Investigador, pero ¿no seré objeto a mi vez de otra investigación, que me



supera por completo y tiene una trascendencia mucho mayor que la que debo hacer yo?»

—¿Entonces? —le preguntó el Vigilante, ansioso.

—Entonces, ¿qué?

—¿Puedo estrecharlo entre los brazos?

Fue una escena extraña de verdad, que, por otra parte, nadie presenció: el corpulento Vigilante con frente de Minotauro atrayendo hacia sí al Investigador endeble, rodeándolo con sus brazos enormes, apretándolo contra su pecho en un abrazo largo, ahogándolo casi, como en un intento desesperado de confirmar la naturaleza de un individuo, su condición de congénere, la pertenencia a la misma especie, la certeza de estar encadenado al mismo banco de la misma galera.

El chisporroteo del auricular del Vigilante puso fin al abrazo. Como llamado al orden, dejó de apretujar al Investigador de inmediato, dio dos pasos atrás y, con una expresión de nuevo seria y arisca, escuchó lo que le decían, mientras el Investigador, que había estado a punto de morir asfixiado, trataba de recuperar el aliento.

Hablaron con el Vigilante largo y tendido. Le explicaban algo. De vez en cuando, él respondía, siempre del mismo modo, repitiendo la palabra «afirmativo» o la expresión «le recibo alto y claro», alternándolas como un malabarista que juega con unas pelotas o unos bolos.

Aquel tipo le sacaba dos cabezas, y el Investigador, mientras lo observaba, se dijo que, a diferencia de todos sus interlocutores, ése era el único joven, alto, fornido y con una buena mata de pelo. Los demás pertenecían al mismo tipo físico, que, por otra parte, era el suyo: bajos, calvos, maduros... Aquella constatación no le sirvió para nada. A veces pensamos cosas a las que no les vemos una utilidad inmediata, y en muchos casos nunca llegan a tenerla. Pero en ocasiones pensar es como poner en marcha una lavadora vacía: aunque permite comprobar que funciona, la ropa que se ha quedado fuera seguirá estando sucia.

El Investigador seguía la línea verde. Hacía lo que el Vigilante le había dicho que hiciera, y el Vigilante le había dicho que hiciera lo que le habían dicho que le indicara hacer. Así que todo estaba claro. Alguien había tomado una decisión, y esa decisión se estaba materializando, como demostraba la escrupulosa trayectoria que seguía el Investigador, que en ningún momento se apartaba de la línea verde, porque ponía una atención extraordinaria en colocar los dos pies en aquella franja, perfectamente trazada en el suelo por un individuo al que en su día le habían encargado pintarla, cosa que había hecho sin intentar comprender por qué le mandaban aquello ni qué utilidad tendría.

El Investigador avanzaba. No sabía hacia dónde, pero no le importaba. Se había metido en la boca todas las pastillas del segundo tubo que le había regalado su amigo el Policía, y ahora las masticaba con deleite, disfrutando de su sabor amargo y de su olor a plantas medicinales.

Pensaba con simpatía en el Policía, en el Vigilante y también en el Guía, que, según le acababa de decir el Vigilante —ésta era otra de las cosas que le habían dicho que le dijera—, estaba afectado por un Impedimento de nivel 6 y esa mañana no podría recibirlo. Cuando el Investigador había preguntado qué era un Impedimento de nivel 6, el Vigilante le había respondido que no tenía la menor idea y que saberlo no formaba parte de sus obligaciones, que se reducían a impedir que una persona no autorizada penetrara en el recinto de la Empresa. El orden no existe sin el concepto de sociedad. Suele pensarse que es al revés, pero es una percepción equivocada. El hombre creó el orden sin que nadie se lo pidiera. Se creía muy listo. Y lo ha pagado caro.

Mientras avanzaba, no muy deprisa, el Investigador se dejó llevar por unos análisis teóricos extraños. También permitió que lo adelantara un grupo de treinta y siete personas —once mujeres y veintiséis hombres— de origen asiático provistas del casco, la bata blanca y la acreditación de «Elemento Exterior», y que, a diferencia de él, seguían la línea roja a buen paso. Le dieron envidia. No porque siguieran la línea roja, sino porque llevaban el casco y la bata. Los echaba de menos. La bata le habría permitido ocultar la gabardina remendada y los pantalones de chándal verde manzana, y el casco le habría dado un aspecto serio, profesional, que ya no creía tener. Pero el Vigilante no había podido hacer nada por él en ese sentido: no disponía de cascos ni de batas. Proporcionárselos a los Elementos Exteriores era cosa de los guías.

El grupo de asiáticos se convirtió en un punto en el horizonte mientras el Investigador seguía avanzando por la línea verde, contento de tener un objetivo. Ya no estaba tan resfriado, pero la nariz, hinchada y roja como el apéndice postizo de un

payaso, seguía escociéndole, el pie escaldado le rozaba en la bota y la brecha de la frente aún le dolía, aunque empezaba a cerrarse y a cubrirse de una costra negruzca, cuya forma recordaba el báculo de un obispo o la cola de un escorpión.

El Investigador caminaba como quien pasea. Parecía que hubiera salido a andar despreocupado una mañana de un domingo de octubre por la orilla de un canal envuelto en una neblina luminosa, cuyos notantes jirones, densos como la estopa, se enzarzarían en las ramas doradas de unos álamos viejos.

Sin embargo, la tranquilidad de su paso era engañosa. En realidad, nada de lo que veía le pasaba inadvertido. Tenía la sensación de que su vista se había agudizado, de que todos sus sentidos estaban más despiertos. La inminencia del comienzo de la Investigación tenía en él el efecto de una sustancia dopante. Su cuerpo, de escasa estatura, músculos endebles y carnes fofas, parecía revigorizado por una energía nueva. Iba a entrar en acción. Volvía a ser él.

Hizo un inventario mental de todos los edificios que veía a su paso. Con una atención extraordinaria a los detalles y una gran ambición en cuanto al plan general, consiguió reconstruir en su cerebro un modelo en tres dimensiones de la zona de la Empresa que atravesaba. No estaba claro que aquel ejercicio acabara siéndole de mucha utilidad en el futuro, pero al menos probaba su capacidad para distanciarse de las contingencias directas y materiales y concebir la esquematización de esas estructuras físicas construidas en distintas épocas utilizando materiales diversos: ladrillos, molibdeno, aceros blandos, revestimientos fotovoltaicos...

Pero ¿qué le estaba pasando? ¿Por qué pensaba en esas cosas? No le interesaban. ¿Quién hablaba en su cabeza? Se detuvo. Estaba empapado en sudor. De pronto se acordó de la Contable de la Oficina. En una ocasión la había oído hablando con una Secretaria sobre unas voces que a veces le ordenaban hacer tal o cual cosa: ponerse zapatos de charol con tacón alto los viernes, comer pollo tres veces por semana, cruzar el parque a la carrera tarareando una canción de moda, asomarse al balcón y enseñarle los pechos al anciano que vivía enfrente... Escondido detrás de la máquina de café, el Investigador había oído la conversación y se había quedado de piedra.

¿Sería también él víctima de unas voces como aquéllas? Por más que aguzó el oído, lo único que percibió fue el rumor de la Empresa, aquella especie de zumbido monótono, semejante al ruido de un transformador eléctrico. Sin embargo, estaba seguro de que aquellas ideas —de las que no conseguía desprenderse— y aquel vocabulario —que le acudía a la mente a oleadas— no eran suyos. Y si alguien, o algo, había empezado a invadirlo insidiosamente, a controlar su cerebro, su cuerpo, sus acciones y sus palabras, ¿cómo iba a volver a ser él mismo, como había pensado hacía un momento?

El Investigador se obligó a dejar de pensar. También dejó de mirar a su alrededor. Avivó el paso y clavó los ojos en la línea verde como si su vida dependiera de ello. Poco a poco empezó a correr sin apartar la vista de aquella cinta, una cinta que representaba el hilo de su vida y su destino, una cinta que veía como un instrumento

de salvación. Corrió aún más. El corazón se le aceleró, respiraba con mayor rapidez, el sudor empezó a resbalarle por la frente, por la espalda, entre los omoplatos, bajo las axilas, por la nuca... Aceleró y siguió acelerando, corrió hasta quedarse sin aliento, corrió como alma que lleva el diablo, con la mirada pegada a la línea verde, y la línea verde sustituyó todos sus pensamientos, absorbió su materia gris, la transformó, la hizo cambiar de color, la tiñó de verdeceledón, de jade, de esmeralda, de verde aceitunado, de verde pino...

El golpe fue tremendo. Galvanizado por las pastillas de su amigo el Policía, el Investigador, que corría a toda velocidad mirando al suelo, acababa de estrellarse, de frente y sin intentar frenar ni siquiera en el último momento, contra la pared de gruesos ladrillos a cuyo pie terminaba la línea verde. Ahora estaba tendido, inconsciente. Con el cuerpo relajado. Con la actividad cerebral en pausa. En la frente, justo donde se había hecho la herida —que había vuelto a abrirse y de la que manaba un hilillo de sangre oscura—, empezaba a formarse algo muy parecido a un huevo de paloma.

La temperatura comenzaba a descender y el cielo se había encapotado. Unas nubes gruesas, pesadas como gabarras, parecían haberse dado cita en él: llegaban de todas partes empujadas por unos vientos ásperos. No tardaron en chocar entre ellas, en aplastarse, en reventar, y las primeras gotas de gélida lluvia cayeron sobre el Investigador, que seguía inconsciente y ni se enteró.

No, esta vez el Investigador no se equivocaba: durante unas horas, lo que vivió fue un sueño. Un sueño de verdad, es decir, una elaboración de la mente cuando está descansando, en paro, cuando, perezosa y sin empleo, en lugar de buscarse uno se recrea en la ociosidad y rechaza todas las ofertas de trabajo que se le hacen. El verdadero sueño, en el que la mayoría de las ocasiones la misma estupidez muestra de forma alegórica las consecuencias nefastas de la inactividad en cualquier individuo.

El Investigador pasaba revista a los Suicidas de la Empresa. Los habían llevado a una sala y los habían colocado en el suelo, tumbados unos junto a otros: veintidós cuerpos y una urna, porque a uno lo habían incinerado.

Los Suicidas seguían exhibiendo los estigmas de su último acto. Siete llevaban una cuerda alrededor del cuello y enseñaban la lengua. Seis tenían la sien destrozada por un disparo de pistola. Uno, la garganta rebanada. Tres presentaban cortes en las muñecas. Dos se habían prendido fuego y estaban carbonizados. Uno, con el rostro lívido, continuaba llevando alrededor de la cabeza la bolsa de plástico con la que se había asfixiado. Y los dos últimos, ahogados en un río, aún chorreaban agua.

Todos estaban muertos y bien muertos, eso era indudable, y aun así seguían con los ojos al Investigador, que pasaba ante ellos una y otra vez examinándolos con una profesionalidad minuciosa. La escena podría haberlo impresionado, pero ni siquiera lo inquietó. Tampoco le extrañaba que los Suicidas respondieran a todas sus preguntas sobre los motivos de su acto, el método elegido, la existencia hipotética de uno o varios intentos previos y las razones del fracaso de los mismos. Hasta ese momento, el Investigador no había prestado demasiada atención a la urna, pero, cuando preguntó quién había muerto por inhalación de gas, fue ella la que respondió, sin que el hecho de que una urna se pusiera a hablar le sorprendiera lo más mínimo.

—Fui yo, caballero.

—Llámeme «señor Investigador», por favor.

—Sí, señor Investigador.

—Así que usted es el del gas...

—Sí.

—Debo hacerle una pregunta: ¿fue un accidente o un suicidio?

—En realidad, las dos cosas, señor Investigador.

—¿Qué quiere decir? Eso es imposible.

—Quería suicidarme —admitió la urna tras una breve vacilación—. Estaba decidido. Pero iba a tirarme por la ventana. No me dio tiempo. La explosión se produjo justo cuando iba a saltar.

—¿En su casa?

—Sí. Me había preparado un café, para darme ánimos. Debí de apagar la llama y cerrar mal el mando. Dudé un buen rato en dar el salto, si me permite la expresión... Entretanto, el gas seguía saliendo. Lo cierto es que no olí nada; siempre tengo la nariz tapada, porque padezco varias alergias que me han amargado la vida desde la adolescencia, sobre todo al polen de avellano y abedul, a los ácaros y a los pelos de gato. Me veo subiendo al alféizar, tirando de la falleba y, de pronto, ¡bum! Luego, nada.

—¿Bum?

—Sí, señor Investigador, ¡bum! Un gran ¡bum! Es el último recuerdo que tengo del mundo de los vivos.

El Investigador meditó unos instantes, observó con detenimiento la urna y se dio cuenta de que los demás Suicidas escuchaban atentamente la conversación, sin duda aguardando sus conclusiones.

—Bien. Eso no cambia nada, puesto que usted quería suicidarse y está muerto.

—Si puedo robarle un poco de su tiempo, permítame decirle que no estoy del todo de acuerdo con usted, señor Investigador —repuso la urna con voz temblorosa—. Es verdad que morí, pero desde luego no como quería. Y le recuerdo que fallecí segundos antes de poder suicidarme. Así que en realidad no fue un suicidio.

—Pero, de todas formas, usted cayó desde la ventana...

Ante las dudas de la urna para responder a eso, el Investigador se dijo que acababa de apuntarse un tanto.

—Sí, eso es innegable, pero... ¿cuál fue la causa de mi muerte, en realidad? ¿La caída? ¿Un paro cardíaco debido al sobresalto que me produjo la explosión? ¿O la propia explosión, que me destrozó los pulmones y el resto de los órganos, y me provocó la muerte de forma casi instantánea o, al menos, antes de que golpeará el suelo con la cabeza?

—Dígame usted. ¿Qué ponía en el informe de la autopsia?

—No me realizaron autopsia. Mi mujer hizo que me incineraran antes de que la policía o la Empresa pudieran solicitarla.

El Investigador estaba desconcertado. En aquel caso era imposible determinar si se trataba de un suicidio o un accidente... El cuadro estadístico que quería añadir a su investigación no preveía aquella eventualidad. Y en el mundo de la estadística no cabe la incertidumbre. El rigor de su trabajo se vería desacreditado, y él mismo sería desprestigiado con dureza.

La urna guardaba silencio. Era evidente que haber puesto al Investigador en un apuro la hacía sentir incómoda. Los Suicidas miraban a otro lado. Todos percibían el creciente malestar del Investigador. El momento se eternizaba, parecía no querer acabar.

Hasta que un dolor insoportable lo libró de él.

—¡No se mueva! Lo haré con suavidad...

Una mujer estaba inclinada sobre él. Nunca la había visto, pero sus rasgos le resultaban familiares: cara redonda y sin edad, pelo fino... Llevaba una bata blanca. Tenía todo el aspecto de ser un médico o una enfermera.

—¿Qué me ha pasado? —le preguntó el Investigador, que, apenas despierto, sintió que el dolor se concentraba en todas las zonas de su cráneo con una intensidad raramente alcanzada.

—Ha chocado con la pared. Suele pasar cuando uno va distraído. La mayoría sólo se hace un chichón, pero, por el golpe que se ha dado usted, supongo que debía de ir corriendo como un poseso. Lo han encontrado inconsciente. De todas formas, ha tenido más suerte que el coreano.

—¿El coreano?

—Fue hace dos meses. Debía de ir corriendo aún más rápido que usted; esa gente pone mucha energía en todo lo que hace. De ahí la fuerza de su economía. El resultado fue un Impedimento de nivel siete.

—¿Es decir?

—La muerte —respondió la mujer sin prestarle mucha atención, mientras le inyectaba un medicamento.

—Me he limitado a seguir la línea... —murmuró el Investigador, pensando en el coreano sin rostro y diciéndose que se había librado por poco de correr su misma suerte.

—El problema es que todo el mundo sigue esa línea sin pensar —explicó la mujer—. Si levantaran la cabeza, verían que va directa hacia la pared. Es la consecuencia de un error de trazado, o tal vez de un intento sutil de sabotaje, eso nunca lo sabremos: el Empleado que la pintó en su día no entendió bien la orden, o no quiso entenderla, y, en vez de hacer girar la línea hacia la derecha para guiar a la gente hasta mi consulta, la dirigió hacia la pared, e incluso la hizo continuar hacia arriba al menos dos metros, hasta el punto más alto que pudo alcanzar con la brocha, y la acabó con una flecha que apunta a las nubes. Su caso, como el del coreano, es extremo, pero le aseguro que he visto a gente que, al llegar a la pared, como no se atrevía a apartarse de la línea, trataba de escalar el muro de cinco metros, que es liso y acaba en una alambrada. Se destrozaban los dedos y se rompían las uñas en el intento. ¿Y para ir adonde? ¿Al cielo? Ya ve hasta dónde puede llegar el condicionamiento de algunas personas en ciertas circunstancias, cuando tienen que obedecer consignas, consejos o directrices.

Todo aquel razonamiento aún era un poco complicado para el Investigador, que, aturdido por el golpe, se había quedado con algunos detalles —la línea truncada por la pared, la muerte del coreano y el Impedimento de nivel 7— y se había deshecho de otros, demasiado confusos para él en esos momentos.

—¿En qué nivel situaría usted mi Impedimento actual?

La mujer lo miró y le palpó la frente, lo que le hizo aullar de dolor. Luego le tomó el pulso y le examinó el blanco de los ojos.

—Nuestra clasificación de los Impedimentos va del nivel uno, que consiste en ausentarse dos minutos del trabajo para ir al lavabo, al siete, que implica la detención irreversible de las funciones vitales del individuo. A primera vista, y sin que evidentemente eso pueda ser utilizado para presentar una reclamación ante una compañía de seguros o una denuncia contra la Empresa, yo diría que sufre usted un Impedimento de nivel tres. Pero le repito que no es un diagnóstico definitivo. Algunas fracturas de cráneo, por ejemplo, no pueden detectarse mediante un examen superficial, lo que no impide que horas después puedan causar una muerte rápida.

En ese momento, el Investigador pensó en el Guía, que según le había explicado el Vigilante había sufrido un Impedimento de nivel 6, de modo que no pudo evitar preguntarle a la mujer a qué correspondía ese grado.

—Parada de las funciones cerebrales.

El Investigador se echó a temblar. ¿Qué podía haberle ocurrido?, se preguntó con un nudo en la garganta.

—Gracias, doctor... —balbuceó.

—Perdone que lo corrija, pero no soy médico, sino psicólogo —dijo la mujer, sonriendo.

De repente, al Investigador le pareció contemplar su imagen en esa sonrisa, como en un espejo, una imagen con un poco de pintura en los labios, un poco de rímel en los ojos y un poco más de pelo.

—Creo que ya se encuentra en condiciones de seguirme —opinó el Psicólogo, que se puso en pie—. Vayamos a mi consulta.



El Investigador se dejó coger del brazo y guiar como un niño enfermo. Salieron de la sala, que podía pasar por una enfermería, y mientras avanzaban se dio cuenta de que, en lugar de la gabardina y el pantalón de chándal, llevaba una simple bata de hospital, de un tono salmón y de una tela fina y agradable, que le llegaba hasta la mitad de los muslos; debía de ser de hilo o algodón, de seda seguro que no, era un tejido demasiado delicado para ese tipo de prenda, aunque el tacto parecía el de la seda, suave y vaporoso. Tenía la vergonzante sensación de estar totalmente desnudo bajo aquella bata, pero no se atrevió a comprobarlo.

Se internaron con precaución por un pasillo con el suelo, las paredes y el techo blancos, y revestidos, al parecer, de un acolchado de espuma que ahogaba el ruido de sus pasos y los hacía leves y mullidos. Cuando habían recorrido unos cien metros, el Psicólogo abrió una puerta a su izquierda. Le señaló al Investigador una silla giratoria, se acomodó en un taburete metálico bastante alto con ruedas y un asiento parecido al de un tractor —como los que usan las peluqueras para moverse alrededor de las dientas—, y se colocó muy cerca de él.

La decoración de la consulta no tenía ningún interés, al menos no el suficiente como para detenerse a describirla, aunque el Investigador se fijó en un detalle: un retrato inmenso del Anciano, con la misma expresión, atuendo y pose que en las fotografías del llavero, las habitaciones del Hotel y el despacho del Responsable. De pronto, sin saber por qué, le entró pánico.

—¿Por qué mira así esa pared? —le preguntó el Psicólogo, a quien no se le había escapado su reacción.

El Investigador, que estaba aterrado, no podía apartar los ojos de la sonrisa del Anciano; de sus párpados caídos, cuyas curvas eran idénticas a las del bigote; del destello —¿burlón, risueño, benévolo, amenazador?— de sus ojos; de sus manos, que, apergaminadas, surcadas de grietas, salpicadas de manchas, eran en sí mismas un concentrado de vejez; de su traje, que lo invitaba a uno a acariciarlo, a acurrucarse en él, a dormirse entre sus pliegues, para hacerse perdonar los errores, las mentiras, los pecados graves y los que no tenían importancia...

—Ese hombre de ahí...

—¿Un hombre? Hábleme de él —le dijo el Psicólogo, que también acababa de mirar la pared.

—¿Cómo?

—Hablaba usted de un hombre... ¿Quién es?

—No lo sé... No lo sé... Tengo dudas...

—Si eso lo tranquiliza, todos las tenemos.

—¿Es el Fundador? —aventuró el Investigador.

El Psicólogo hizo rodar el taburete y, moviéndose de lado, como un cangrejo, se situó frente a él.

—¿El Fundador? —preguntó, perplejo.

—Sí, el Fundador...

El Psicólogo pareció dudar, abrió la boca para decir algo, cambió de opinión y acabó encogiéndose de hombros.

—Si usted lo dice... Bien, ahora, si no le importa, me gustaría que habláramos de usted. ¿Qué le trae por aquí?

Al Investigador le habría gustado tomarse una o dos pastillas de las que le había dado su amigo el Policía, pero el tubo se había quedado en la gabardina, junto con el móvil descargado, y de todas formas estaba vacío. Por cierto, ¿dónde habían metido su ropa? Aunque, la verdad, no la echaba de menos: aquella bata le quedaba mucho mejor y, sobre todo, era más práctica, cómoda y tan fina y agradable como una segunda piel.

Dejando a un lado el dolor de cabeza, procuró ordenar las ideas y hacer un resumen de la situación al Psicólogo: retrocedió hasta su llegada a la Ciudad, recalcó varias veces quién era y qué hacía allí, le habló de sus idas y venidas, de la sensación de estar perdido, de estar siendo manipulado, de las peculiaridades del Hotel, de las diferencias en el trato de un día para otro, del comportamiento hostil y luego amistoso del Policía, del de la Giganta, de las calles desiertas al anochecer, de la sensación de abandono, de aislamiento, del gigantismo de la Empresa, que se extendía por toda la Ciudad —por no decir por todo el mundo—, de la Multitud, que lo invadía todo durante el día e impedía cualquier movimiento, la menor tentativa de desplazamiento individual, a menos que uno fuera policía, en cuyo caso se convertía en un rebaño al que se podía dominar con un golpe de porra simbólico, una mano levantada, una mirada fija, de la hostilidad de las máquinas expendedoras de sandwiches, de la Autorización Excepcional, del salto fallido del Responsable por encima de su escritorio, del Guía, que también era el Vigilante Nocturno, de la habitación 93, que había destrozado a conciencia, de los Turistas, de los Desplazados, de la volubilidad de la meteorología y de la incapacidad de los Arquitectos para diseñar escaleras con peldaños uniformes...

—¿Ha terminado? —le preguntó el Psicólogo.

—Creo que sí. No se me ocurre nada más que añadir, al menos por el momento.

Había estado hablando casi una hora, pero le había sentado bien. Intuía que aquella mujer podía comprenderlo. El Psicólogo dejó el taburete con ruedas y fue a sentarse ante el escritorio. Abrió un cajón y sacó una ficha de cartulina y un bolígrafo publicitario, en el que el Investigador creyó reconocer la imagen del Anciano, aunque reproducida a un tamaño tan pequeño que no se hubiera atrevido a asegurarlo. La mujer garabateó unas palabras que el Investigador no pudo descifrar.

—¿Su nombre, por favor? —le preguntó sin dejar de mirar la ficha, pensando sin duda que la respuesta sería tan rápida que no merecía la pena dirigir la mirada a su

interlocutor.

—¿Mi nombre?

—Sí.

El Psicólogo seguía con la cabeza agachada y la punta del bolígrafo a dos centímetros del papel, lista para escribir el nombre del Investigador.

—Mi nombre... Mi nombre... —murmuró, haciendo un gran esfuerzo para recordar e intentando disimularlo con una sonrisa, que iba transformándose en una mueca extraña muy a su pesar.

El Psicólogo levantó la cabeza despacio y lo miró, pero con una expresión que no reflejaba ninguna emoción, ningún juicio, ni positivo ni negativo. En otras palabras, en esos momentos era imposible saber lo que pensaba del Investigador, del hecho de que vacilara al dar su nombre. Que hubiera levantado la cabeza, es decir, pasado de una postura neutra a otra que no lo era tanto, que exteriorizaba una atención más intensa —¿perplejidad?—, era lo único que indicaba que, en su opinión —una opinión revestida de autoridad, respaldada por sus conocimientos y su ya larga trayectoria profesional, pues no era ninguna jovencita—, el tiempo que tardaba el Investigador en responderle revelaba una ruptura imperceptible con la normalidad.

Mientras tanto, el Investigador se desmoronaba. Comprobaba que las arenas movedizas eran una realidad. Siempre había dudado de su existencia. Hacía mucho que las había metido en el mismo cajón en el que guardaba la lámpara de Aladino, las alfombras voladoras, los cuentos de Sherezade o el cíclope de Simbad. Había oído hablar de ellos, pero nada más. Las leyendas y las fábulas nunca le habían interesado. Podía vivir sin ellas. Se las dejaba a los niños. Y hacía mal.

—¿No se acuerda de su nombre?

El Investigador soltó una carcajada. Una grande, larga y sonora. Y la prolongó todo lo que pudo, confiando en que el Psicólogo se contagiara de su hilaridad, un tanto forzada, y se uniría a su ruidosa alegría. Sin embargo, cuanto más duraba la risa —y, en consecuencia, más falsa sonaba—, cuanto más se esforzaba el Investigador en alargarla, en darle nuevas inflexiones, más impasible parecía el rostro de la mujer, que iba transformándose en una máscara dura, inexpresiva, de una frialdad glacial, tan impenetrable como el granito.

Al final, cuando posó el bolígrafo sobre el papel, el Investigador dejó de reír. Sabía que había perdido. Las ideas empezaron a correr en todas direcciones en el interior de su mente, como criaturas prisioneras en una celda circular que se agitan, se arrojan contra las paredes, chocan, salen despedidas, chillan, se magullan, claman y suplican que las liberen, o que al menos las escuchen. Buscaba. Buscaba su nombre. El que figuraba en su documento de identidad. Le habría bastado una acción muy simple, una ojeada a un pequeño rectángulo de papel plastificado en el que, bajo su fotografía, estaba impreso su nombre. ¿Era posible que lo hubiera olvidado? ¿Sería una de las consecuencias del golpe que se había dado contra el muro? ¡Uno no olvida su nombre así como así! Desde su llegada a la Ciudad, debía de haberlo pronunciado al menos una docena de veces. ¡Eso seguro! Pensó en ello, repasó a todas las personas con las que se había encontrado, que tampoco habían sido tantas, y trató de recordar cómo se había dirigido a ellas. «Soy el Investigador.» «Buenos días, soy el Investigador.» «Deje que me presente: soy el Investigador...» Las frases se sucedían, casi idénticas. El Investigador se acordaba de que siempre se identificaba como el Investigador, que, a fin de cuentas, es lo que era. Pero no con el nombre. Con ninguno. Nunca.

—Soy el Investigador —respondió al fin, encogiéndose de hombros y dejándolos caer de nuevo a modo de disculpa por la obviedad que acababa de decir.

El Psicólogo se levantó del sillón del escritorio y volvió a sentarse en el taburete, que hizo rodar para acercarlo todo lo posible al Investigador. La dureza de su rostro se había suavizado.

—¿Se da cuenta de que, desde el comienzo de nuestra conversación, sólo ha mencionado oficios? —le preguntó con voz amable—. Usted es el Investigador, y me ha hablado del Policía, el Guía, el Vigilante, el Camarero, el Guardia, el Responsable, el Vigilante Nocturno, el Fundador... Nunca emplea nombres, ni el suyo ni el de los demás. A veces se adjudica un número: es el de la catorce, o el de la noventa y tres... Pero en el fondo se trata de lo mismo. Responda a esta simple pregunta: ¿quién soy yo para usted?

—El Psicólogo. Me lo ha dicho usted misma.

—No. Yo le he dicho que era psicólogo, no que fuera «el» Psicólogo. Además, imagino que se habrá dado cuenta de que soy una mujer y, sin embargo, ni siquiera me llama «la» Psicóloga, sino «el» Psicólogo, lo que confirma mi análisis. Usted niega toda humanidad en sí mismo y en quienes lo rodean. Ve a la gente y al mundo como un sistema impersonal y asexuado de oficios, de engranajes, un gran mecanismo sin inteligencia en el que esos engranajes intervienen e interactúan con el único fin de hacerlo funcionar. Cuando se refiere a un colectivo, éste es vago y sin límites: habla de la Empresa, la Multitud, los Turistas, los Desplazados... Entidades nebulosas a las que uno no sabe si tomar en sentido literal o metafórico.

—¡También está la Giganta! —exclamó el Investigador, lleno de esperanza, como si hubiera recordado la dichosa fórmula del SOS justo cuando el barco estaba a punto de hundirse.

—La Giganta... —murmuró la Psicóloga, esbozando una sonrisa como las que solemos dedicar a quien no consigue entender algo pese a disponer de todos los datos para hacerlo—. La Giganta equivale a la Madre, a su madre, y ya está. También podría haber dicho «la Mujer». Otro oficio, de hecho. En cuanto a la exageración que supone el uso de la palabra «giganta», refleja simplemente el sobrecogimiento que parece producirle lo femenino, quizá también la fantasía de dejarse dominar, envolver por la mujer, de regresar, en una especie de parto a la inversa, al gran útero primigenio, ancestral, para huir de un mundo en el que le cuesta conquistar su lugar o mantenerlo.

¡La Giganta, su madre! Su madre, a cuyo útero soñaba con regresar... ¡Aquella mujer estaba loca! La prueba era que él ni siquiera podía acordarse del rostro de su madre.

—Por lo demás, seguro que ésa es la razón por la que lleva ropa interior femenina...

—¿Cómo?

La Psicóloga hizo rodar el taburete hasta un mueble pequeño, abrió un cajón, metió una mano y sacó las bragas rosas con el volante de encaje negro. Las agitó en el aire unos segundos, antes de dejarlas caer de nuevo en el cajón y cerrarlo con un golpecito.

—Puedo explicárselo... —farfulló el Investigador, avergonzado.

—Si no le pido ninguna explicación... No soy el Policía, por hablar como lo haría usted. Las explicaciones debo darlas yo, que me gano la vida con ellas, no usted. Ya que siente tanto respeto por los oficios, no los confunda, por favor. Y, ahora, hábleme de esa famosa investigación. ¿Quién se la encargó?

—El Jefe de Servicio —respondió el Investigador de inmediato, aliviado de poder olvidarse de aquellas bragas de color rosa que estaban de nuevo en el cajón.

—Una vez más, menciona usted un oficio. ¿Cómo se llama su jefe?

—No lo sé. No tengo la menor idea. Entre nosotros siempre lo llamamos «el Jefe de Servicio». Es el Jefe de Servicio y ya está.

—Cuando dice «entre nosotros», ¿a quién se refiere?

—Bueno, ¡pues a los otros Investigadores!

—¿Hay más investigadores?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Pues... ¡no lo sé! Cinco, seis, una docena, cien, quizá más... No tengo ni idea. Esas cosas las sabe el Jefe de Servicio. Yo no tengo por qué.

—Y si le pido los nombres de algunos de esos otros investigadores, usted me dirá...

—Que no los sé. Los veo poco y no hablo con ellos. Procuero concentrarme en mis Investigaciones.

Aquella conversación se estaba convirtiendo en un suplicio. El Investigador se aturullaba con las respuestas, que no eran tales, y lo sabía, lo que lo desacreditaba más aún. Y, además, veía cambiar la expresión de los ojos de la Psicóloga, en los que podía leer la progresiva metamorfosis que se producía en su mente de especialista: poco a poco dejaba de considerarlo un individuo bastante parecido a ella, que se mantenía dentro de los límites de una relativa normalidad, con defectos y manías evidentes, pero, en definitiva, social y humanamente aceptables, y comenzaba a captarlo en toda su singularidad, que iba saliendo a la luz despacio; una singularidad patológica, monstruosa, la de un caso clínico cuyo estudio podía resultar, si no apasionante, al menos muy instructivo.

—Y esa investigación en particular, ¿tenía por objeto...? —dijo la Psicóloga, dejando que la pregunta quedara en suspenso.

—Los suicidios.

—¿Los suicidios?

—Sí, la ola de suicidios que afecta a la Empresa desde hace unos meses.

—No estoy al corriente, y, si alguien debería estarlo en un caso así, soy yo, ¿no cree? ¿Tiene pruebas de lo que dice?

—El Jefe de Servicio no suele bromear. Odia perder el tiempo y hacérselo perder a sus subordinados. Supongo que si me ha enviado a esta ciudad, a la sede de esta empresa, para investigar una ola de suicidios, es porque esa ola se ha dado. Pero es que además... y estoy seguro de que esto le hará gracia, aunque hemos llegado a tal extremo que ya no tengo nada que perder, y menos aún el prestigio... Además, decía, he visto a los Suicidas en sueños y he hablado con ellos, justo después de chocar con la pared. ¡Y puedo asegurarle que ese sueño era mucho más real y mucho más coherente que la mayoría de las cosas en teoría reales que me han ocurrido desde que bajé del tren para meterme en esta parodia de realidad!

La Psicóloga respiró hondo, sonrió, alzó los brazos al cielo y volvió a dejarlos caer sobre las rodillas.

—¡Por supuesto! —exclamó, posando la mano derecha en la espalda del Investigador.

A continuación, empezó a acariciar lentamente aquel hombro caído y blando, que parecía carecer de huesos que lo sostuvieran y estar formado sólo de grasa y músculos fofos, y que era parte de aquel cuerpo maltrecho, que no había comido nada en tres días.

—Me ha convencido —aseguró—. Haré todo lo que esté en mi mano para que pueda llevar a cabo su investigación.

Regresó a su escritorio y escribió una larga carta.

—Esta llave le abrirá todas las puertas —le anunció, mirándolo con benevolencia.

Aliviado, el Investigador pudo relajarse por fin. Se dijo que estaba a punto de iniciar su tarea de una vez por todas. Se sentía confiado, y esa sensación no sólo se debía al tacto agradable de la fina bata, por la que deslizaba los dedos en un sentido y luego en otro con movimientos pausados y suaves, ni siquiera a las pastillas del Policía... No, esos instantes breves de felicidad se los proporcionaba la conclusión a la que había llegado: uno siempre debía poner las cartas sobre la mesa; era la única forma de que te tomaran en serio en la vida, aunque a veces las cartas mostraran figuras absurdas, reyes ciegos, sotas tuertas, reinas sospechosas, que podían desconcertar al más seguro de sí mismo y hacerlo dudar del juego que tenía entre manos. Por suerte, había personas que no se dejaban engañar por las apariencias. Y, mientras pensaba todo eso, contemplaba los rasgos de la Psicóloga, inclinada sobre el escritorio, como contemplamos a quienes nos reconfortan en los momentos difíciles de nuestra existencia.

Al Investigador nunca se le habría ocurrido abrir la carta cerrada que le había entregado la Psicóloga, porque el destinatario que figuraba en el sobre había bastado para disuadirlo, aunque también lo reconfortaba. En efecto, la frase, escrita en mayúsculas por una mano firme que no admitía réplica ni mostraba vacilación, decía: «PARA EL FUNDADOR.»

El Investigador estaba ahora en una especie de sala de espera, a la que la Psicóloga lo había llevado ayudándolo a andar con mucha solicitud, como si estuviera muy enfermo, cuando, en realidad, aparte del dolor en la cabeza, que de todos modos empezaba a atenuarse, su estado general le parecía bastante satisfactorio. El hambre lo había abandonado, y ni siquiera tenía sed.

—Póngase cómodo —le había dicho la Psicóloga—. Voy a... Voy a buscar a... ¿Cómo podría llamarlos para que nos entendiéramos? —Y, mirándolo con el dedo índice apoyado en los labios, se había quedado pensando unos instantes, antes de añadir—: ¿Acompañantes? ¿Qué le parece «acompañantes»?

—¿Acompañantes? ¡Perfecto! —había creído oportuno responder el Investigador, a quien la simple palabra «acompañante» le resultaba tranquilizadora.

—Lo llevarán ante el... Fundador. Estoy segura de que se alegrará mucho de conocerlo.

El Investigador le había dado las gracias y ella se había marchado, dejándolo en compañía de una planta, un dispensador de agua —que estaba vacío— y una pila de revistas colocada sobre una mesita de centro. La habitación, iluminada por una luz cruda, carecía de ventanas. Igual que la consulta de la Psicóloga y los pasillos que habían recorrido, era blanca, completamente blanca, y tenía el suelo y las paredes acolchados con aquel material a la vez blando y elástico que amortiguaba los sonidos y los golpes.

De pronto, al ver el suelo, las paredes y la luz intensa, y al acordarse de las palabras de la Psicóloga y del modo en que lo había mirado y escuchado, el Investigador sintió un malestar extraño, al que al principio no dio demasiada importancia. Era como si una idea arañase una puerta en una casa lejana en la que había decenas de habitaciones y decenas de puertas. O, por describir otra imagen que le acudió a la mente: como si alguien que está en su casa, en un cuarto piso, tiene la sensación de que han llamado al timbre de la puerta de la calle, pero de un modo tan breve, tan suave, que no está seguro de si lo ha oído o se lo ha imaginado. En cualquier caso, lo cierto es que eso cambia su percepción de las cosas, y ahora ya no es el mismo que segundos antes de oír el timbre, real o imaginario, y las acciones que emprenda en el futuro estarán condicionadas, de un modo u otro, por lo que ha oído o creído oír.



Sin duda, aquella sala de espera era demasiado blanca. Exageradamente blanca. Un mundo blanco en el que las formas tendían a desaparecer, igual que los objetos, también blancos, como la silla en la que estaba sentado, la mesita de centro, el dispensador de agua o la maceta de la planta, que de planta no tenía más que el nombre, porque también era blanca, desde el tallo hasta las hojas, lo que le hacía parecer un helécho descolorido... Aunque, si había conejos albinos, ¿por qué no podía haber heléchos albinos?, pensó el Investigador, que, perplejo por un momento ante la singularidad de la planta, se dejó hipnotizar por la blancura que reinaba a su alrededor, en todos los objetos y detalles menores de la sala, como una capa de nieve inmaculada que, con su belleza serena y austera, tuviera la virtud de sosegar la mente y la mirada.

El Investigador cerró los ojos. Pasó del blanco al negro. Y siguió así un buen rato, tratando de aislarse de la blancura que lo rodeaba, porque temía que, si se descuidaba, lo absorbería, lo disolvería, lo haría desaparecer. Procuró no pensar en ella. No dejarse llevar. Él era el Investigador. No podía olvidarlo. Tenía que seguir siéndolo, costara lo que costase.

Ya ni siquiera se sorprendía o se alteraba ante las situaciones a las que llevaba enfrentándose desde hacía días. Al fin y al cabo, la vida está llena de momentos absurdos, inexplicables, que cuesta entender y que quizá no signifiquen nada. Sólo es un caos biológico que intentamos organizar e interpretar. Sin embargo, cuando la organización falla por algún motivo, sea porque ha degenerado, porque se ha quedado desfasada, obsoleta, o porque quien estaba al cargo ha tirado la toalla, el ser humano se ve obligado a enfrentarse de nuevo a acontecimientos, emociones, preguntas, dilemas y revelaciones que se amontonan, como unos bloques de hielo de todos los tamaños que se ven arrastrados por unos violentos aludes hasta formar una pirámide irregular y tambaleante al borde de un gran precipicio.

El Investigador volvió a abrir los ojos y se concentró en lo que tenía en las manos: el sobre con la frase «PARA EL FUNDADOR». Aquello era algo tangible, evidente; poseía la fuerza de un objeto palpable, que existía, cuya materia estaba en contacto con las células de su piel, con las terminaciones nerviosas que había repartidas por ella; unas terminaciones que transmitían la confirmación de la realidad del objeto a la conciencia del Investigador en una millonésima de segundo. ¡Todo lo contrario que esa historia del timbre que sonaba o dejaba de sonar! Pero ¿por qué pensaba en un timbre de repente?

El Investigador apartó esa idea de la cabeza y cogió una revista. En la portada, de papel satinado, no había ni título ni fotografías: era de una blancura virginal. La abrió y la hojeó, cada vez más nervioso. Nada. Todas las páginas eran blancas como la nieve. Cogió otra revista, y otra, y otra, hasta que las hubo hojeado todas. ¡En ninguna había ni una sola letra impresa, ni una ilustración, ni una fotografía, ni un pequeño dibujo! Eran distintas en cuanto al formato, grosor o calidad del papel, pero al mismo tiempo idénticas, porque no contenían nada, sólo un puñado de hojas de una

blancura uniforme, constante, monótona. Pero lo más inquietante, lo que más lo estremeció y angustió, fue que aquellas revistas habían sido hojeadas por decenas, por centenares de manos, como se veía por las esquinas inferiores, pues estaban dobladas, arrugadas, cubiertas por una leve pátina gris. ¿Las habían hojeado, o las habían leído...? Él no veía nada, pero ¿le pasaría lo mismo a todo el mundo? ¿Era víctima de una ceguera parcial o selectiva? Porque ¿quién iba a imprimir, difundir, crear o imaginar revistas blancas? ¿Revistas que no contenían nada, nada en absoluto, y que la gente, gente ociosa, estúpida, condicionada, hojearía de todos modos, para matar el tiempo pasando los ojos por páginas desprovistas de información, de texto, de fotografías? ¿Con qué fin? Eso, ¿por qué iba alguien a perder el tiempo leyendo lo que no existía?

El Investigador volvió a sentirse febril, nervioso, inquieto. Arrojó al suelo la última revista que había cogido y se concentró de nuevo en el sobre de la Psicóloga, que sujetaba entre el muslo y el asiento.

«PARA EL FUNDADOR.» Releyó aquellas palabras tres veces. Y si las leía, era porque estaban allí. Esas tres palabras sí figuraban en el sobre. Podía leerlas, no había perdido la capacidad de distinguir letras manuscritas o impresas a consecuencia del golpe contra la pared o el abuso de medicamentos. Quiso asegurarse y, sin pensárselo más, con un movimiento brusco y torpe, rasgó el sobre y sacó la carta.

Era una hoja de color crema doblada dos veces con sumo cuidado: aún se veían las marcas de la insistente presión de las uñas de la Psicóloga. El Investigador la abrió, la miró, le dio la vuelta, volvió a dársela y siguió haciéndola girar en sus temblorosas manos cada vez más deprisa: estaba en blanco, completa y definitivamente en blanco.

No contenía una sola palabra, un solo trazo.

Nada.

Estaba inmaculada.

En la mayoría de las guerras, y en otras circunstancias menos extremas, los seres humanos han puesto a prueba la resistencia de sus semejantes sometiéndolos a padecimientos físicos y mentales, cuyo refinamiento ha confirmado, siglo tras siglo, la capacidad de la especie para superarse a sí misma en la concepción y la ejecución del horror.

De la simple gota de agua cayendo continuamente sobre la frente del reo, al suplicio de la pera de la angustia, las botas de hierro, la rueda, el descuartizamiento, la inoculación de la gangrena en un miembro sano, la introducción de ratas vivas en la vagina de una condenada, la amputación de las cuatro extremidades, el sol cayendo a plomo sobre la cabeza de la víctima, desnuda y enterrada casi por completo en la arena del desierto, los cien jirones de carne cortados poco a poco con un cuchillo a un individuo vivo, la bañera de agua helada en la que se sumerge a un niño para cronometrar la duración de su agonía, la electricidad como suplicio, la ejecución de una mujer y sus hijos mediante un disparo en la nuca en presencia del marido y padre, la práctica secular y sistemática de la violación, la eventración, el encierro prolongado en condiciones inhumanas, la desnudez impuesta con la finalidad de humillar, el lento degollamiento con un cuchillo mellado y oxidado... De la soledad permanente al convencimiento al que se lleva a la víctima de que es la única responsable de su situación y de las torturas que padece, el hombre ha demostrado ser, no un lobo para el hombre, como se dice en ocasiones —agraviando a los lobos, que en realidad son animales muy civilizados y sociales—, sino más bien lo que podríamos llamar el «antihombre», del mismo modo que los físicos hablan de la «antimateria».

Pero ¿quién quería destruir al Investigador? ¿Quién se divertía machacándolo como a un grano de trigo insignificante cuya mísera harina quería esparcir a los cuatro vientos para siempre? ¿Quién y por qué? Pues ésa era la conclusión a la que había llegado en la soledad insonorizada de la sala blanca. Una conclusión en forma de pregunta doble. Mucho más allá del hambre y la sed, mucho más allá del tiempo, cuyo paso ya no conseguía medir, cada vez más consciente de su relatividad demostrada, mucho más allá de las puras cuestiones de identidad —¿quién era él en realidad?—, el Investigador palpaba poco a poco el vacío en el que flotaba y del que estaba hecho. ¿No se había convertido él mismo en una materia enfrentada a una antimateria en expansión? ¿No avanzaba —despacio o a toda velocidad, eso era lo de menos— hacia el agujero negro que iba a tragárselo? ¿Querían —pero ¿quiénes, quiénes?— obligarlo a echar una ojeada metafórica, radical y definitiva, a su vida, a la vida humana en general?

El Investigador desconfiaba de sus pensamientos, de su capacidad de pensar. A falta de asideros —¿cómo podía agarrarse a la blancura, a unas revistas escritas con letras que habían desaparecido o a una planta que ni siquiera era verde?—, empezó a dudar de que estuviera del todo vivo y, en consecuencia, de que estuviera pensando.

«No pienso, piensan a través de mí, o más bien me piensan. No puedo tomar ninguna iniciativa. Me han hecho creer que tengo que llevar a cabo una investigación, pero en realidad no hay nada que investigar. Me marean, me maltratan, me golpean y luego me acarician, me empujan y después me sostienen... Me colocan y me descolocan, me impiden cruzar una calle y, a continuación, me abren paso, me sonríen, me abrazan, me reconfortan, para arrojarme contra un muro un instante después. Me lavan el cerebro con lluvias torrenciales e intensas nevadas, con heladas y chicharrinas, me matan de hambre y de sed, me atiborran de comida, me hacen vomitar, me humillan obligándome a llevar la ropa que les apetece, impiden que me lave, me emparedan en una habitación, me escuchan con atención para abandonarme a mi suerte al minuto siguiente... ¿Qué sentido tiene todo esto?»

El Investigador habría dado cualquier cosa por poder volver atrás, por estar dentro del rollo de una película para rebobinarse, para hacer una larga marcha hacia atrás que poco a poco lo devolviera al estribo del tren, al delgado rectángulo de metal calado del que nunca debería haber descendido, por estar de nuevo en el compartimento, que apenas recordaba, por volver a encontrarse en el despacho del Jefe de Servicio en el momento en que éste le encargaba aquella misión —pero ¿cuáles eran los términos exactos que había empleado?, le resultaba realmente difícil recordarlos—, en su casa, la mañana del viaje... Sin embargo, se sentía tan cansado que no conseguía visualizar su casa, no podría haberla descrito, ni siquiera podría haber dado la dirección exacta, y menos aún el piso o detalles del mobiliario, el material del suelo —¿moqueta, baldosas, parquet?— o las paredes —¿pintura o papel pintado?—.

En ese preciso instante, que aún podría haberse situado en el tiempo, aunque eso ya no sirviera de mucho, tuvo otra intuición sin fundamento, una idea brillante, aunque condenada a la extinción inmediata, como los fuegos artificiales en el negro cielo de las noches de verano: presintió que todos los sitios en los que había estado, todas las calles por las que había pasado, los muros junto a los que había caminado, los edificios que había visto, el bar del primer día, el Hotel e incluso el Puesto de Guardia, el cono de cristal que albergaba el despacho del Responsable y quizá también la consulta de la Psicóloga, habían dejado de existir —y, en cierto modo, tenía razón—, que en realidad sólo habían existido durante su breve paso por ellos. Y lo mismo ocurría con las personas con las que se había cruzado: también desaparecidas, borradas al mismo tiempo que los lugares que las habían visto vivir, petrificadas en un letargo sin retorno simbolizado por el Impedimento de nivel 6 del Guía. Y que esa desaparición global, completa, irremediable, indicaba tal vez el derrumbe de su memoria, el agotamiento de sus facultades intelectuales y psíquicas,

que ya no le permitían retener nada, y en consecuencia estaba a punto de convertirse en un ser que simplemente ya no es, de compartir el destino de todos los seres que acaban muriendo antes o después, aunque durante toda su vida no hayan dejado de poner en duda esa evidencia implacable.

Sin embargo, la idea de la destrucción de su mente, la conciencia de que la blancura que lo rodeaba y que lo había contaminado todo, paredes y muebles, anunciaba sin duda la blancura definitiva e ilimitada hacia la que avanzaba, esa idea también demostraba que, pese a todo, ¡seguía pensando! Y que la esperanza de sobrevivir, de durar algo más, por poco que fuera, existía. Todas las desgracias que le habían ocurrido, el golpe contra el muro, la obsesión de ver el retrato del Fundador por todas partes y el aislamiento en la blancura, no lo habían destruido por completo. El Investigador estaba haciendo muestra de una gran solidez, incluso en la misma conciencia de su desaparición. Pero ¡cuan doloroso era aquello! Ya no podía soportar la loca carrera que se estaba desarrollando entre las paredes de su cráneo. Y empezaba a tener frío. Mucho frío.

Agarró la fina bata con las dos manos e intentó en vano estirarla, agrandarla, alargarla para que le cubriera el cuerpo un poco más... Sin embargo, lo único que consiguió al tirar del tejido fue desgarrarlo a la altura del hombro izquierdo. Y, justo en ese momento, en el preciso instante en que hacía el gesto muy humano de taparse, de cubrirse el cuerpo desnudo con la prenda, las paredes y el suelo de la Sala de Espera empezaron a moverse, como si ese movimiento estuviera sincronizado con la rotura de la tela, que había emitido un siseo leve, como cuando una cremallera se abre. Y, de pronto, unas fracciones de segundo después, mientras el temblor de las paredes y del suelo aumentaba, estalló un estrépito metálico formado por unos ejes que se sacudían, unas ruedas que giraban, fricciones, golpes y choques, que hizo aparecer en la mente del Investigador una imagen muy nítida del tren que lo había llevado hasta aquella ciudad, un tren cuya antigüedad lo había sorprendido, aunque no demasiado. Sí, de su memoria surgieron ese tren y muchos otros, decenas, centenares, miles de trenes que unían sus máquinas y sus vagones, llenos de viajeros resignados, todos con más o menos los mismos rasgos que el Investigador, todos zarandeados, impotentes, sorprendidos, formando a su pesar la procesión interminable y estupefacta de la Historia humana.

Los bandazos aumentaban en la misma proporción que el estrépito y, a medida que se multiplicaban, las paredes acolchadas parecían transpirar pitidos, martillazos, quizá también voces —aunque de eso no estaba seguro—; transpirarlos literalmente, porque los sonidos se transformaban en gotas de sudor, de un líquido sucio y pegajoso, una especie de resina que se filtraba desde el exterior, atravesaba las paredes blancas y cuajaba en ellas hasta saturar la sala.

Al Investigador le habría gustado reventarse los tímpanos para no oír, reventarse los ojos para no ver, reventarse el alma para no seguir soportando aquella pesadilla, pero no podía. La sala lo lanzaba en todas direcciones, unas fuerzas opuestas lo

aplastaban contra las paredes, lo centrifugaban, lo hacían volar hasta el techo, que se convertía en suelo, en pared y de nuevo en techo, para volver a transformarse de repente en suelo. El Investigador no sentía ningún dolor físico, aunque no paraba de darse golpes. Todo era suave. Los choques quedaban amortiguados y, cuando algo lo alcanzaba —la mesita de centro, la silla, una revista, la planta, blanca como todo lo demás—, tenía la sensación de que no le pasaba nada, de que el objeto lo atravesaba sin producirle ningún dolor ni el menor rasguño. Pensó en los hombres que la Especie enviaba al espacio desde hacía décadas para explorar sus confines o tomar, ridícula y muy brevemente, posesión de él. Recordaba haberlos visto flotando en el aire del habitáculo, haciendo piruetas, aspirando líquidos que permanecían en suspensión en forma de gotitas de distintos tamaños y colores variados, jugando con llaves inglesas ligeras como plumas o con bolas de petanca convertidas en pompas de jabón... Se acordaba de sus voces, lentas, entrecortadas, deformadas por los centenares de miles de kilómetros que habían tenido que recorrer para llegar hasta la Tierra, y de la sonrisa en cámara lenta de aquellos hombres que estaban encerrados en un espacio estanco lejos del mundo, mientras se desplazaban por el universo a velocidades siderales, solos, sin la posibilidad real ni deseos de volver. Sí, recordaba su sonrisa, una sonrisa eterna que ya no tenía nada de terrestre ni de humana, dada su lejanía con respecto al globo azul del que procedían, que había adquirido para ellos el tamaño de una pelota de juguete. De pronto, el Investigador sonrió a su vez y dejó de resistirse.

Un rayo de luz blanco y ardiente caía desde hacía unos minutos sobre el párpado izquierdo del Investigador. Acabó sintiendo su calor y abrió el ojo, pero volvió a cerrarlo al instante, porque era incapaz de mirar directamente a la luz. Trató de abrir el otro ojo, pero tampoco pudo. La luz era demasiado intensa. Movi6 un poco la cabeza y el cuerpo y volvió a entreabrir los párpados. La luz ya no le daba en los ojos, sino en el cuello. Se colaba por la puerta, cuya cerradura había cedido.

El Investigador despertó del todo y miró a su alrededor. La Sala de Espera estaba patas arriba: los muebles se habían volcado, las sillas y la mesita de centro estaban destrozadas, la planta blanca yacía entre los cascotes de la maceta y las revistas parecían las mondaduras de unos tubérculos enormes y clor6ticos. Se levantó y se palpó el cuerpo, esperando que se rompiera en mil pedazos, pero no pasó nada. Sólo se había desgarrado un poco más la bata, que ahora le dejaba al descubierto las dos terceras partes del cuerpo.

Un tanto atemorizado, empezó a abrir la puerta despacio y, cuando vio que no había nada que temer, la empujó con fuerza contra la pared exterior. El sol entró como el agua que escapa por una compuerta que se abre de repente. Así que aquella luz sólo era el sol, el sol, que ahora le daba de lleno... Una bola de fuego de color amarillo pálido y bordes temblorosos que permanecía suspendida en el horizonte, sin que fuera posible saber si iba a alzarse u ocultarse tras él. El Investigador usó las manos a modo de visera y, poco a poco, protegiéndose los ojos, pudo hacerse una idea del lugar en el que se encontraba.

Era una especie de descampado inmenso, polvoriento y llano, sin el menor relieve, en el que se veían agrupados aquí y allá, sin un criterio lógico, contenedores semejantes a grandes caravanas desprovistas de ruedas, cual bruñidos paralelepípedos con carrocerías de acero o aluminio, incandescentes a fuerza de reflejar la luz. También había construcciones desvencijadas, parecidas a unas cajas de cartón grandes y llenas de abolladuras o a unas casetas con paredes de placas de yeso, madera prensada o chapa fina, hundidas en muchos puntos. Algunos contenedores formaban grupos perfectamente alineados, otros estaban colocados con descuido, amontonados, medio montados unos en otros. Un poco más lejos, incluso había algunos boca arriba o tumbados sobre un costado, y aún había otros más aislados en el centro de un espacio que se mantenía prudencialmente vacío, aunque alrededor no había ninguna línea o valla que señalara un límite o frontera. Otros parecían estar ordenados en función de su tamaño, anchura, material, su buen o mal estado... Algunos se veían nuevos, como si acabaran de salir de la cadena de montaje; otros, en cambio, eran más viejos, algo que se hacía evidente en la corrosión de los materiales,

las manchas que los cubrían y las libertades que se había tomado la simetría con el ensamblaje de las paredes.

El Investigador avanzó unos pasos. El calor era sofocante y el sol no se movía. Nada indicaba que fuera a ponerse, pero tampoco a ascender. Era un día en suspenso, canicular, ni una mañana ni una tarde, sólo un instante que se distinguía no por su inserción en el habitual transcurso del tiempo, sino por la invariabilidad de su luz y su calor. La blancura del suelo, cubierto de un polvo que parecía yeso, hacía que el Investigador fuera incapaz de distinguir con exactitud el espacio que lo rodeaba. Conseguía captar el primer plano, aislar las docenas y docenas de contenedores que tenía más o menos cerca, pero, más allá de ellos, y pese a todos sus esfuerzos, no podía ver nada, porque todo desaparecía en la fluctuación temblorosa del aire, que dilataba la atmósfera en fumarolas ingravidas y translúcidas, tras las cuales el paisaje se desmoronaba en un vacío insondable.

La Empresa, y por tanto la Ciudad, no podía estar muy lejos. El viaje en el contenedor no había durado mucho, o al menos eso le había parecido. Pero, en el fondo, ¿qué sabía él?

Estaba casi desnudo y, aunque apenas hacía unos veinte segundos que había salido de la Sala de Espera —así seguía llamando al contenedor desvencijado que yacía con la puerta abierta a tres metros de él, sin duda para convencerse de que todo iba a volver al orden—, ya tenía la frente y el cuerpo cubiertos de sudor. Se sentía extraordinariamente ligero. Caminar no le costaba el menor esfuerzo, aunque lo cierto es que sólo había dado un par de pasos. Lo único que le molestaba era el calor, un calor que nunca había experimentado, porque, además de estar asándolo, le provocaba una cantidad de sudor exagerada, que le resbalaba ya por las piernas, entre los muslos, a lo largo de la espalda y el pecho, por la nuca, los riñones, la frente y, sobre todo, por los ojos, como si se aliara con la luz para cegarlos. De modo que lo poco que veía, lo veía, por así decirlo, cada vez peor.

Con los brazos y las manos extendidos hacia la nada, confiando en vano en tapar aquel sol que se colaba por todas partes, como si los miembros se le hubieran vuelto transparentes, el Investigador buscó una sombra. Pero, aunque caminó en todas direcciones, y en especial alrededor de la Sala de Espera, no consiguió encontrar ni el menor espacio resguardado, lo que se oponía a la lógica y a las leyes de la física, porque si el sol daba en una pared, no podía dar también en la opuesta, y menos estando tan lejos del cenit, inmóvil a dos dedos del horizonte. Fuera como fuese, a esas alturas al Investigador ya nada le extrañaba.

Se detuvo jadeando, se sentó en el suelo —o más bien se arrodilló—, encogió el cuerpo, hundió la cabeza entre los hombros, la bajó todo lo que pudo, se tapó las sienes con las manos y se acurrucó hasta convertirse en un bulto; un simple bulto sobre el polvo, no muy distinto de una piedra grande o de un fardo, sobre el que alguien, de haberlo visto, podría haberse preguntado qué contenía. ¿Y qué contenía



en realidad, aparte de unas decenas de kilos de carne maltrecha y sudorosa habitada por un alma maltratada, vacilante y exhausta?

Al Investigador no le quedaban lágrimas. No podría haber llorado aunque hubiera querido. Toda el agua de su cuerpo se convertía en sudor. Gimió. Volvió a gemir. Intentó esconder aún más la cabeza entre los brazos y el torso, para protegerla del sol. Su gemido se transformó en un grito débil, relativamente ahogado al principio, que fue creciendo hasta convertirse en un gruñido, en un rugido alimentado por los restos de una energía que presentía su agotamiento, para acabar explotando en un aullido largo, supremo, poderoso, animal, que habría dado escalofríos de no hacer tanto calor.

A veces, en los zoológicos, los gritos de los grandes monos o de los pavos reales despiertan a los demás animales y, en plena noche o durante las horas más apacibles de la tarde, cuando todo duerme y nada lo hace presagiar, se desencadena una protesta ruidosa, una especie de tormenta viviente formada por centenares de voces y sonidos entremezclados que estallan en un trueno de graves y agudos, de chillidos entrecortados, de bramidos largos, de gañidos, de alaridos, de bufidos y pataleos, de golpes en barrotes, de verjas que se agitan, de aullidos, de mugidos... Una tormenta que estremece a los visitantes y los sume en una pesadilla angustiada porque son incapaces de distinguir el origen exacto de cada uno de los sonidos que los asaltan, los paralizan, los ahogan y les impiden huir de un guirigay que se convierte en un verdadero suplicio.

De pronto, cuando el Investigador aún estaba lanzando su escalofriante grito, en la mayoría de los contenedores, cajas grandes, habitáculos prefabricados, autocaravanas y casetas que había esparcidos a su alrededor, se oyeron golpes sordos o claros, gritos, estertores, murmullos, voces... Sí, no había duda de que se trataba de voces humanas, porque su tono suplicante era perceptible, aunque las palabras no se entendieran; voces de fantasmas o condenados, de moribundos, de excluidos, milenarias, ancestrales y, al mismo tiempo, atrocamente presentes. Voces que rodearon al Investigador y ahogaron la suya.

Las voces se habían ido apagando. Poco a poco. Una a una. Habían ido desapareciendo de forma progresiva, como si en algún sitio, obedeciendo a un designio superior, una mano sabia hubiera movido la rueda que regulaba el volumen. Atónito, el Investigador empezó a girar sobre sí mismo, pero acabó mareándose y se detuvo, vacilante.

—¿Hay alguien ahí? —se atrevió a preguntar, pasados unos segundos.

—¡Aquí!

—¡Aquí!

—¡Yo!

—¡Por favor!

—¡Estoy aquí!

—¡Yo! ¡Yo!

Con distinta fuerza en función de la distancia a la que se encontraban, pero también según la energía que aún las animaba, las voces volvieron a dejarse oír, primero aisladas y luego al unísono, mezcladas, confundándose unas con otras, creando un magma insoportable que parecía inundar el aire, llenarlo como la niebla o una densa lluvia.

El Investigador corrió hasta el contenedor más cercano y aporreó la pared. Al instante, unos golpes le respondieron desde dentro.

—¿Quién es? —preguntó el Investigador, pegando el oído.

—Ábrame, por favor, ábrame... No puedo más... —le respondió una voz ahogada.

—Pero ¿quién es? —repitió el Investigador.

—Soy... Soy... —La voz dudó, se interrumpió...

El Investigador incluso creyó oír unos sollozos.

—Pero ¡dígame quién es!

—Era... Era... el Investigador.

El Investigador dio un respingo, como si acabara de quemarse. El corazón se le aceleró.

—No se vaya, por favor... No me deje aquí... Por favor...

El pecho del Investigador se hundió bajo los efectos de una presión violenta. El corazón le latía de forma desacompasada y del todo impredecible, pasando de los ralenties a las aceleraciones más inesperadas. Se puso una mano encima para procurar calmarlo, tranquilizarlo, como si su corazón fuera un animal que, en lugar de intentar cortar con los dientes el lazo que lo tiene atrapado, tratara contra toda lógica de morderse la pata. Pero consiguió serenarse. Con el dorso de la mano, se secó el sudor,

que no paraba de resbalarle por la frente. Tenía la sensación de que estaba diluyéndose.

Observó el contenedor.

Era uno de los más nuevos, de los que parecían llevar poco tiempo allí. La película de polvo que lo cubría era fina y transparente. Intentando hacer el menor ruido posible, empezó a dar la vuelta alrededor del habitáculo en busca de la puerta.

—No crea que no lo oigo... Se está moviendo.

El Investigador siguió andando sin prestar atención a la voz, que había hablado con una desesperación profunda. Iba de puntillas, avanzando con sigilo. Dobló la esquina del contenedor, examinó la siguiente pared, no vio ninguna puerta y continuó.

—¿Por qué no me responde?

El Investigador prosiguió su inspección. Dejó atrás la siguiente esquina y llegó a una de las paredes más largas. Nada de nada. Ninguna puerta.

—Sólo una palabra, por favor. Sé que está ahí... Lo sé...

Quedaba una pared. La última. El Investigador avivó el paso. El hombre del contenedor lo oía. De nada servía caminar con cautela. Y, de todos modos, ¿qué temía? Aquel tipo no parecía agresivo y, además, estaba encerrado. El Investigador se disponía a sobrepasar la última esquina, pero aflojó el paso. O más bien lo aflojaron sus pies antes de que su mente les ordenara hacerlo. ¿Qué temía, en realidad? ¿Qué lo asustaba tanto? ¿Qué posible descubrimiento lo paralizaba de ese modo? Lo sabía, pero no se atrevía a confesárselo. Ninguna de las tres paredes del contenedor que había examinado tenía puertas o aberturas. Eso quería decir que la puerta estaba en la cuarta. Le bastaba con doblar la esquina para confirmarlo. Aun así, no lo hacía. No se atrevía a hacerlo. No se atrevía porque, en lo más hondo de sí mismo, estaba convencido de que en la cuarta pared tampoco había puerta ni ventana, aunque eso no tuviera ningún sentido.

El Investigador se dejó caer al suelo y se quedó sentado con la espalda apoyada en el contenedor. Prefería no comprobarlo. Prefería quedarse con la duda. Sólo la duda, se dijo, le permitiría seguir aguantando, aguantando un poco más. Porque, una de dos, o la cuarta pared tenía puerta o carecía de ella. Si sus ojos veían una puerta, todo iría bien. Pero si comprobaban que no la había, ya sólo le quedaría hundirse en la locura o cocerse al sol, a aquel maldito sol que continuaba allí, en el mismo sitio, derramando su calor sobre aquella tierra yerma. El Investigador prefería no saber y agarrarse a la esperanza, la remota esperanza de seguir habitando un mundo en el que los sitios cerrados no podían contener nada, ni un objeto ni un ser humano ni una planta, por muy descolorida que estuviera, si no tenían una abertura por la que entrar.

—Aún está ahí, ¿verdad?

La voz del habitáculo sonaba muy cerca. Vibraba en la espalda del Investigador. El hombre debía de haber acercado la boca a la pared. Sus palabras penetraban en el cuerpo del Investigador y le producían una especie de cosquilleo.

—Respóndame...

—¿Quién es? —preguntó el Investigador por enésima vez.

—Ya se lo he dicho, soy el Investigador.

—¡El Investigador soy yo!

Hubo un silencio. Luego, el Investigador creyó oír un suspiro.

—Como usted diga... En realidad, todos lo somos, más o menos...

—No lo comprendo.

—Piense lo que quiera... No voy a discutir, no me quedan fuerzas... Todo esto me ha dejado exhausto... ¿Podría ayudarme a salir, por favor?

—Me temo que no. Su caja parece que está cerrada herméticamente.

—¿Mi caja? Pero si me habían dicho que aguardara en la Sala de Espera...

El Investigador se apartó un poco del contenedor y lo observó de nuevo.

—He dicho «caja» para abreviar. En realidad, está encerrado en una especie de casa prefabricada colocada en mitad de la nada.

—La nada...

La voz se apagó. El Investigador no sabía qué hacer. Sentía que al otro lado de la pared había un hombre que, tal vez con alguna pequeña diferencia, se había enfrentado a las mismas situaciones por las que había tenido que pasar él.

—Hace frío, mucho frío... —murmuró la voz.

—Pero ¿qué dice? —se asombró el Investigador, que se derretía a ojos vista, se deshacía en líquidos, en fluidos, en agua, en sudor—. No llevo nada encima y aun así me muero de calor. El sol parece estar clavado en el cielo. No se mueve ni un milímetro. No hay una sola nube y, cuando se levanta una pizca de aire, lo único que hace es llenar este horno de nubes de polvo...

—¡Qué suerte tiene! Yo, por mucho que me acurruque, sigo helado. Hay cristales de hielo por todas partes, en mi barba, en mis manos, en las paredes, en la mesita de centro, incluso en la planta, que además es blanca... Ya no siento las manos ni los pies... Creo que se me han congelado, que están muertos...

El contenedor no parecía una cámara frigorífica, y las paredes exteriores, de contrachapado pintado de color crema, estaban calientes. ¿Le estaría mintiendo la voz? ¿No sería aquello otra de las innumerables pruebas a las que lo habían sometido?

—¿Qué investigación llevaba? —preguntó el Investigador.

—Tenía... Tenía que... ¡Bah, qué más da!

La voz había perdido toda la fuerza. Para oírla, el Investigador debía pegar la oreja a la pared todo lo posible.

—¿Investigaba en la Empresa, por lo de los suicidios? —insistió.

—¿La Empresa...? ¿Los suicidios...? No, no... Me pidieron que... En fin, tenía que intentar... explicar... la baja motivación del Grupo... Qué frío, qué frío hace aquí... Los labios también se me están congelando... Y los ojos... Ya no veo nada...

—Pero ¿qué grupo? ¿De qué me habla?

—El Grupo... El Grupo...

—¿Un grupo que pertenecía a la Empresa?

—¿La Empresa?

—¡Haga un esfuerzo, por el amor de Dios! —se impacientó el Investigador—. Si está donde está, habrá algún motivo, digo yo. No acaba uno en un sitio así sin una razón... El Grupo del que habla debía de pertenecer a la Empresa... ¡Conteste!

—... el Grupo... sin motivación... la lengua... helada... la Empresa... No puedo más... puedo más...

—¡¡¡Respóndame!!!

—... más...

Abandonando el tono de confesionario que había empleado hasta entonces, el Investigador había empezado a aullar aporreando la pared del contenedor con ambas manos. De pronto, decenas, centenares, miles —¿quizá más?, ¿cómo saberlo?— de voces prisioneras volvieron a estallar en un guirigay de gritos e imprecaciones, de estertores y llamadas trágicas, de lamentos, plegarias y súplicas, que le hicieron sentir que le arañaban por todas partes, que se agarraban a él igual que los naufragos, que se agarran a una barca frágil sabiendo que no podrá salvarlos a todos, pero aun así siguen haciéndolo con el egoísta y único fin de hundirla, para que nadie se salve, porque inconscientemente prefieren la muerte de todos a la supervivencia de uno solo.

Al Investigador no se le ocurrió otra forma de librarse de aquello que tapase los oídos y cerrar los ojos.

A menudo tratamos de comprender lo que se nos escapa con los términos y los conceptos que nos son propios. Desde que se distinguió del resto de las especies, el hombre no ha dejado de medir el universo y las leyes que lo rigen con la vara de su mente y las imágenes creadas por ella, sin percatarse de las limitaciones de su enfoque. Y, sin embargo, sabe perfectamente que un colador no es buen recipiente para el agua. Entonces, ¿por qué persiste en engañarse creyendo que su mente puede captarlo y comprenderlo todo? ¿Por qué no acepta, por el contrario, que su intelecto es un vulgar colador, es decir, un utensilio que presta innegables servicios en determinadas circunstancias, para acciones concretas y en situaciones dadas, pero que es inútil en muchas otras, porque no está hecho para eso, porque está agujereado, porque innumerables elementos lo atraviesan sin que ni siquiera consiga retenerlos para observarlos, aunque sea unos instantes?

¿Era por aquel calor asfixiante? ¿O porque no paraba de sudar, de chorrear, de disolverse en sus propias exudaciones? ¿Le había dado por pensar en la imperfección humana, en líquidos y en coladores porque, sin ser del todo consciente de ello, se moría de sed?

Volvía a reinar el silencio. El Investigador seguía con los ojos cerrados. Hacía rato que había dejado de aporrear el contenedor. Las voces se habían apagado. Lo único que llegaba a sus oídos eran los susurros del viento, que se colaba entre los habitáculos. De pronto, tuvo la sensación de que hacía menos calor y de que la oscuridad se volvía aún más profunda detrás de sus párpados.

Una sombra.

Tal vez una nube gruesa había tapado el sol... A menos que el propio sol por fin hubiera decidido ponerse.

Abrió los ojos. Delante de él había un hombre. Sólo veía su alta y corpulenta silueta, que le hacía sombra. Parecía inmenso. No era una nube. En la mano derecha sostenía algo que recordaba al palo de una escoba.

—¿De dónde ha salido usted? —le preguntó la Sombra.

Era la voz lenta, profunda y un poco cascada de un anciano, pero, pese a la ronquera, conservaba una energía fresca y algo irónica. Las demás voces, las de los contenedores, volvieron a alzarse en un clamor.

—¡A callar! —tronó la Sombra, y el silencio fue instantáneo.

El Investigador se quedó estupefacto. ¿Quién podía ser aquel anciano? ¿Cómo era posible que tuviera una autoridad tan despótica e inapelable sobre todos aquellos reclusos?

—Le he hecho una pregunta —le recordó la Sombra.

—De la Sala de Espera. Estaba en la Sala de Espera, allí... —respondió despacio, apoyándose en la pared del contenedor y levantándose con mucha dificultad.

La Sombra se movió. Su cabeza giró en la dirección que le había indicado el Investigador. Por unos instantes se quedó mirando el habitáculo, destrozado y con la puerta abierta, del que había salido el Investigador, que volvía a estar cegado por el sol, aquel dichoso sol que no se había movido ni un milímetro y seguía torturándolo.

—No ve nada... —constató la Sombra—. Espere, voy a solucionarlo...

El Investigador sintió que una mano lo tocaba y le arrancaba los restos de la túnica. Intentó taparse la entrepierna al instante, pero la voz cavernosa se le adelantó:

—¿Ya estamos otra vez? ¿De qué le va a servir? Nadie lo ve, aparte de mí, y yo estoy como usted.

El Investigador oyó que la Sombra rasgaba la túnica y la cortaba a tiras; luego notó que sus manos, aquellas viejas manos de dedos largos y deformados, le rozaban la cara y le vendaban delicadamente los ojos con los jirones de tela, formando varias capas y anudándole la gasa detrás de la cabeza sin apretar demasiado, para que pudiera abrir y cerrar los párpados.

—Bueno, ya está. Ya puede abrirlos.

El mundo se mostró ante el Investigador a través de la gasa anaranjada que hasta entonces le había servido de vestimenta. El sol ya sólo era una bola de un amarillo pajizo, y el suelo había perdido su blancura cegadora. Aquí y allí distinguía bultos más oscuros: eran las masas desiguales de los distintos contenedores. Cubrían la planicie, llana, sin relieves ni accidentes hasta donde le alcanzaba la vista: no había decenas, ni siquiera cientos de habitáculos, como había creído al principio, sino miles, ¡decenas de miles! La visión de aquel infinito hizo ascender a su boca reseca una bilis dulzona. Creyó que iba a vomitar. Pero ¿el qué?

En cada una de aquellas cajas, pensó el Investigador, había un hombre, un hombre parecido a él, al que habían mareado y mortificado, al que habían hecho esperar, al que habían hecho creer que tenía una misión que cumplir, un papel que interpretar, un sitio que ocupar, al que habían maltratado, humillado, despreciado, al que habían mostrado la fragilidad de su condición, de sus recuerdos y sus certezas, un investigador, quizá, o alguien que creía serlo, un hombre que ahora aullaba y aporreaba las paredes de su prisión, aunque nadie podía acudir en su ayuda. Un hombre que podría haber sido él, si su contenedor, menos sólido o más viejo, no se hubiese abierto.

El Investigador, que siempre se había creído único, empezaba a comprender la enormidad de su error, y eso lo aterrorizaba.

—Mucho mejor, ¿no?

El Investigador dio un respingo. Casi se había olvidado de la Sombra.

—Aquí, uno debe vendarse los ojos para poder ver...

La Sombra iba volviéndose más precisa, como puede llegar a serlo un espejismo. El Investigador distinguía el contorno de su cuerpo y sus facciones. Efectivamente,

era un anciano con una gran barriga con varios pliegues que le ocultaban el sexo. La piel de los muslos hacía pensar en la de un animal de una especie desaparecida hacía milenios, y los flácidos pectorales parecían los pechos marchitos de una vieja nodriza. Los hombros, también caídos y de contornos blandos, redondeados y huidizos, se unían a unos brazos gruesos, de los que la piel colgaba como una tela de araña rota. Sin embargo, cuando la mirada del Investigador ascendió hasta su rostro, se llevó tal sorpresa que creyó que el suelo había desaparecido bajo sus pies, y si no se cayó fue porque la Sombra lo agarró con la mano derecha, pues con la izquierda seguía sujetando el palo de una escoba, que parecía servirle tanto de bastón como de cetro. Aquella frente enorme, en la que una red de arrugas dibujaba riachuelos y deltas, aquellas mejillas fofas, aquella barbilla partida, aquellas orejas grandes, tras las cuales la cabellera plateada le caía en unas ondas grises, aquel bigote espeso con las puntas dobladas hacia abajo a ambos lados de una boca de labios agrietados... El Investigador había visto aquellos rasgos muchas veces y, aunque no podía distinguirle los ojos, casi ocultos por la venda, no le quedó más remedio que rendirse a la increíble evidencia.

—¡El Fundador! Usted es el Fundador... —consiguió decir, sintiendo un escalofrío que lo sacudió como una hoja.

—¿El Fundador? —preguntó la Sombra, perpleja—. Si usted lo dice... —murmuró al fin, encogiéndose de hombros—. No me gusta llevar la contraria. Yo, por mi parte, estoy seguro de que es usted el Primer Hombre...

—¿El Primer Hombre...?

—Sí, el primero que sale de una de esas cajas. Hasta ahora nadie había tenido tanta suerte. Pero no se haga ilusiones, sólo es una breve tregua. Acabará como los demás. Estar dentro o fuera no cambia nada. Es la particularidad de este barco. Todos estamos dentro, de un modo u otro.

La Sombra dio un manotazo fuerte en la pared del contenedor, lo que no provocó ninguna respuesta en el interior.

—¿Lo ve? Para él se ha acabado. No reacciona. Habrá pasado a mejor vida. Estas cajas están tan bien pensadas y tan bien cerradas que es inútil tratar de abrirlas. Yo lo he intentado más de una vez, por humanidad, por supuesto, o para pasar el rato. Pero, después de romperme tres uñas y destrozarme los puños, renuncié a seguir intentándolo.

La Sombra se masajeó el antebrazo, como si el recuerdo de lo ocurrido hubiera reavivado el dolor.

—Lo curioso es comprobar que la desgracia es un peso que acaba haciéndose bastante liviano a medida que se agrava o se extiende. Ver morir a un hombre es muy desagradable. Casi insoportable. Ver u oír morir a millones diluye el horror y la compasión. Uno pronto se da cuenta de que ya apenas siente nada. La emoción está reñida con la cantidad. ¿Cree que habrá habido alguien que haya sentido lástima al pisar un hormiguero? Nadie. A veces, cuando no tengo nada mejor que hacer, hablo



un poco con ellos para hacerles compañía. Pero son patéticos... Todos quieren que me ponga en su lugar, pero ninguno ha pensado en ponerse en el mío ni una sola vez. Quiero consolarlos, pero lo único que saben hacer es quejarse. Algunos aún tienen móvil. Intentan llamar a los suyos, o a algún servicio de urgencia, pero agotan el saldo o la batería en los laberintos de las centralitas automáticas, que nunca consiguen ponerlos en contacto con la persona con la que quieren hablar. Y, de todos modos, ¿qué podría hacer esa persona? ¿Qué podríamos hacer nosotros por ellos? Nada, ya se lo he dicho. Al fin y al cabo, no soy yo quien los ha metido ahí. Y, si tuve alguna responsabilidad en todo esto, fue hace tanto tiempo que ahora ya ha prescrito.

Hubo un silencio, de una fracción de segundo o de mil años: ¿cómo saberlo? El tiempo se había convertido en una dimensión secundaria. El cuerpo del Investigador se derretía a ojos vistas. Se evaporaba poco a poco, cocido por el sol, retorcido y apretado como una bayeta que alguien escurre por última vez antes de tirarla a la basura.

—Por suerte, esos pobres diablos nunca duran mucho —prosiguió la Sombra—. Al principio chillan como cerdos en el matadero, pero enseguida se debilitan y se callan. Para siempre. El gran silencio. ¿Por qué la toman conmigo? ¿Qué absurdo! ¿Qué puedo hacer yo? ¿Como si yo tuviera algo que ver! ¿Que cada palo aguante su vela! ¿Cree que es fácil barrer aquí? Todos tenemos lo que nos merecemos. No hay inocentes, ¿no le parece?

—No sé... Ya no sé... —farfulló el Investigador—. ¿Dónde estamos? ¿En el Infierno?

La Sombra estuvo a punto de ahogarse, pero al final soltó una gran carcajada que acabó con un tremendo ataque de tos. Luego se aclaró la garganta y escupió a lo lejos tres veces.

—¿En el Infierno? ¿Qué cosas se le ocurren! Le gustan las explicaciones fáciles, ¿eh? Pues no creo que sigan sirviendo hoy en día. El mundo es demasiado complejo. Los viejos trucos ya no funcionan. Además, los hombres ya no son niños a los que se les pueden contar patrañas. No, simplemente se encuentra usted en una especie de zona de tránsito de la Empresa, que con el paso del tiempo se ha transformado en un gran vertedero al aire libre. Aquí se amontona lo que no cabe en otro sitio, lo que está en desuso. Cosas, objetos, desechos con los que no se sabe qué hacer. Podría mostrarle colinas enteras cubiertas de prótesis, de residuos farmacéuticos, valles llenos de teléfonos móviles viejos, ordenadores, circuitos impresos, silicio, lagos rebosantes de freón, de barros tóxicos y ácidos, fallas geológicas rellenas con paletadas de materiales radiactivos, arenas bituminosas... Por no hablar de ríos que arrastran hectolitros de aceites lubricantes, basura química, disolventes, pesticidas, y bosques en los que los árboles han acabado convirtiéndose en haces de chatarra retorcida y oxidada, bloques de hormigón armado erizados de barras de hierro, plástico fundido y amalgamado con miles de toneladas de jeringas usadas, que acaban

pareciendo ramajes deshojados... ¡Para qué seguir! ¡Qué quiere, no puedo limpiarlo todo, sólo tengo esto!

La Sombra subrayó sus palabras agitando la escoba.

—Esto de aquí no es nada —prosiguió—. Un territorio nuevo. Un paisaje en formación que espera a los artistas que un día decidan inmortalizarlo o a las familias que, tarde o temprano, vendrán a merendar los domingos. Esto no ha hecho más que empezar. Hasta ahora sólo he visto llegar contenedores, casas prefabricadas a toda prisa en función de las necesidades. La Empresa crece tan rápido... A veces me pregunto quién demonios la dirige, porque no consigo comprender su política. Cada dos por tres necesita dependencias nuevas, y cada dos por tres se deshace de ellas, porque al mismo tiempo está en una reestructuración permanente. Y a veces se producen errores lamentables, con sus correspondientes víctimas. Los ritmos impuestos son tales que, en ocasiones, los Transportistas cargan los contenedores cuando aún hay gente trabajando en su interior. Mala suerte, tendrían que haber salido a tiempo. Hoy en día las distracciones se pagan tan caras como el exceso de celo. Las horas extra cavan las tumbas de quienes las acumulan. La época de las utopías ha quedado atrás. Siempre se podrán cumplir algunos sueños, más adelante, comprándolos a crédito en anticuarios, en catálogos o en los mercadillos de los pueblos. Pero ¿para qué? ¿Para enseñárselos a los hijos? ¿Seguiremos teniendo hijos? ¿Tiene usted hijos? ¿Se ha reproducido? Hoy en día, el hombre es un ser prescindible, una especie secundaria particularmente dotada para los desastres. Ya es sólo un riesgo que hay que correr.

La Sombra volvió a lanzar un grueso esputo viscoso y verduzco, que cayó en el polvo adoptando la forma de una fina serpiente de cabeza ovalada y acabó hundiéndose en la tierra un instante después.

—Y, según usted —dijo, mirando al Investigador a través de la venda—, ¿qué es lo que fundé?

El Investigador se daba cuenta de que estaba a punto de ausentarse definitivamente. ¿Tal vez lo había hecho ya? Su existencia sólo se prolongaba de un modo intermitente, como una línea de puntos, o como un fluorescente que parpadea con un chisporroteo como el que producen los insectos frágiles en las noches de verano al acercarse a la luz de una farola y achicharrarse en ella. Ya sólo vivía a trompicones, durante momentos breves de lucidez que dejaban entre sí agujeros negros, pozos profundos de alquitrán en cuyo interior nada ocurría, nada de lo que pudiera acordarse.

Y el motivo no era el hambre, ni la sed, ni el cansancio. Ni siquiera los continuos obstáculos que habían sembrado en su camino. En el fondo, lo que minaba ese último reducto de su alma que aún producía algún sentido, protegido tras los últimos parapetos que seguían en pie —cuando todo lo demás, las murallas, las torres de vigilancia, los fosos, el puente levadizo, se había ido desmoronando, destruido en un trabajo de zapa progresivo que había empezado apenas llegó a la Ciudad—, era la decepción de descubrir que había sido un obrero de lo inútil y que nunca había tenido la fuerza necesaria para alcanzar el objetivo que le habían marcado: comprender por qué unos seres humanos habían optado por quitarse la vida, es decir, por qué en un determinado momento de su existencia habían decidido negarse a seguir en el juego de la Humanidad, en vez de esperar la degeneración irreversible de su organismo, la ruptura del aneurisma, la proliferación de la metástasis, la obstrucción por acumulación de las grasas de alguna arteria principal, el accidente de carretera o doméstico, el asesinato, el ahogamiento, una guerra bacteriológica, un bombardeo, un temblor de tierra, un maremoto, una inundación, para encontrar la muerte. Por qué unos seres humanos —cinco, diez, una veintena, miles, lo de menos era el número exacto— habían actuado en contra de su instinto más profundo, que les ordenaba sobrevivir a toda costa, continuar la lucha, aceptar lo inaceptable, porque la religión de la vida debe prevalecer sobre la desesperación ante el amontonamiento de los obstáculos. Por qué unos seres humanos —en la Empresa o en cualquier otro sitio, eso carecía de importancia— habían renunciado a su uniforme, a su cargo, a su oficio de humanos. ¿Cómo él, un simple Investigador, un pobre diablo, podría haber comprendido y explicado todo eso?

La confusión se convertía en su esencia. Abocado a un cortocircuito irreversible, el Investigador se debatía en un caos de instantes que creaba en su cansada mente un collage de momentos vividos, delirios, sueños, fantasías, recuerdos y premoniciones. Y todo aquel bombardeo de imágenes al que estaba sometido, al que no podía sustraerse, acababa por despedazar su conciencia, fragmentándola como una granada que, al tocar el suelo, dispersa sus esquirlas en un arcoíris de muerte.

—No ha respondido a mi pregunta... ¿Lo tiene por costumbre? —insistió el Fundador.

—¿Qué pregunta? —murmuró el Investigador, que acababa de rescatar, de forma muy precaria, la última escena que había vivido, en la que el sol, inmóvil, despedía un calor cada vez más insoportable—. Han jugado conmigo, ¿verdad? No estoy a la altura de mi vida. Ese sol... no es más que una simple luz detrás de una gran lupa colocada sobre mi cabeza, ¿cierto? ¿Aún me observan? Dígamelo. ¿Sigo siendo un experimento? ¿He superado las pruebas anteriores? Dígamelo, por favor... ¿Voy a poder investigar?

—Contesta usted a mi pregunta con preguntas. Lo cual resulta una estrategia un poco fácil, ¿no le parece? —La voz de la Sombra parecía irritada—. Ya no sé cuánto rato llevamos aquí juntos, cuánto hace que lo aguanto y espero su respuesta. ¿Cree que sé más que usted? A veces improvisas, tratas de inventar, y todo te estalla en las manos. Quieres cortar la hemorragia, pero no hay forma. Entonces, ¿qué haces? ¿Morirte de asco? No, yo sencillamente decidí volver la espalda. La cobardía no es un defecto tan grave como piensa la gente. A veces tener valor es más dañino. ¡Que se las apañen!

El Investigador ya no entendía una palabra de lo que decía la Sombra. No sentía su propio cuerpo, le parecía que flotaba en el aire, que en realidad ya no tocaba el suelo. Sus brazos habían adquirido la evanescencia de la niebla. De sus manos, inconsistentes como nubes de incienso, sólo quedaban las palmas, etéreas y cenicientas, y la luz pasaba a través de ellas, revelando miles de partículas agitadas por unas corrientes contradictorias, sacudidas majestuosas que acababan llevándoselas en oleadas, torbellinos, espirales, y arrojándolas a unos abismos en los que se convertían en estrellas en medio de las tinieblas, antes de volver a unirse en unas vías lácteas infinitas, en cuyo fondo se distinguían resplandores malvas de explosiones, de cataclismos universales, colisiones estruendosas de asteroides, de cometas y cuerpos que surcaban el vacío más puro desde la noche de los tiempos.

—No se preocupe por nada —siguió diciendo la Sombra—. No se preocupe más por usted. Sus dedos no volverán. Ni lo demás. Todo va a desaparecer poco a poco. No hay marcha atrás y, además, es indoloro. Se lo garantizo. Lo mejor es que intente responder a mi pregunta; eso aún puede hacerlo si quiere. Aproveche que ha tenido la enorme suerte de escapar del contenedor, intente darle un sentido, responda a mi pregunta: según usted, ¿qué es lo que fundé?

La voz de la Sombra daba vueltas alrededor del Investigador, se le metía dentro, penetraba en lo que quedaba de su pecho, le llenaba el cráneo... El calor era cada vez más espantoso, pero, cuando intentó secarse la frente con el dorso de una mano, comprobó que ya no tenía mano y que su frente también había desaparecido.

—Me voy... —consiguió susurrar, sorprendido, asustado y decepcionado.

—¡Por supuesto! —se burló la Sombra—. ¿Por qué se sorprende? «La muerte no debería asombrar a quien no es nadie», escribió el Poeta. Pero la gente ya no lee

poesía. ¡Se limpia el culo con ella! Además, ya le he advertido que no tardaría en desaparecer. No he actuado a traición, jamás miento, no soy así. ¡Vamos, hombre, aproveche sus últimos instantes, dé sentido a su agonía, ya que no ha sabido dárselo a su vida! ¡Respóndame, no tiene nada que perder! ¿Qué es lo que fundé? ¡Dígamelo, maldita sea! ¿Quiere que me ponga de rodillas? Parece que en otro tiempo eso funcionaba.

De pronto, sin saber por qué, el Investigador pensó en las lilas y en su olor. Vio claramente unos ramos malva meciéndose una mañana de mayo de una lejana primavera, y aspiró su aroma, penetrante y delicioso.

Luego apareció en un barco, en la proa, que hendía el agua a más de treinta nudos, y se agarraba a la borda con las dos manos, mientras las partículas de agua le salpicaban el rostro y le dejaban en los labios el maravilloso sabor del mar, y de las espumosas olas surgían bandadas de delfines, acompañados por el canto de las sirenas, que brotaba del aire inundado de luz. También vio a un niño saliendo del vientre de su madre, su lloroso cuerpecillo entre los muslos abiertos, expulsado en un esfuerzo feliz, y las lágrimas de la madre mezclándose con la sangre y los fluidos de la vida naciente. Se vio en medio de una multitud que bailaba para celebrar el retorno de la paz tras una guerra que había causado millones de muertos. Giraba sobre sí mismo, dejándose abrazar por unas mujeres que posaban sus cálidos labios sobre los suyos, las vio reír con los ojos rebosantes de alegría y, acariciándoles las caderas y los pechos, se olvidó de todo... Pero, de repente, no hubo nada más.

—Podríamos seguir con otras imágenes, si lo dejara a su aire —refunfuñó la Sombra—. Hacerle creer en la felicidad es fácil. Basta con injertar unos cuantos instantes como éstos en una o dos células de su cerebro, y listo. Le he dado la oportunidad de disfrutar de esos últimos pequeños placeres que no ha conocido, de esos falsos recuerdos de pacotilla, para demostrarle que no soy un mal tipo, pero ahora respóndame. Quiero oírlo de labios de un ser humano: ¿qué se supone que fundé?

¿Dónde se había metido aquel gran sol incandescente? ¿Y la inmensa llanura de tierra caliza? ¿Ya era de noche?, se preguntó el Investigador, que no veía nada y sentía, impotente, que sus últimas y escasas fuerzas lo abandonaban.

—Aún no —le susurró la Sombra—, aún no, sería demasiado fácil... La noche es para después.

Sin embargo, todo había empezado de un modo muy normal. En una estación que se parecía a tantas otras. En una plaza como hay muchas en el mundo. En un bar de lo más corriente. Entonces, ¿por qué después se había complicado tanto? Había puesto los pies en una ciudad, o en una vida. Se había cruzado con gente, con personas parecidas a millones de otras personas. Había intentado desenredar la madeja, poner nombres, simplificar, aclarar, ir adonde le habían dicho que fuera. Al principio incluso el relato de lo que sucedía había seguido los códigos conocidos, había utilizado una arquitectura tranquilizadora, antes de empezar a desentenderse de ella, a

desmandarse, a podar las ramas sobre las que el Investigador había descansado durante mucho tiempo, a contribuir a desorientarlo aún más.

—Tenía que llevar a cabo una investigación —murmuró, tratando en vano de juntar la barbilla con el pecho, que ya no existía—. Una investigación que ni siquiera pude empezar...

—¿Y usted qué sabe? ¿Quién le dice que no la ha llevado a buen puerto, puesto que me ha encontrado, puesto que, según usted, soy el Fundador?

—Yo no estaba buscándolo, tenía que realizar una investigación... —balbuceó el Investigador, antes de que los labios se le disolvieran, y, con ellos, el rostro.

—«No busques, y encontrarás.» Tal vez yo sea la causa de todo y, al mismo tiempo, la consecuencia. El principio y el final del bucle. ¿Usted qué sabe? Me llama «el Fundador», pero, quién sabe, también podría ser el Enterrador, ¿no? De hecho, me va más. Acuérdesse de todos esos contenedores... Estoy rodeado de cadáveres. ¡Vamos, responda a mi pregunta! ¡Dése prisa, no es usted eterno! Me ha dicho que era el Investigador. Tenía una misión, un papel, un objetivo y, aunque piense que no lo ha cumplido, lo cierto es que sigue sabiendo quién es y por qué lo es, mientras que yo, ¿qué soy, en realidad? Me pusieron una escoba en las manos, ya no sé ni en qué momento, pero eso no significa gran cosa. ¿Cuál es mi función? ¿Qué es lo que fundé, según usted? ¡¿De qué soy fundador?! —aulló la Sombra.

Su grito se multiplicó en una cascada de ecos que murieron en una larga caída, chocando unos con otros, haciendo temblar la tierra y el cielo con un estruendo terrorífico.

La Sombra esperaba, pero el Investigador se volvió, porque vio unos fantasmas que llegaban para despedirse, como en una ceremonia de condolencia, figuras, ideas, reminiscencias, hologramas, personajes de ficción, entre los que pudo reconocer al Policía, a la Giganta, que le sonreía, al Guía, al Responsable, al Camarero, al Vigilante Nocturno y al Guardia, al Niño de los ojos brillantes, al Psicólogo, un poco apartado del resto, a los Turistas, a los Desplazados, a la Multitud... Todos parecían un tanto incómodos. Se detenían unos instantes ante el cuerpo de un hombre de estatura media, cara redonda y calvicie pronunciada que se les parecía como si fuera su hermano, la víctima de una farsa en la que ellos habían interpretado sus respectivos papeles, sin esforzarse demasiado en salir de ella, porque eso era lo más cómodo. Siempre le habían llevado un buen trecho de ventaja, y seguían manteniéndolo, aunque eso no les sirviera de nada ni fuera a salvarlos.

Aún vio una mano trazando unas letras sobre un tablero negro. Una aguja que penetraba en una vena para sacar sangre o inyectar un líquido, la imagen clara de un gotero y su sonido tranquilizador, ahogado enseguida por el ruido de unas hojas de papel que alguien rasgaba y luego quemaba, y el susurro de la tinta al derramarse sobre la página de un libro.

—Pero ¡¡¡¿qué es lo que fundé?! —aulló la Sombra por última vez.

En la débil y vacilante alma del Investigador aún temblaron una o dos palabras mudas, tan sólo esbozadas, antes de que lo que quedaba de su conciencia desapareciera en el vacío, como la última bocanada de humo de un cigarrillo desaparece en el viento. Luego, todo murió en su interior, la respuesta a la pregunta, las palabras, los restos de luz, la memoria, las dudas... Creyó oír un ruido leve, como el que hace la pantalla de un portátil cuando se cierra sobre un teclado cuyas teclas aún conservan el calor de los dedos que las han acariciado largo rato.

¡Clic!

Y después nada.

Nada.